



La intensidad

de lo que siento por ti

Sophie Saint Rose

La intensidad de lo que siento por ti

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Arietta dejó las fotocopias sobre la mesa de su jefe y a toda prisa corrió hacia su escritorio para agarrar su bolso. Ya no quedaba nadie en la oficina y apretó los labios porque llegaría tarde al gimnasio. Como siempre, diría Jenny. Su mejor amiga la iba a poner verde porque no era nada raro que llegara tarde cuando quedaba con ella. Para ahorrarse broncas en el vestuario, entró a toda prisa en el baño y se cambió de ropa poniéndose las mallas ajustadas y el top a juego. Se enrolló sus largos rizos pelirrojos en lo alto de la cabeza y mirando sus ojos azules ignoró el rímel porque no le daba tiempo a desmaquillarse. Cuando saliera de clase de aerobio, iba a parecer un mapache.

Sintiéndose muy a gusto por haberse quitado al fin los tacones, salió del baño y corrió entre las mesas. Menos mal que no estaban sus compañeros y no podrían criticarla por su aspecto. Puñeteros estirados. Al salir agarró su gabardina y se la puso en el ascensor. El día mejoró mucho cuando vio la multa en el parabrisas de su cochambroso coche. Si solo se había pasado una hora de tiempo, tampoco había que ser tan estricto. Claro, como por el estado de su coche era evidente que le sobraba la pasta... Menuda mala leche que tenía el de las multas del parquímetro. Suspirando se sentó tras el volante tirando el bolso a un lado. Cuando arrancó le sonó el móvil. —Sí Jenny, estoy haciendo lo que puedo. —Salió a la carretera y pulsó el manos libres.

—¿Dónde estás?

El tono de su mejor amiga indicaba que estaba cabreadísima y gimió por dentro. —

Llegando.

—No has salido de la oficina, ¿verdad?

—Estoy en el coche.

—¿Para qué me metes en estas cosas si luego nunca te presentas?

—Las clases de pintura te encantaron.

—Me miran.

—Claro, porque eres nueva.

—¡Y no me gusta que me miren!

Giró a la derecha. —Estoy saliendo del pueblo, ¿de acuerdo?

—Odio que hagas esto.

—Lo sé, lo siento. En quince minutos estoy ahí. —De repente se le cruzó un vehículo y tuvo que frenar en seco. Al ver la camioneta de Joe Milton entrecerró los ojos y bajó la ventanilla. —¡Serás imbécil, por poco me matas!

El tipo le sacó un dedo y ella jadeó. —¡Gilipollas!

—¡Zorra!

—¡Serás mamón!

—¿Qué pasa? —preguntó Jenny mientras el tipo movía la camioneta mirándola con odio. Se le pusieron los pelos de punta porque esos ojos decían que lo iba a pagar. Y es que con ese tipo de gente no se jugaba. Igual tendría que haber cerrado la boca. Dichosa bocaza. —¿Arietta?

—No pasa nada. Un imbécil que se me ha cruzado.

—Ten cuidado, hay mucho loco suelto.

—Ya. —Miró por el espejo retrovisor para ver como la camioneta se alejaba. —Voy para allá, no te preocupes. Vete presentándote a la gente.

—Te espero.

Colgó el teléfono y Arietta sonrió. Nunca acabaría con la timidez de su amiga y mira que lo intentaba con fuerza con esos cursos que a ella le venían fatal por su horario de locos. Pero nada, Jenny seguía encerrada en su círculo y apenas se relacionaba con nadie más. Apretó el volante con fuerza. Si algún día volvía a ver a Bill le iba a arrancar la cabeza.

Tomando una buena hamburguesa después de perder aproximadamente ochenta calorías dando saltitos por el gimnasio, gruñó por lo que veía en el televisor porque Los gemelos de Minnesota no daban ni una. Era para ponerse a llorar.

—Deja el partido, siempre te pones de mala leche.

—Solo si pierden. —Dio un buen mordisco a la hamburguesa.

—Mañana...

—Mañana no puedo quedar —dijo con la boca llena.

—No fastidies —dijo decepcionada—. Quería ir al cine a ver la última de Tom Cruise.

—Lo siento, pero tengo que estudiar.

Su amiga se pasó un mechón de su cabello rubio tras la oreja antes de coger una patata. —Seguro que sacas sobresaliente como siempre. El primo de mi padre dice que les tienes muy impresionados a todos en el despacho. Dice que serás una abogada empresarial buenísima. Incluso piensa hablar de ti al señor Wagner.

—Oh no, que no haga eso...

—¿Por qué?

—Porque no me quiero dedicar a esa especialidad. Prefiero penal y...

Su amiga frunció el ceño. —Pero no hay juzgado en Cownhill. Tendrías que trabajar en

Saint Paul. —Dejó la hamburguesa en el envase y Jenny la miró sorprendida. —¿Quieres vivir aquí? Si siempre dices que odias la ciudad, que no vivirías aquí ni muerta y no sé qué cosas más. En el pueblo...

—No quiero vivir aquí. —Jenny suspiró del alivio. —Pero si puedo venir al gimnasio o de compras, puedo venir a trabajar.

—No vas a soportar venir todos los días —dijo su amiga divertida—. Si vienes a la ciudad es por mí o por los exámenes.

Puede que tuviera razón. Allí había demasiada gente y lo demostraba que estaban en aquel bar como sardinas en lata. Una tía pasó tras ella y la empujó haciéndola gruñir antes de que diera otro mordisco a su hamburguesa.

—De todas maneras, aún te faltan unos meses para decidirte. ¿Seguro que mañana no quieres que vengamos al cine?

—No puedo, de verdad. Además, debo trabajar en la granja. Recogen la miel el sábado.

—¿El sábado? Qué raro, ¿no?

—Hubo un problema con el camión y retrasaron la recogida. Ya sabes que siempre sacamos los panales el día antes, así que me toca pringar para extraer la miel.

—¿Cuántas colmenas tenéis ahora?

Sonrió. —Trescientas.

Su amiga silbó. —Tu negocio va mejorando, amiga. —Rio por lo bajo. —Y eso que era un entretenimiento. ¿Te acuerdas cuando tu padre te regaló la primera?

—Mamá decía que era un capricho por aquel experimento del instituto. Pero me encanta.

—A mí me da miedo. ¿Y si te atacan?

—Lo tengo controlado. —Tiró la servilleta sobre el envase de la hamburguesa y bebió de su cola. —Vamos Jenny, tengo que estudiar.

—No sé cómo sigues este ritmo.

Se bajó del taburete justo cuando llegaban dos tipos. —Sí, ya nos vamos.

—Qué pena —dijo un moreno mirándola con mucho interés de arriba abajo y eso que llevaba una pinta horrible después de salir del gimnasio.

Chasqueó la lengua pasando ante él y este rio. —Ahora me gustas mucho más. Me van rebeldes.

Ambas pusieron los ojos en blanco antes de salir del local. —Le van rebeldes —dijo su amiga.

—Pues mejor para él. —Se acercó a su coche y en ese momento pasó ante ellas su profesora de aeróbic. Ambas forzaron una sonrisa y esta suspiró negando con la cabeza como si fueran dos casos imposibles. —Esta no nos traga.

—¿Cómo nos va a tragar si has llegado media hora tarde, le has roto el espejo de la clase con ese salto de Karate Kid y nos ha pillado casi con la hamburguesa en la mano? Por cierto, tienes ketchup en la punta de la nariz.

Se pasó la mano por ella y su amiga negó. —No. —Frotó de nuevo. —No. —Frotó más fuerte. —Mira, déjalo. Total, es de noche y todos los gatos son pardos.

Abrió la puerta del coche. —Pues tienes razón.

—¿Vienes detrás?

—No, vete yendo tú, que tengo que echar gasolina.

—Vale. —La besó en la mejilla. —Te llamo mañana. —La vio ir hacia su coche y cuando se aseguró de que estaba dentro, se metió en el suyo. Su amiga pasó tocando el claxon y sonrió despidiéndose con la mano. Fue tras ella hasta la gasolinera y Arietta aparcó tras un coche esperando su turno. En ese momento le sonó el móvil y sonrió al ver que era su madre. —Sí, ya voy para casa. Estaré allí en media hora o así.

—¿Te guardo la cena?

—No, me he comido una...

—¡Hija!

Rio por lo bajo. —No he podido resistirme.

—Tienes que bajar cinco kilos para la boda de tu prima.

—Sí, mamá... Pero he hecho aerobio, algo compensará. —El tipo de delante se fue y se acercó al surtidor. —Tengo que dejarte, voy a echar gasolina. Hablamos luego. —Tiró el móvil en el asiento del pasajero y se bajó del coche con la tarjeta en la mano. Cogió el surtidor y unos faros la iluminaron casi cegándola. Entrecerró los ojos apartando la mirada para meter aquel pitorro en el depósito. Suspiró apretando el gatillo. Entre la multa, la gasolina, la cuota del gimnasio y las hamburguesas que se metía entre pecho y espalda, el presupuesto de esa semana casi había desaparecido. Menos mal que recibiría el pago de la miel en una semana, que era con lo que se pagaba la carrera y todo lo demás. Igual tendría que hablar con Paul para a ver si le ponía un sueldo en la oficina. Vale que era un trabajo en prácticas, pero siempre salía la última y alguna recompensa debía tener, ¿no? Si fuera otro se lo diría, pero como la había recomendado el primo del padre de su mejor amiga le daba algo de vergüenza hablar de ello. Y así llevaba dos años. El sonido del claxon la sobresaltó y miró sorprendida hacia los focos que la deslumbraban. —¡Ya voy! ¿No ves que no ha acabado? —En ese momento el surtidor dejó de echar y sacó la manguera colgándola en el soporte. Mirando la silueta de aquel tío sacó la tarjeta de crédito de la ranura y se metió en el coche. —Será idiota —dijo mirando por el espejo retrovisor.

El tipo volvió a tocar el claxon cuando el surtidor de al lado estaba vacío y eso empezó a mosquearla. Era un coche rojo que no conocía. Arrancó y al ver que el tipo se quedaba en la gasolinera suspiró del alivio. Entró en la autopista para hacer los cuarenta kilómetros que le quedaban hasta casa y estiró el brazo para poner algo de música. Cerca de su desvío cantando a pleno pulmón una de Anastasia, puso el intermitente para salir y unos faros la deslumbraron.

Miró por el retrovisor y se quedó sin voz al ver que el coche de la gasolinera salía detrás de ella de la autopista. —Mierda. —Siguió el camino al pueblo intentando ignorar la carretera desierta, pero algo en ella la hizo apretar el pie en el acelerador. Viendo las luces de Cownhill a lo lejos, agarró con fuerza el volante antes de mirar por el retrovisor de nuevo. Ahí seguía y había acelerado porque se estaba acercando. Poniéndose nerviosa de veras, alargó la mano para coger el teléfono móvil, pero no lo alcanzaba y se estiró. Entonces el coche le dio por detrás haciéndola chillar mientras daba un volantazo que por poco la saca de la carretera. —¡Está loco! —Apretó el pie en el acelerador sintiendo que su corazón se ponía a mil, pero él aceleró dándole otro golpe por detrás. Muerta de miedo logró controlar el coche y pisó el acelerador a fondo. En ese momento salió una camioneta de uno de los caminos y Arietta gritó girando el volante haciendo derrapar su coche hasta el arcén. Todavía no se había recuperado del susto cuando su puerta se abrió y Joe Milton sonrió con malicia. —¿Estás bien?

—Ese tío... —El puñetazo la medio mareó y miró hacia él incrédula mientras la sangre de la nariz corría por su barbilla.

Joe la cogió por el cabello y golpeó su cabeza contra el volante. —Ahora no te das tantos aires, zorra. —Agarró su cabello de nuevo y ella gimió de dolor sintiendo que el terror la invadía. —Esto te pasa por lista. Deberías haber aceptado esa cita conmigo hace un año. —Arietta gritó arañándole la cara e intentó salir del coche, pero cuando logró salir, este le pegó un puñetazo en el vientre doblándola antes de darle un golpe en la cabeza que la hizo caer al suelo casi sin sentido.

Joe sonrió con desprecio. —Sam llévate su coche, Curt se llevará el tuyo. Que lo desguacen.

—Entendido.

Se subió de inmediato en el coche de Arietta y arrancó mientras su hermano Curt se la cargaba al hombro, pero ella le golpeó sorprendiéndole y logró saltar a la carretera. Frenética intentó meterse en el bosque, pero Curt la agarró del cabello tirando de ella con un golpe seco

que la hizo caer sobre el asfalto de espaldas antes de recibir un puñetazo que la dejó inconsciente.

—Joder, tu hermano es un inútil.

Observaron como la metía en el maletero del coche rojo y Sam dijo —Quiero mi parte mañana.

—¡Te daré los quinientos cuando me los paguen a mí! ¡Ahora largo! —Joe observó como el coche de Arietta se alejaba y Curt cerró el maletero llamando su atención. Se acercó mientras su hombre se sentaba tras el volante a toda prisa. —¡Llévasela a Pete!

—Quería otra más.

—Será de la ciudad. No quiero llamar más la atención por aquí.

—¿Y por qué te has arriesgado?

—Porque se la tenía jurada. A ella y al cabrón de su padre. —Sonrió con ironía. —Ahora van a saber lo que es sufrir.

Un movimiento brusco la despertó y gimió de dolor apartando la nariz del suelo húmedo. Entonces el suelo vibró de nuevo y abrió los ojos para ver ante ella, sentadas contra la pared de lo que parecía un camión, a dos chicas amordazadas con los ojos llenos de lágrimas. Gritó del horror, pero su boca también tenía una mordaza y entonces fue consciente de que tenía las manos atadas a la espalda. Ni supo cómo logró sentarse y fue cuando vio a la otra chica antes de girar la cabeza y ver a las otras cinco que la observaban. Algunas tenían golpes en el rostro como ella y todas lloraban. Las habían secuestrado. ¡Dios, las habían secuestrado! Frenética miró hacia la puerta y apoyándose en las manos se arrastró con los pies intentando acercarse a ella. Tenían que salir de allí. Varias gritaron, pero su corazón acelerado ni dejaba que las oyera en su necesidad de escapar. Se apoyó en las manos levantando las piernas y golpeó la puerta con los pies. Volvió a

hacerlo, pero ni se movió. Entonces vio el candado y al darse cuenta de que lo habían cerrado por dentro se le cortó el aliento antes de que la agarraran por el cabello tirándola al centro del remolque. Sollozó levantando la vista para ver a un tipo enorme lleno de tatuajes. —Ni se te ocurra moverte —dijo con acento latino—. No nos importaría tirarte a la cuneta con las tripas fuera, así que no me provoques.

Pálida de miedo asintió sin moverse.

—¡Pega la espalda a la pared y no te muevas hasta que lleguemos!

Asustada se arrastró como pudo hasta la pared más cercana y las chicas se separaron para hacerle sitio. Le costó sentarse y el tipo perdió la paciencia cogiéndola del cabello para tirar de ella hasta colocarla en su sitio. —Vuelve a molestarme y lo pagarás. Tu vida ha dejado de tener valor, así que vete haciéndote a la idea de que si quieres seguir viviendo vas a hacer todo lo que te ordenen. ¿Me has entendido? —Asintió mientras las chicas lloraban. —¡Callaos! ¡No quiero oídos! —Volvió a la parte del camión más cercana a la cabina y se sentó en una silla que prácticamente no se veía pues quedaba a la sombra de la luz de emergencia al final del tráiler. Alguien dio un golpe y el tipo siseó sacando una pistola de la parte de atrás de la espalda — Silencio.

Una de las chicas enterró su cara en sus rodillas mostrando el tatuaje de una rosa rodeada de espinas que tenía en el antebrazo. Debía tener quince años como mucho. La muchacha intentó retener un sollozo mientras por las mejillas de Arietta corrían las lágrimas. ¿A dónde las llevaban? Y lo que era aún peor, ¿qué pensaban hacer con ellas?

Durante las horas y horas que pasaron en el camión no les dieron ni comida ni agua y para hacer sus necesidades había un cubo en una esquina sin ninguna intimidad. Él les gritó que como lo llenaran todo de mierda lo iban a pagar, así que quienes lo necesitaron no tuvieron más

remedio que ir al cubo, lo que le pareció asqueroso cuando tuvo que usarlo. Pero le daba la sensación de que aquello iba a ir a peor. No era tonta y no era un secuestro por dinero, no se secuestraba en grupo para pedir un rescate, eran tratantes de blancas. En la universidad habían hablado del tema y sabía que había miles de mujeres arrancadas de su hogar que eran esclavizadas para trabajar en la prostitución y que ese negocio daba de beneficios al año más que las tres empresas más importantes de los Estados Unidos, lo que era una auténtica barbaridad. Y eso era lo que movía a esos hombres, el dinero, el dinero que ellas les darían a ganar, ya fuera vendiéndolas a prostíbulos o prostituyéndolas ellos mismos. Solo rogaba a Dios que no la sacaran del país para llevarla a cualquier sitio donde ya no tuviera oportunidad de escapar. Mirando discretamente al tipo de la silla se dio cuenta de que la observaba y Arietta apartó la vista a toda prisa para mirar el suelo. Él se levantó tensándolas a todas y se acercó agachándose ante ella. —¿Eres pelirroja natural?

Levantó la vista lentamente y asintió aterrorizada. Él sonrió como si eso le agradara y agarró su barbilla elevándola como si quisiera verla bien. —Si fueras virgen ya sería la hostia, costarías una fortuna y el jefe estaría muy contento. Adora las pelirrojas.

Aterrorizada por lo que iba a hacer asintió y este la miró sorprendido antes de quitarle la mordaza. —¿Eres virgen?

—Soy católica.

Este se echó a reír. —Hostia, pero si tienes... ¿cuántos? ¿Veinte?

—Veintidós.

Él le miró los pechos y llevó las manos allí amasándolos como si le agradaran. —Naturales, llenos y firmes. Vas a darme mucha pasta. —La agarró por el cabello para sisear —Como me hayas mentido, te cortaré el cuello de parte a parte.

—No, no he mentido, lo juro.

—Lo comprobaremos. —Se incorporó. —Bien, hora de decir la verdad. ¿Alguna más es

virgen? —Se detuvo ante una chica rubia que debía ir aún al instituto. —¿Tú?

Esta se echó a llorar ocultando su rostro. —Mala suerte, chica. Te encantarán los burdeles de Las Vegas.

Las Vegas. Iban a Las Vegas. Calculaba que en coche desde Minnesota serían unas veinticinco horas, eso si no se detenían, que seguramente no por la carga que llevaban. No sabía cuánto había estado dormida ni cuándo habían salido de Minnesota, pero por la rendija de la puerta podía ver que era de día y llevaba muchas horas así. Tenía la sensación de que estaba a punto de anochecer, así que llevaba al menos veintitrés horas desaparecida. Al pensar en sus padres y en lo que estarían pasando sintió que se le desgarraba el corazón. Puede que nunca volviera a verles. Una lágrima recorrió su mejilla y odiando que ese cabrón la viera llorar y sintiera alguna satisfacción con ello, ocultó su rostro en las rodillas como su compañera. Dios, le iba a estallar la cabeza por los golpes que le había propinado Joe. Ese cerdo... Solo por darle su merecido merecía la pena vivir. Eso le dio fuerzas. La venganza. Conseguiría salir de allí y le haría pagar. Lo lograría. Solo tenía que esperar el momento adecuado.

Capítulo 2

Se detuvieron dos veces para echar gasolina a lo largo de la noche y ellas a punta de pistola ni se movieron. Estaba muerta de sed cuando el camión al fin se detuvo y el tipo de los tatuajes dio dos palmadas. —Muy bien, zorritas, en pie y en fila para salir. Ni se os ocurra intentar jugárnosla, porque creo que ya os ha quedado claro lo que os pasará.

Se puso de pie colocándose a la mitad de la fila y vio como la puerta se abría. Estaban en el interior de una nave y varios hombres con pinta de delincuentes las esperaban. —Bienvenidas a Las Vegas —dijo uno caminando hacia el camión mirando la fila. Llevaba un traje muy caro y una corbata azul claro. Era evidente que era el que mandaba porque varios se apartaron a su paso —. ¿Tenemos algo interesante?

El de los tatuajes la agarró del brazo sacándola de la fila de malos modos y el jefe sonrió como si le gustara lo que veía. —Pelirroja.

—Natural, jefe. Y dice que es virgen.

—No te creas todo lo que oyes. —La miró de arriba abajo. —Pero valdrá igualmente en cuanto se le quiten los golpes. Tiene clase, incluso con esa mierda de ropa. Que la lleven al Mausoleo. En cuanto la hagan comer solo una vez al día, y adelgace al menos diez kilos, será una joya. A esos pijos les gusta que parezcan modelos.

—Sí, jefe.

—¡Bajad!

Las empezaron a bajar como a ganado y el de los tatuajes la puso aparte mientras ellas en fila dejaban que ese trajeado las revisara. Se fijó en las caras de todos y cada uno, que se le quedaron grabadas porque esperaba que en algún momento pudiera vengarse de todos ellos.

El de los tatuajes se acercó y le susurró —¿Sabes por qué se llama el Mausoleo? Porque jamás saldrás de allí —dijo queriendo aterrorizarla aún más—. Todas esperan allí la muerte y se las entierra en el jardín. Un mausoleo de zorritas como tú.

Se estremeció y él rio por lo bajo alejándose hacia el hombre del traje que en ese momento fruncía el ceño acercándose a una chica que sudaba muchísimo. —¿Qué coño le pasa a esta? ¿Estás enferma? —Miró al de los tatuajes. —Greg, ¿está enferma?

—No lo estaba antes, jefe. Parecía estar bien cuando la subimos al camión. —Le quitó la mordaza. —¿Estás enferma?

—Soy diabética, necesito mi insulina —dijo con esfuerzo.

—Entiendo. —El del traje extendió la mano y un hombre le dio una pistola. —Así que estás enferma. —Le puso la pistola en la frente y antes de que pudiera gritar disparó haciendo que cayera hacia atrás mientras todas, incluida ella, gritaban aterrorizadas. —¡Enfermas no me servís! —gritó él tirando la pistola a un lado—. ¡Por si todavía no lo habéis descubierto, ahora sois mías! ¡Y haréis todo lo que vuestros chulos os digan! ¡La que dé problemas acabará como ella! —Caminó ante ellas. —Tú, tú y tú a la camioneta. ¡Rápido!

Las chicas llorando corrieron hacia allí donde un tipo cerró la puerta en cuanto se subieron. —Las demás al prostíbulo del este del Strip, son penosas.

Otro se acercó y les gritó que se movieran hacia una furgoneta con los cristales tintados. El jefe se acercó a ella y sonrió. —Espero que me hagas ganar mucho dinero, palomita. Si te portas bien, si colaboras y me haces ganar mucha pasta, puede que algún día seas libre. Pero tendrás que ganártelo.

Mentía, lo veía en sus ojos, solo lo decía para que no le diera problemas y la mirada de

burla de sus hombres se lo indicaba claramente. Además, el otro idiota ya se lo había dejado bien claro. —Súbela al coche. Melissa se encargará de ella a partir de ahora.

Greg la cogió del brazo y la llevó hasta un coche que estaba tras la furgoneta. Abrió el maletero y asustada miró su rostro. —Entra —dijo fríamente.

Sin poder evitarlo dio un paso atrás, pero él la agarró de la nuca tirando de ella. —¡Entra, hostia! ¡No tengo todo el día!

Cayó al interior de costado y apenas le dio tiempo a agachar la cabeza antes de que él cerrara el portaequipajes de un golpe seco que la estremeció. ¿Por qué tenía que pasarle eso? Nunca se había metido en líos, siempre había sido una buena hija. ¡No era justo! Esas cosas no le pasaban a la gente que siempre hacía lo correcto. Le ocurrían a inconscientes que se metían en zonas peligrosas o que dependían de las drogas, no a una estudiante de derecho con un futuro prometedor. Sollozó por lo equivocada que estaba ella y todos los que estaban a su alrededor, porque era evidente que podía ocurrirle algo así a cualquiera. Dios, habían desguazado su coche, no habría ni rastro de ella. Sus padres se volverían locos de la desesperación. Piensa Arietta. Jenny sabe que ibas a poner gasolina. Allí había cámaras y en la salida de la autopista también. ¿Habría cámaras en la salida a Cownhill? No lo sabía. Nunca se había fijado a pesar de haber pasado por allí millones de veces. Su padre la buscaría, estaba segura. Ya habría dado la voz de alarma y la estarían buscando. Igual había sangre en la carretera. Las rodadas... Al frenar sus neumáticos se tenían que haber quedado grabados en el barro del arcén. Sollozó. Sí, su padre sabría que se la habían llevado. Como sheriff del pueblo conocía a todo el mundo y Joe puede que fuera sospechoso. ¿Le había arañado? Ahora no lo recordaba bien. Sí, creía que sí. Su padre le sacaría la verdad. Tenía que hacerlo porque tenía la sensación de que a ella le costaría salir de allí. Aunque lo intentaría, vaya si lo intentaría. Antes de que la tocara algún cerdo sebo, se arriesgaría a perder la vida escapando de ese maldito sitio. Se estremeció al pensar en las tumbas que habría allí. Estaban locos. Eran una panda de malditos locos que no tenían ningún aprecio por la vida humana. Recordando a la chica diabética sollozó de nuevo. No llores Arietta, llorar

no te va a sacar de esta. Piensa, tu cerebro es lo único que puede sacarte de aquí, piensa.

El coche se puso en marcha y escuchó una música lo bastante alta para que no la escuchara desde allí, pero tenía las manos atadas a la espalda y no es que pudiera moverse mucho para intentar abrir el maletero. Intentó tocar sus ligaduras, pero se dio cuenta de que eran dos bridas muy bien apretadas. Había oído una vez que con un tirón seco se rompían, pero por mucho que lo intentaba no conseguía soltarse. Le dolía todo, la cabeza la estaba matando y esforzarse por liberarse no ayudaba nada a que se encontrara mejor. Suspiró cerrando los ojos. Reserva tus fuerzas. Tienes que descansar para pensar con claridad. El agotamiento empezó a hacer mella en ella y no pudo evitarlo, se quedó dormida.

Cuando abrieron el portaequipajes se sobresaltó y la luz del día la deslumbró. Entrecerrando los ojos vio a una mujer bellísima de unos treinta y tantos con el cabello moreno impecablemente cortado a la altura de los hombros. Esta sonrió. —Que buena pieza. Sácala de ahí, quiero verla bien.

Un tipo de traje la cogió del brazo y juró por lo bajo. —Hostia Melissa, apesta.

—Sácala y deja de protestar tanto.

Tiró de ella hasta casi tirarla al suelo, pero consiguió mantener el equilibrio. Un vistazo rápido le indicó que estaban en una especie de jardín, pero sus ojos enseguida volvieron a esa mujer que a partir de ese momento dominaría su vida. Melissa la miró fríamente. —Bienvenida al Mausoleo. —Caminó a su alrededor repasando su figura. —Las reglas son muy claras. Te abrirás de piernas cuando yo lo diga y con quien yo diga. Jamás verás un dólar, siempre me pagan a mí. Cualquier cosa que puedas necesitar la decidiré yo. Se te dará comida y ropa a la altura de este sitio. Serás amable con los clientes porque sino habrá consecuencias. Y por si tienes idea de que te vas a escapar de aquí, te diré que la finca está rodeada por un muro de

cuatro metros, que hay cámaras por todo el perímetro y perros muy bien entrenados. Eso por no hablar de los veinte hombres que vigilan cada palmo de la finca. Nadie sale de aquí sin mi consentimiento, nadie. Si vas a hacer un trabajo fuera te acompañará Tom. —El tío asintió. —Y por supuesto cuando termines volverás aquí a seguir trabajando. Habrá días de dos clientes y días de diez. Y siempre pondrás buena cara. Llegará un momento que tendrás clientes fijos, puedes aceptar regalos, pero me los entregarás a mí. —Se puso ante ella y la cogió por la barbilla. Arietta la miró con odio y Melissa rio. —Eres de las duras. Tranquila, que te ablandarás con los golpes. Cuando termine contigo caminarás tras de mí como la perrita que eres. Tom, que la asean y le den la habitación veintiséis.

—¿La veintiséis? —dijo sorprendido—. Amy...

—Amy ya no nos sirve, hoy no ha podido ni levantarse de la cama. Encárgate de ella.

Tom asintió cogiendo su brazo y la volvió mostrando una gran mansión pintada en color arena. Sus tejados eran rojos de teja y había balcones en las habitaciones. Era preciosa llena de flores de colores, pero a ella le heló la sangre por las historias que esas paredes podrían contar. El esbirro de esa bruja la metió en la casa y caminaron por un impecable suelo de mármol hasta unas escaleras. Dos hombres estaban apostados en ellas.

—Yo voy a decirte algo que la jefa no ha mencionado. Soy el encargado de vosotras, como te pelees con alguna de tus compañeras, como me des problemas tendré que castigarte. Y te aseguro que mis castigos no quedan reflejados en la piel. —Tirando de ella escaleras arriba juró por lo bajo mirando sus morados. —No me valdrás de nada en unos días. —Abrió una puerta y una chica muy rubia que estaba en ropa interior haciendo la cama le miró. La empujó dentro de la habitación. —Que se duche y dale ropa. Que no salga de aquí.

La chica asintió y él cerró la puerta. Sin mostrar nada en su rostro ella se acercó y le quitó la mordaza de la boca. —Ven, el baño está por ahí. Podrás beber del grifo. Sé que estás sedienta.

—Por favor, ayúdame.

—Calla —dijo muy seria—. Hay cámaras y micros en todos los sitios. Oyen todo lo que digas y ven todo lo que hagas, así que cierra la boca.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia y dejó que la cogiera del brazo para llevarla hasta una puerta cerrada. Cuando la abrió mostró un lujoso baño. —Las bridas —dijo preocupada. Abrió el cajón que había en el mueble del lavabo y sacó un cortaúñas—. Tendrá que valer. —Se puso a su espalda y empezó a cortar las bridas que sujetaban sus manos. —Aquí no hay micros —susurró—. No hables, te verá la cámara. Haz todo lo que te digan si quieres sobrevivir, ¿entiendes? Pon buena cara aunque quieras matarles a todos. La única posibilidad que tenemos es que la policía encuentre este sitio y sobrevivir hasta que lo hagan. Sé que te haces mil preguntas que no puedo contestarte ahora. Lo siento, pero es así. —Consiguió soltar sus bridas y se enderezó. —Ya está. Ahora dúchate —dijo en tono normal—. Ahí tienes toallas. Como supongo que no trabajarás te daré una bata.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

Sonrió con ironía. —Mi nombre aquí es Serena.

Era evidente que se los cambiaban para que no dieran con su verdadera identidad. —Vamos, no pierdas tiempo. Seguro que el médico estará al llegar para reconocerte. A todas nos han hecho una revisión en nuestro primer día aquí.

Asintió estirando el brazo para abrir el grifo de la ducha. Se quitó las mallas con esfuerzo porque le dolía todo y al ver sus manos reprimió las lágrimas porque estaban llenas de sangre. Ni esperó a que se calentara el agua, sino que entró desesperada por quitársela de las manos, pero se dio cuenta de que tenía una herida en la cabeza porque el agua empezó a teñirse de rojo. Serena que la observaba dijo —No te preocupes, ha dejado de sangrar.

Agachó la cabeza dejando que el cabello cubriera su rostro y susurró —¿Llevas mucho aquí?

Se puso de espaldas a la cámara y contestó —Dos años.

—Dios mío...

—Empieza a enjabonarte.

—¿Cómo te cogieron?

—Salía con un cabrón que tenía que pagar una deuda y la pagó conmigo.

—¿No podemos escapar?

—La última lo intentó hace un mes, se la comieron los perros. Se encargaron de ponernos las imágenes de videovigilancia para que a las nuevas se les olvidara cualquier plan que tuvieran en mente. Ni te imaginas como se reían. No tienen alma, solo les importa el dinero. Reza por no ponerte enferma en serio o quedarte preñada, porque por eso te envían al otro barrio o te llevan a un sitio que es mucho peor que este a que des a luz para vender a tu bebé y después venden tus órganos. Las que se van no vuelven.

Tembló con evidencia. —¿Cómo sabes eso?

—Melissa es una sádica, le encanta decirnos esas cosas. Seguro que ahora están deshaciéndose de Amy para que ocupes su habitación. Lleva días enferma del estómago y Melissa ha perdido la paciencia. Ayer la visitó el médico, pero nunca nos hacen pruebas ni análisis de sangre, no puede saber lo que tiene realmente y como va a peor...— Suspiró. —Casi es un alivio. Mil veces he pensado en escapar para acabar con esto, pero aún tengo la esperanza de que alguien nos encuentre.

Ni sabía qué decir a aquello. Era tan horripilante que la dejaba sin habla. Hasta ese momento ni se había dado cuenta de hasta donde llegaba la maldad humana. —¿Quién es el jefe?

—¿Y para qué quieres saberlo? Nunca viene a ver a sus chicas.

—Por si algún día salgo de aquí. —Levantó la vista hasta sus ojos castaños y Serena apretó los labios. —Por favor.

—Solo sé cómo le llama todo el mundo, no sé si es su nombre de verdad.

—Dímelo igual.

—O'Tull. Es un pez gordo de la mafia. Tiene desde productoras de películas para adultos, hasta prostíbulos en toda la costa oeste. Una vez le escuché decir a Melissa que hasta tenía un casino para blanquear el dinero.

—Gracias. —Se enjabonó el cabello lo mejor que podía con lo que le dolían los brazos y se aclaró antes de coger la toalla que le ofrecía Serena. Se estaba secando la cara cuando dijo en voz baja —Mi nombre es Arietta.

—Yo soy Anne —dijo emocionada—. Anne Patterson. Vivía en Nueva York y era camarera en un bar de copas.

—Yo soy estudiante de derecho y trabajo en un bufete. Soy de Cownhill, Minnesota. —Como no contestó nada apartó la toalla. —¿Qué?

—Ninguna es como tú. Ninguna tenemos estudios. —Agarró un cepillo y susurró —Date la vuelta, ya te han visto hablar demasiado. —Se volvió para que le cepillara el cabello. —Creo que se han equivocado contigo.

—Me secuestró un vecino de mi pueblo.

—¿De veras? —preguntó esperanzada.

—Me odia desde que no le di una cita y mi padre le detuvo por conducir drogado. Es el sheriff, ¿sabes?

—Dios mío, jamás cogen a chicas con las que les puedan relacionar, es una regla básica.

—¿Y tú?

—Mi novio me vendió a la mafia. No tengo familia, nadie me iba a echar de menos y si alguien denunció mi desaparición, él con decir que no sabía nada, listo. Nadie lucharía por encontrarme. Sería una de tantas que desaparecen y de las que no se sabe nada más. Pero tú... Tenemos una esperanza de que tu padre dé contigo. No se rendirá.

—Matthew Carbery no se rinde ante nada y menos por la persona que más quiere en la vida. Me encontrará si no salgo de aquí, estoy segura.

Sentada en la cama miraba al vacío. El médico ya la había reconocido y le habían permitido beber y comer la bandeja que Serena le había llevado. Que pena que no pudiera hablar más con Serena, pero apenas se había cepillado el cabello y puesto la bata cuando Tom volvió a aparecer para decirle que se trasladara de habitación. Y allí había estado desde entonces. Miró a su alrededor. La habitación era lujosa, por supuesto no había ni teléfono ni televisión, estaban totalmente aisladas y por el silencio que había en la casa era evidente que las chicas tenían pocos momentos para relacionarse. Cada una estaba en su habitación y seguro que seguiría siendo así hasta que las necesitaran. Se levantó entrando en el baño y tiró de uno de los cajones para ver que había cremas y un cepillo. Además, había maquillaje. Por supuesto, el kit para estar mona para los clientes. Cerró el cajón con desprecio y abrió el de al lado. Maquinillas de afeitar para mujeres. Levantó el mango rosa para mirar la cuchilla, pero recordó la cámara y disimulando se pasó la cuchilla por el brazo antes de tirarla en el cajón de nuevo. Lo cerró de golpe para agacharse y mirar lo que había en los armarios inferiores. Colutorio, papel higiénico, toallas... Nada que la pudiera ayudar. Regresó a la habitación y se sentó en la cama de nuevo mirando la bandeja de la comida con cubiertos de plástico. Era evidente que evitaban cualquier cosa que ellas pudieran utilizar para lesionarse o lesionar a los que las vigilaban. Serían cerdos.

Ni supo cuántas horas se quedó allí sentada mirando al vacío. Al abrirse la puerta se sobresaltó y entró Melissa con un vestido rojo que le quedaba como un guante. Caminó hasta ella con sus tacones negros de quince centímetros y se detuvo observándola. —Al parecer eres un diamante en bruto. Venderemos tu virginidad al mejor postor. Tendremos que esperar un poco, pero merecerá la pena. La última la vendí por un millón de dólares. —Se le cortó el aliento por lo que podían llegar a pagar esos perversos. —Y no tenía tu edad. ¿Sabes lo difícil que es

encontrar una virgen de tu edad? No todos quieren niñas. Vas a ser todo un acontecimiento. Tendremos que sacarte fotos para promocionarte entre nuestros clientes, así que esperaremos unos días a que se te quiten los morados. —Miró la bandeja medio llena. —Por cierto, esa es la única comida que harás al día hasta que tengas el peso que les gusta a los hombres, así que te aconsejo que la comas.

Se mordió la lengua para impedir decirle donde podía meterse sus consejos. —Supongo que Serena te habrá dicho cómo funcionamos aquí —dijo con una sonrisa en los labios—. Hazle caso, es una de nuestras mejores y más eficientes residentes. Si sigue así tendrá un futuro prometedor en esta empresa.

Arietta la miró incrédula. —¿Empresa?

Se echó a reír. —Claro que sí, es una empresa. Estamos aquí para ganar dinero. —Entrecerró los ojos. —¿Cómo te llamaremos? ¡Tom!

Él entró en la habitación demostrando que estaba esperando por si ocurría algo. —¿Cómo la llamamos? Necesita un nombre.

—Amy. No me hagas aprenderme más.

—Oh, que idea tan maravillosa. —Sonrió encantada consigo misma. —Les pondremos los mismos nombres que a las anteriores. —Tom sonrió comiéndose a Arietta con la mirada. —Todavía no, cielo, tienes que esperar o el jefe te regañará. Después podrás tomarla cuando quieras. —Pasó al lado de su matón y dijo —Vamos Tom, tengo una reunión.

—Enseguida jefa. —La miró malicioso antes de seguirla y cuando cerraron la puerta escuchó la llave. ¡Las mantenían encerradas! Furiosa apretó los puños sin mover el gesto de la cara. Malditos bastardos. Frustrada se tumbó en la cama y abrazó la almohada. Al menos tenía unos días, días para pensar en cómo salir de allí. Y podía hacerlo, siempre había una manera.

Capítulo 3

Quince días después Serena se apartó mostrando su imagen en el espejo. Un vestido de encaje negro que enseñaba su ropa interior y toda su figura. Elevó la vista hasta su rostro casi curado. Lo que no había curado del todo estaba cubierto por un maquillaje de lo más profesional que al parecer tenía que aprender a hacerse para cubrir futuros golpes de clientes. La situación empeoraba por momentos porque no se le ocurría como salir de allí y había llegado la noche de su venta. Serena se colocó tras ella y le alborotó los rizos de su larga melena para darles volumen. —Ponte los tacones.

Se agachó para cogerlos del suelo y se los puso a toda prisa. Cuando se enderezó Serena la miró de arriba abajo. —Perfecta. —Como estaba en la habitación no podía decir ni pío. Su amiga cogió el frasco de perfume y le dijo —Cierra los ojos. —Lo hizo y ella empezó a perfumarla de manera exagerada. —A ella le gusta que nuestro aroma quede a nuestro paso. Dice que así se seduce al cliente. Ya está.

—¿Algún consejo?

La miró a los ojos. —Piensa en otra cosa y si te pega no grites. Se enfadan si gritamos, puedes asustar a otros clientes.

Serena fue hasta la puerta y la abrió mostrando a Tom que se volvió hacia ella para mirarla de arriba abajo. —Fuera el sujetador.

—Pero Melissa me dijo...

—Fuera.

Serena se volvió y le dijo —Quítatelo.

Aquello era tan humillante... Llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador antes de meter las manos por las sisas del vestido para sacar los tirantes.

Los ojos de Tom brillaron cuando se lo sacó por el escote mostrando sus turgentes pechos. —Perfecto. Vamos. A los clientes les vas a encantar. Serena te encargas del chino, es demasiado roñica para pujar, pero es un buen cliente, no me dejes mal.

Serena se tensó, pero no movió el gesto asintiendo para salir al pasillo. Tom alargó la mano. —Vamos.

Sintiendo el corazón en la boca dejó caer el sujetador al suelo antes de caminar hasta él. Tom la cogió del brazo. —¿Una raya de coca?

Le miró sorprendida. —No.

—¿Seguro? Te relajaría. —Al ver su rechazo sonrió. —Tú misma, pero si el cliente te pide que tomes una, lo harás —dijo fríamente.

Tiró de ella hacia la escalera y escuchó la música. —Empieza el espectáculo. Tú ni abras la boca hasta que te digan. Y como se te ocurra decir algo que nos deje en evidencia, te juro por lo más sagrado que te destriparé viva porque ninguno de nuestros clientes moverá un solo dedo por ti. Abajo.

Sintiendo que le temblaban las piernas empezó a bajar los escalones y cuando llegó al hall vio como dos hombres de mediana edad y vestidos de smoking entraban riéndose hasta que se fijaron en ella. —Tom, amigo, ¿es nuestra pieza?

—Paciencia, todo a su tiempo.

Dos de las chicas con vestidos transparentes como el suyo llegaron para abrazarles y estos se dejaron evidentemente encantados mientras a ella la llevaban por un pasillo. Tom abrió una puerta y allí estaba Melissa con un vestido de terciopelo negro cogiendo algo de un cajón.

Levantó la vista para mirarla y al ver que no llevaba sujetador se tensó antes de fulminar con la mirada a Tom. —Vete a por su sujetador.

—Hay que enseñar la mercancía, jefa. Soy hombre, hazme caso.

Dejó una llave sobre la mesa donde había un montón de dinero mientras gritaba —¡Yo soy la que dirijo este negocio! ¡Haz lo que te digo!

Él apretó los labios antes de salir del despacho y ella le hizo un gesto para que se acercara. —Este será el procedimiento... Te llevaré al salón y te exhibiremos. Te quedarás muy quieta mientras se realiza la puja y cuando haya un ganador te irás a la suite real con él.

—¿La suite real?

—Es un día especial. —Sonrió. —Allí habrá champán y otros regalos para el ganador. — Se acercó a ella. —Haz que se lo pase bien. Que haya merecido la pena el desembolso que ha hecho por ti, ¿me has entendido? Puede que no espere demasiado de una virgen, pero como haya un solo lloriqueo, como te comportes como una virgen victoriana, me voy a enfadar. Eres una puta y eso es lo que vienen a buscar aquí. Haz lo que te pida, ¿entendido?

Intentando retener la rabia y el dolor susurró —Entendido.

Sonrió. —Así me gusta. Me alegra que durante estos días no hayas montado dramas ni hayas dado problemas. Acepta lo que ocurre y todo irá bien. Y si va muy bien sabré recompensarte, yo sé cuidar a mis chicas.

Sí, que se lo dijeran a la anterior Amy. —Gracias Melissa —dijo sumisa como ella quería.

Satisfecha fue hasta el mueble bar y le sirvió una copa de brandy. —Tómatelo, te ayudará a templar los nervios. —Se acercó y cogió la copa de su mano mostrando su impecable manicura. Bebió bajo su atenta mirada y cuando se lo tomó todo esta asintió. —Perfecto. —Pasó la mano por sus rizos. —Estás preciosa, perder esos kilos te ha sentado estupendamente.

Sería zorra, apenas le había dado de comer una manzana al día en el tiempo que llevaba

allí.

—¿Te van las mujeres? —No movió el gesto, lo que demostraba que ya estaba curada de espantos. —Estoy empezando a abrir ese mercado. Tengo una clienta a la que puede que le gustes. Ya veremos. —En ese momento llegó Tom con el sujetador en la mano. —Póntelo. Salimos en cinco minutos.

—Pero el congresista aún no ha llegado.

Ella juró por lo bajo. —Ese imbécil siempre nos hace esperar.

—Jefa, es un gran cliente.

—Sí, no queremos que se ofenda. Iré saliendo para hablar con los demás. Ya haré que te avisen para salir con ella.

—De acuerdo.

Tímida se alejó de ellos para subirse el vestido y sacar los brazos mientras ellos hablaban ante la puerta. La mirada de Arietta cayó sobre el montón de fajos de billetes de cien. Debía haber más de dos millones de dólares. Serían cerdos, se hacían ricos a costa de las chicas que tenían secuestradas. Su mirada fue a parar a una enorme caja fuerte que había en una esquina. A saber lo que había allí. Disimulando miró hacia el escritorio de nuevo. Entonces vio algo metálico tras un fajo de billetes que tenía en frente y sin dejar de ponerse el sujetador estiró el cuello para ver que era. Se le cortó el aliento al ver el abrecartas. Cerrándose el sujetador les miró de reojo y se volvió para dejar caer el vestido hasta las caderas dando un paso a un lado disimuladamente. Cubriéndose con su cuerpo alargó la mano cogiendo el abrecartas y a toda prisa se lo metió en la parte de atrás de las braguitas, tapándolo con la goma antes de dejar caer el vestido del todo. Esperaba que no se notara o no se le cayera porque se estaba jugando el cuello. Cuando terminó ambos la miraron y ella unió las manos ante su cuerpo con cara de inocencia. —Te quiero exactamente así cuando se haga la puja —dijo ella—. Sexy y virginal.

—Entendido.

—Vamos allá. —En ese momento salió Melissa y antes de cerrar la puerta dijo —Ahí entra el congresista. Vamos, vamos... Quiero que te vea bien.

Sintiendo el corazón a mil avanzó hasta ella y Melissa la cogió por el brazo sonriendo de oreja a oreja. —Harrison, cómo me alegro de verte.

Este que iba hacia otra parte de la casa se detuvo volviéndose y al verlas pareció sorprendido. Melissa se echó a reír. —Sí, es como para dejar la boca abierta, ¿no es cierto?

—Impresionante.

—Y sin catar, ¿te lo puedes creer? —La detuvo ante él. —Amy date una vuelta para que mi amigo te vea bien. —Se giró volviéndose lentamente y el tipo la miró de arriba abajo con sus asquerosos ojos verdes antes de sonreír como el perverso que era. —Preciosa, ¿verdad?

—Estoy impaciente.

—Como el resto de mis invitados de esta noche, amigo. Saca la chequera si quieres divertirme —dijo antes de echarse a reír—. Vamos Amy, hoy serás deseada por los hombres más importantes que conocerás nunca.

—Melissa, quinientos.

Eso detuvo en seco a su madame que sonrió con tristeza. —Llegará al uno y medio. Es hermosa, tiene clase y está dispuesta. ¿Cuándo has catado una virgen así, Harrison?

Este gruñó. —Estás abusando del gobierno. Piensa que mi presupuesto es limitado.

Esta se echó a reír. —Yo no abuso, este es un mercado libre. Y lo siento, pero no, tengo muchos amigos interesados en ella. ¿Amy?

La siguió con la cabeza alta y entraron en un salón donde varios hombres atendidos por sus compañeras esperaban que comenzara el espectáculo. Al ver a Serena acariciando la entrepierna de un viejo de unos ochenta años se le revolvieron las tripas, pero en lugar de gritar que eran todos unos cerdos siguió a Melissa a una especie de escenario. —¡Muy buenas noches a todos! —dijo como si fuera una maestra de ceremonias mientras Arietta se daba la vuelta para

mirar al menos a cuarenta hombres. —Esta noche es especial y...

Mientras aquella bruja hablaba ella unió las manos y les miró fijamente. Recordaría cada maldito rostro, de hecho reconocía a muchos. Al congresista Bennet ya le había reconocido, pero también había un famoso periodista de la televisión nacional, un médico que había hecho historia por sus trasplantes de piel, un jugador de béisbol y un director de cine. Malditos cabrones, pensaba denunciarles a todos.

—Muy bien, empecemos. Para abreviar, la primera puja será de medio millón.

Varios se echaron a reír. —Vamos Melissa, es una puta —dijo uno al fondo.

—Y qué puta —dijo ella divertida—. ¿Quinientos mil? ¿Quién da quinientos?

Para su sorpresa lo hizo media sala y Melissa sonrió. —¿Seiscientos? —Nadie bajó la mano. —No os arrepentiréis, os lo aseguro, la he visto desnuda y es una auténtica diosa. ¿Novecientos?

Tres bajaron la mano. —Muy bien, vayamos más rápido que la noche se nos echa encima y tenemos que divertirnos. Dos millones de dólares.

Solo una mano quedó arriba y al ver que era el congresista Bennet, Melissa se echó a reír. —Al parecer no importa mermar los presupuestos por un caprichito, ¿verdad?

Él rio. —Los contribuyentes quieren verme feliz.

—Pues te hará feliz, amigo. Vendida por dos millones de dólares. —Se volvió hacia ella. —Recuerda, como ese tipo no salga de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja, me voy a enfadar. Sonríele.

Viendo como aquel asqueroso se acercaba a recoger su premio Arietta forzó una sonrisa. Este llegó hasta ella y cogió su mano. —Presiento que esta noche me vas a hacer muy feliz.

—Lo intentaré.

Melissa se acercó. —Tienes las pastillitas azules en el baño de la suite real, congresista.

—Gracias, siempre tan atenta.

—Estoy aquí para servirte. Que lo pases bien.

Era evidente que sabía muy bien por donde iba, porque tiró de su mano yendo hacia una puerta que comunicaba directamente con el hall y de ahí tiró de ella hasta la escalera. —Eres preciosa, siempre he querido a una pelirroja. —Se pegó a ella y pasó la mano por su cintura. Aterrorizada porque descubriera el abrecartas se apartó y este se echó a reír al verla correr escaleras arriba, pero no sabía hacia que pasillo ir, así que tuvo que detenerse. —¿Impaciente? — Llegó hasta ella con una sonrisa de suficiencia en el rostro. —Te aseguro que yo también. —Fue a su derecha y le indicó con la mano que pasara primero. Caminaron por el pasillo y ella vio que en la puerta del fondo había una plaquita con una corona en el centro, así que fue hasta allí y le abrió la puerta para que pasara. Él miró a su alrededor, pero sus ojos recayeron en la cama redonda con la colcha de seda dorada donde había un paquete de una famosa y carísima marca de relojes. —Melissa siempre tan atenta —dijo el congresista acercándose para abrir la caja de piel. Impresionante—. Volvió la caja para mostrarle un reloj clásico. —¿Te gusta?

—Es precioso —susurró llevándose la mano a la espalda para meter los dedos entre el encaje y así sacar el abrecartas, pero el mango se quedó enganchado entre unos hilos y juró por lo bajo mirando a su alrededor—. ¿Champán?

—Antes desnúdate. Quiero ver a esa diosa de la que habla Melissa.

Se tensó metiendo la punta del abrecartas en la goma de sus braguitas y llevó sus manos a sus caderas para coger el vestido y elevarlo para tirarlo justo tras ella. Él suspiró sentándose en la cama y se desabrochó la pajarita sin quitarle ojo. Intentando disimular su miedo llevó las manos a la espalda para desabrochar el sujetador dejándolo caer al suelo. —Bellísimos —dijo él estremeciéndola del asco—. Espero que seas de las que no se depilan, me gusta más así.

Ella llevó la mano atrás para coger el abrecartas y se acercó. —¿Por qué no me quitas tú las bragas? Así lo comprobarás. Será como desenvolver otra sorpresa.

—Claro que sí, preciosa. —Alargó las manos y empezó a bajarlas lentamente mostrando su vello pelirrojo para satisfacción de él. —Perfecta. —Las braguitas cayeron hasta sus tobillos justo cuando el abrecartas apareció en su garganta. Él la miró sorprendido y Arietta siseó —Abre la boca y será lo último que hagas, cabrón.

—¿Qué? —preguntó sin entender nada.

—¿Qué? ¿Acaso eres imbécil aparte de un ladrón y un hijo de mala madre? Me vas a sacar de aquí, ¿me he explicado con claridad?

El tipo palideció. —No puedo hacer eso.

—¿No? Pues vas a morir porque yo ya no tengo nada que perder.

Apretó la punta del abrecartas en su piel y este estiró su cuello diciendo —Espera, espera.

—Mira, están a punto de llegar y...

—Aquí no hay cámaras.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Aquí no hay cámaras. ¿Crees que soy tan idiota como para meterme en una habitación para que me graben? El servicio secreto siempre las desactiva hasta que me voy. Si querían tenerme de cliente debían aceptar mis condiciones.

Podía irse sin que la vieran las cámaras. —Sácame de aquí.

—¿Estás loca? En cuanto saliéramos por esa puerta te matarían. No puedes salir de aquí y descubrir el negocio, ¿sabes cuántos caerían?

—Me importa una mierda la gente que es como tú —dijo con rabia—, que tomáis lo que os apetece como si fuerais los dueños del mundo. Voy a acabar con todos.

Los ojos del hombre la miraron fríamente. —Has elegido muy mal tus palabras. ¿Por qué iba a ayudarte para que me jodas después?

—Pues tienes razón. —Le dio un cabezazo con tal fuerza que le hizo poner los ojos en

blanco antes de caer hacia atrás sin sentido. Frenética por encontrar una salida se subió las braguitas y caminó de un lado a otro. Se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. Tenía que salir de allí. Entonces se fijó en su ropa. Un hombre. Y todos iban vestidos de smoking. Corrió hacia la ventana para ver los vehículos negros que estaban aparcados y a los chóferes que esperaban por sus jefes. Si se hacía pasar por un hombre puede... Tiró el abrecartas sobre la cama y se sentó a su lado para empezar a desabrochar su cinturón. En ese momento se abrió la puerta y Tom asomó la cabeza sonriendo al ver lo que hacía. —¿Todo bien? —Ella pálida asintió. —Ya no os molesto más. Congresista, si necesitas algo estaré abajo. Solo tienes que usar el teléfono y el camarero te servirá lo que desees.

Sin saber que hacer miró hacia el hombre y pasó la mano por su entrepierna antes de gruñir con fuerza. —Que paséis buena noche —dijo divertido antes de cerrar la puerta.

Aliviada saltó de la cama y fue hasta la puerta para cerrar con llave. Un teléfono. Ese debía tener un teléfono. Corrió hasta él y le registró los bolsillos. Nada, no había nada. Seguramente era una norma del local para que las chicas no pidieran ayuda. Solo tenía unos cientos de pavos que serían para dar propinas a las chicas. Como no le quedaba otra decidió empezar a desnudarle y al volverle para quitarle la chaqueta vio la cartuchera en la cinturilla del pantalón con el revólver a su espalda. Se le cortó el aliento. Tenía un arma. Tenía algo con lo que defenderse. Inexplicablemente eso la hizo sentirse más segura.

Se puso su ropa que le quedaba muy holgada y sus zapatos que eran enormes, pero rompió su vestido para rellenarlos. Mirándose al espejo gimió por su cabello. ¿Con qué debía taparlo? Dios, iba a morir. ¡Piensa, piensa! Escuchó un gemido en la cama y se le detuvo el corazón. Se acercó lentamente para ver que movía los párpados. No, no podía despertarse y si lo hacía no podía gritar. Agarró uno de los almohadones y le quitó la funda haciendo una tira. Cuando se la puso alrededor de la boca este asustado abrió los ojos. —No, no vas a dar la voz de alarma. Yo me largo de aquí. —Él agarró su cabello intentando apartarla, pero Arietta en cuanto cerró el nudo de la mordaza le dio un codazo en la cara que le rompió la nariz y logró soltarse. —

Jódete. —Este se volvió de costado intentando huir de ella, pero Arietta agarró el abrecartas y se lo clavó en el hombro. De repente no se movió y Arietta perdió el aliento al ver como sangraba. —¿Congresista? —Rodeó la cama para ver que tenía los ojos abiertos, pero su rostro no expresaba nada. Asustada llevó los dedos a su cuello y se le heló la sangre al darse cuenta de que no había latido. Era evidente por todo lo que sangraba que había cortado una arteria o algo así. —Mierda —dijo entre dientes—. Mierda, mierda... Ahora sí que la has liado bien.

Pensó en qué hacer y lo único que se le ocurrió fue coger la otra parte de la colcha para cubrirle y al menos no verle la cara. El cabello. Se volvió y vio un armario. A toda prisa se acercó y deslizó la puerta quedándose de piedra al ver todo tipo de juguetes eróticos, disfraces y máscaras. Cogió una máscara de cuero y corriendo fue hasta el baño para ponérsela en la cabeza. Escondió su cabello bajo la chaqueta del traje y gimió porque era demasiado delgada como para que nadie se diera cuenta de que era una mujer. Entrecerró los ojos y corrió hacia el armario donde había un disfraz de enfermera. Se abrió la camisa y lo metió dentro tirando de él sobre sus hombros para abultar. Le costó un rato cogiendo diferentes prendas, pero cuando terminó parecía que tenía más pecho. El problema seguía siendo su melena. La máscara le ocultaba el rostro, pero los rizos no podía disimularlos. Vio sobre uno de los estantes un sombrero de pirata con una peluca morena y todo. Se quitó la máscara y se puso el sombrero. Demasiada luz. Verían su rostro. Entonces al ver el enchufe se le cortó el aliento. Se quitó el cinturón y con la punta de la hebilla giró los tornillos. Le costó un poco, pero consiguió sacar el enchufe mostrando los cables. Una vez en su casa, su padre al intentar arreglar un enchufe de la cocina había logrado que saltaran los plomos. No tendría mucho tiempo, pero sí el suficiente como para salir de la casa. Eso era lo que necesitaba. Cogió la pistola y la metió en el bolsillo de la chaqueta antes de ponerse el cinturón de nuevo. Tiró del enchufe con fuerza para dejar los cables pelados y cogió un cable con cada mano con cuidado. —Vamos allá. Por favor que funcione, que funcione... — Tocó un cable con otro provocando un chispazo y de repente se fue la luz del baño. Al dejar de escuchar la música de abajo y oír como los clientes protestaban se estremeció de miedo, pero no

había otra opción. La luz de la luna la guió hasta la puerta. Se acercó para escuchar, pero los gritos solo se oían abajo. Giró la llave lentamente y abrió una rendija. Al ver entre las sombras a una chica desnuda sacando la cabeza de su habitación, salió a toda prisa cerrando la puerta y pasó ante ella que no dijo ni pío. Al llegar a la escalera vio a uno de los hombres armados que vigilaban, pero miraba hacia abajo mientras gritaba —¡Encended esas velas!

Ella bajó los escalones lo más rápido que pudo y al llegar abajo se le descalzó un zapato, pero ella hizo como si nada yendo hacia la puerta donde otro de los hombres de Melissa dijo — No hace falta que se vaya, enseguida lo arreglamos.

—Da igual, es muy tarde —dijo con voz grave antes de salir de la casa. Bajó los escalones y varios chóferes la miraron seguramente sin saber si era su jefe o no por el sombrero que llevaba. Así que se metió en el primer coche que tuvo delante. El chófer llegó corriendo y se sentó tras el volante. —Lo siento, pero no le esperaba todavía, señor Carrington.

Sabiendo que la descubriría sacó a toda prisa la pistola y se la puso en la nuca. — Arranca.

—Pero...

—Te juro por mi vida que te pegaré un tiro. Pienso salir de aquí, es tu decisión si quieres vivir para verlo.

Él arrancó de inmediato y enfiló el camino de graba. —No hay luz, no se abrirá la verja.

Juró por lo bajo y en ese momento las farolas iluminaron el camino. —Solucionado. — Vio la verja de la finca y los hombres armados a ambos lados. No le preocupaba, los cristales de atrás estaban tintados. —Un mal gesto y me lío a tiros, eso te lo juro por mis muertos.

—Tranquila, yo tampoco estoy de acuerdo con esto —dijo muy tenso—. Te sacaré de aquí.

Sollozó del alivio, pero no dejó de apuntarle.

—Por favor ten cuidado, estás muy nerviosa y se te puede disparar. Yo tengo hijas,

¿sabes?

—¡No me cuentes tu vida! ¡Ya no me creo nada! —Pero sin darse cuenta alejó un poco la pistola.

—Siéntate bien. Con la luz de las farolas verán tu silueta.

Ella lo hizo y el coche se detuvo ante la verja. Fijándose en su perfil vio que no movía un gesto y uno de los hombres asintió antes de hacer una señal con la mano a uno que estaba en una garita. Entonces se empezó a abrir la verja. Las lágrimas cayeron por sus mejillas del alivio y el coche avanzó lentamente empezando a bajar una colina. —Llévame a la policía.

—No seas tonta, ¿te crees que no tienen contactos? —Miró por el espejo retrovisor. —Están cerrando. —En cuanto dio la curva aceleró.

—¿Qué haces?

—¿Qué hago? Alejarme todo lo posible, joder. ¿No te das cuenta de que en cuanto mi jefe me busque, que no será dentro de mucho, empezarán a atar cabos, registrarán la casa y sabrán que no estás?

—¿Cómo que no será dentro de mucho?

—Suele irse sobre esta hora para que su mujer no se entere de sus aficiones. ¿Dónde te dejo?

—¡Ya te lo he dicho, en la policía!

—¡No saldrás viva de la comisaría, estúpida! ¡Soy el escolta del subjefe del cuerpo!

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices? —Le puso la pistola en la nuca. —¿Eres poli?

Él la miró por el espejo retrovisor. —Sí.

—¡No, no! ¡Te juro que te mato!

—¡Te voy a ayudar!

—Dios mío... —Intentó pensar. —Un teléfono. Necesito llamar a mi padre.

Él cogió su móvil y se lo tendió. —Cuatro ceros.

Sin dejar de apuntarle desbloqueó el teléfono mirándole de tanto en tanto. —¿Vas armado?

Él apretó los labios. —Sí.

—Coge tu arma con los dedos y pásamela.

—Joder, te digo que te voy a ayudar.

—¡Tu trabajo era ayudar a todas las que estaban allí! —gritó fuera de sí—. Y hacías la vista gorda. ¡Dame el arma! —Él se la tendió sin rechistar y ella se la arrebató de la mano tirándola a su lado. Empezó a marcar el número del móvil de su padre y se puso el teléfono al oído sin darse cuenta de que lloraba.

—¡Diga!

—¿Papá?

—Mi niña... ¿Dónde estás? —preguntó ansioso.

—Papá por favor escúchame, necesito ayuda. —Su padre se mantuvo en silencio. —Me secuestró Joe Milton y me ha vendido a una red de trata de blancas. Estoy en Las Vegas. He conseguido escapar, pero tienen contactos y pueden encontrarme antes de...

—Escúchame bien, hija. ¿Dices que estás en Las Vegas?

—Sí.

—¿Recuerdas al padre Thompson? —A ella se le cortó el aliento porque le recordaba perfectamente. —La catedral ángel de la guarda. Tienes que ir allí. Le llamo enseguida y le pongo al tanto. Él te pondrá a salvo. Hija, no confíes en nadie, solo en él, ¿me has entendido?

—Sí, papá. —Sollozó desesperada por verle, por abrazarle. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida —dijo muy emocionado—. Tranquila, me encargaré de todo, te lo juro por Dios. Tú consigue llegar allí.

—De acuerdo.

—¿Hija? —preguntó su madre llorando—. ¿Estás bien?

—Sí mamá, no me han hecho nada porque... —No podía contárselo así. —Estoy bien.

Sollozó. —Papá ya está llamando por mi teléfono. Volverás a casa.

—Te quiero.

—No, hija. No me digas te quiero como si no fueras a volver a verme. Eres muy fuerte, saldrás de esta y volverás a tu vida.

—¿A dónde te llevo? —preguntó el chófer.

—¡No se lo digas! —gritó su padre.

Se le cortó el aliento mientras su padre cogía el teléfono. —¿Me ha oído?

—Creo que no.

—No se lo digas, se lo pueden sacar. Di que te deje en el centro y haz que se vaya. Después tendrás que despistarle por si te sigue e ir a buscar al padre Thompson, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Hazlo así, hija. Es muy importante. ¿Tienes dinero?

Recordó el dinero que le había encontrado al congresista y la alivió haberlo cogido antes de matarle. Palideció. Había dejado el abrecartas en su cuello. —Dios mío.

—¿Hija?

—Sí, tengo dinero.

—Haz lo que te digo. Deja este teléfono y llámanos cuando llegues a la iglesia. Cuelga hija.

—Tengo miedo —susurró sin poder evitarlo.

—Lo sé, pero lo harás bien. Mi hija sabe arreglárselas, lo conseguirá. Piensa antes de

actuar y todo irá bien.

En ese momento su padre colgó seguramente porque sabía que ella no se sentía capaz de hacerlo y sollozó empezando a darse cuenta del lio en que se había metido. Había matado a un hombre muy importante y la perseguiría una red que tenía los tentáculos muy largos. Iba a necesitar mucha ayuda para salir de esa y volver a su vida.

—Llévame al centro. Donde haya mucha gente.

—¿Seguro?

—¡Llévame al centro! —dijo apuntándole.

—Muy bien, tranquila.

Entró en una autopista y al no haber demasiado tráfico sintió escalofríos. Según el teléfono eran las once de la noche, pero aquello eran Las Vegas debía haber gente por la calle a esa hora. Vio las luces de la ciudad a lo lejos y suspiró del alivio.

—¿Quieres un consejo?

—De ti no quiero nada.

—Necesito mi trabajo, tengo familia, ¿sabes?

—¡Y yo! ¡Y a ti te pagan para defenderme a mí y a otras como yo!

—Sé que tienes razón, pero hay tanta mierda que llega un punto que escondes la cabeza.

—Repito, no me cuentes tu vida, no me interesa.

—Sal de la ciudad cuanto antes.

Se mantuvo en silencio.

—Y si tienes familia y pueden dar con ella, te aconsejo que también se larguen porque son lo que tienen para presionarte. No pararán, no pararán hasta dar contigo porque si estabas ahí dentro, si has visto a esa gente no pueden dejarte vivir. —Perdió todo el color de la cara. — Nunca podrás volver a tu vida, siempre quedará alguien que sienta que eres una amenaza.

Se acercó y puso el cañón de la pistola en su nuca. —Diles que como si tengo que matarlos a todos uno por uno, pero me libraré de ellos.

Entraron en la ciudad en silencio y él condujo por sus calles. —No sé de dónde has sacado ese arma, pero puede buscarte un problema, escóndela bien.

Vio una calle llena de gente y la reconoció por la televisión. Era la de los casinos que siempre salían en la tele. Había turistas sacándose fotos y dijo —Para aquí. —Él detuvo el coche. —No mires atrás.

—No me mates —dijo asustado.

—Acuérdate de darle a tu jefe mi recado.

—Eso haría que te buscara con más empeño, no pienso decírselo.

Abrió la puerta del coche y tiró el sombrero a un lado antes de salir corriendo. El chófer apretó los labios viendo cómo se perdía entre la gente y susurró —Suerte.

Capítulo 4

Escondida en una esquina miró el mapa y después hacia la catedral modernista. Sí, el mapa que le había comprado a uno que vendía souvenirs indicaba que era esa.

Respiró hondo y cruzó corriendo la calle vacía. Eran las cuatro de la mañana y no se veía un alma por allí. Rezó porque su padre hubiera localizado al padre Thompson. Como una exhalación saltó unos setos hasta llegar a la puerta. La golpeó suavemente con el puño y esperó. Esperó un par de minutos, pero no oía nada al otro lado, así que buscó otra entrada porque igual esa no era la puerta principal. Entonces escuchó pasos y se pegó a la pared. Un hombre mayor pasó ante ella y por la luz de la luna reconoció su perfil. —¿Padre?

Este gritó del susto dando un paso atrás y llevándose la mano al pecho. —Oh, por Dios, niña. ¿Quieres que conozca a mi creador?

—Lo siento, lo siento. —Se acercó a toda prisa y el hombre sonrió con ternura provocando que sollozara. Él la abrazó. —En que lío estoy, padre.

—Shusss, lo solucionaremos. —Se apartó para mirarla. —Vamos a entrar niña, no es seguro que estés aquí. —La llevó por una explanada y abrió una puerta que después de pasar cerró con llave. —¿Te ha seguido alguien?

—No, he dado muchas vueltas y no he visto que nadie me siguiera.

—Muy bien, muy bien. —Enfilaron un pasillo y entró en un despacho. —Siéntate, ¿quieres beber algo?

—Sí, por favor. —Se sentó agotada y él abrió una neverita sacando una botella de agua que le tendió rápidamente. —¿Has hablado con papá?

—Sí, me lo ha explicado todo y ya he tomado medidas. —Le miró sorprendida por la rapidez con la que había actuado. —Te he comprado por internet un billete de tren a Nueva York. Allí te encontrarás con tus padres y juntos iréis al piso de una amiga mía en Brooklyn. La señora Peterson es de fiar, trabajó conmigo en las misiones y os acogerá con gusto. Ya he hablado con ella. Allí te encontrarás con el agente del FBI Granger Williamson y él decidirá lo que haréis en cuanto escuche tu historia.

—No tengo pruebas, no...

—Tenemos tu testimonio y con eso será suficiente para tirar del hilo. Williamson es un hacha en lo suyo, te lo aseguro. Desmanteló una red de prostitución en la costa este hace dos años y todos acabaron en prisión. Él sabrá que hacer, te lo garantizo.

—¿Cómo le conociste?

—En el orfanato donde me destinaron después de salir del seminario. Estaba muy perdido y le faltaba un pelo para cometer un error que arruinara su vida para siempre. No pretendía hacer de padre, pero escuchó mis consejos y ha llegado muy lejos, primero en la policía y después cuando le ficharon para el FBI.

—¿Por qué a Nueva York?

—Es una ciudad muy grande, estupenda para que te escondas. Allí estarás segura.

Se le quedó mirando y él suspiró sentándose tras el escritorio. —Pinta mal, ¿eh?

—Niña, no sabes cómo me alegro de que hayas salido de esta. Desaparecen chicas todos los días y nunca se vuelve a saber de ellas. Has tenido mucha suerte, pero... Sí, pinta muy mal. Es evidente que no sabes cómo se mueven las mafias y es lógico viviendo donde vivías, pero yo en esta profesión he visto de todo y es muy difícil que te dejen en paz. Y me imagino que tú has visto mucho.

—Lo suficiente, supongo.

—No confíes en nadie que no sea Williamson, ¿me entiendes? Solo en él y en tus padres. No le cuentes nada a nadie más. Ni aunque te digan que son del gobierno y si tienes algún problema me llamas. Te ayudaré en lo que haga falta.

Emocionada asintió. —No sabes cómo te lo agradezco.

—No tienes que agradecerme nada. Los seis años que pasé en Cownhill fueron los mejores de mi vida —dijo sorprendiéndola—. Allí encontré una familia. Tu padre me acogió con los brazos abiertos y si hay un sitio donde me gustaría retirarme es allí, en el pueblo. Tú eras apenas una niña cuando llegué y no sé si lo recuerdas, pero tu padre me invitó a tu sexto cumpleaños. Jamás faltó esa invitación hasta que tuve que irme. Cumplías quince.

—Sí, lo recuerdo. Siempre me regalaba un libro. Libros maravillosos.

Él sonrió. —Me alegro de que te gustaran.

—Si tengo tanta fe, es gracias a usted.

—Es el mejor cumplido que podías hacerme, niña. La fe es lo que te mantendrá fuerte para enfrentarte a tu futuro. Si flaqueas, aférrate a ella.

—Lo haré, padre. No dude que lo haré.

Caminó por Central Park con la mochila en el hombro y cuando llegó al lago se acercó al puesto donde alquilaban las barcas y se sentó en el césped impaciente por encontrarse con sus padres. Se puso muy nerviosa y se apretó las manos mirando a su alrededor. El móvil que le había dado el padre Thompson solo para llamarle en caso de emergencia decía que eran las diez. Aún faltaba media hora. Respiró hondo intentando relajarse. —Tranquila Arietta, estás a salvo.

Un chillido la sobresaltó y al mirar hacia allí sonrió al ver como una familia se subía a la

barca. La niña estaba disfrutando de lo lindo. Un hombre se cruzó y sus ojos le siguieron. Era muy alto y fuerte. Bajo una cazadora de vestir azul marino llevaba una camiseta blanca que marcaba sus pectorales y estos decían a gritos que estaba en plena forma, lo que sorprendentemente le hizo soltar una risita tonta. Leche con los de Nueva York, menudo cañón de hombre. Disimuladamente se le quedó mirando y sus ojos subieron hasta su rostro. Moreno, como a ella le gustaban y con esa barbita de dos días que le parecía tan sexi. Las gafas de aviador que llevaba no le dejaban ver sus ojos, pero si los tenía verdes se mudaba a la ciudad y le daba igual que la persiguiera el mismísimo diablo. El tipo miró a su alrededor como si buscara a alguien y se quitó las gafas de sol mirándola directamente. Dejó caer la mandíbula del asombro sin darse cuenta porque eran los ojos verdes más bonitos del universo. Cuando caminó hacia ella no se lo podía creer. ¡Iba a hablar con ella! —Tú...

Arietta sonrió. —¿Sí?

—¿Eres Arietta? —Se le cortó el aliento y asustada se levantó a toda prisa alejándose. — No, no te vayas. Soy Granger.

Se detuvo en seco y se volvió lentamente mirándole con desconfianza. Ese no podía ser el tío del que le había hablado el cura. Si era un cañón que debía dejar en coma a las delincuentes con una mirada. No, ese no era del FBI. —¿Granger qué?

—Willianson. Jeff me habló de ti.

Cuando mencionó el nombre de pila del padre Thompson no es que se relajara demasiado. Madre mía, ¿ese portento de hombre iba a ayudarla? Al parecer su suerte había cambiado. —Creía...

—Entiendo lo que sucede —dijo tenso mirando a su alrededor—. Vamos.

—¿Vamos? —Uy, eso sí que no. —Yo no me voy a ningún sitio, estoy esperando a mis padres como dijo el cura.

—Tus padres están conmigo. Venga, date prisa.

Puede que estuviera muy bueno, pero no se fiaba de que dijera la verdad. Ahora había satélites y se escuchaban las conversaciones a distancia. Igual la habían seguido. —He quedado con ellos aquí. Mejor dicho, el cura ha quedado con ellos aquí para que nos encontráramos, así que yo no me muevo hasta que aparezcan.

Granger levantó una ceja y suspiró como si fuera un incordio antes de sacar su móvil del bolsillo trasero del pantalón, marcar y ponérselo al oído. —Tu hija quiere hablar contigo, sé breve. —Le tendió el móvil.

Ella con desconfianza alargó la mano para cogerlo a toda prisa. Menuda descarga eléctrica. Nerviosa se lo puso al oído.

—¿Hija?

Emocionada dijo —Papá, ¿estás bien?

—Sí, tranquila, hemos tenido que cambiar de planes porque Granger piensa que es lo mejor. Hazle caso, sabe de lo que habla.

Le miró de reojo para ver que impaciente miraba a un lado y al otro como si temiera que alguien saltara sobre ellos en cualquier momento. —Vale.

—Te vemos ahora, cielo. Tranquila, todo está bien.

Le tendió el teléfono y él colgó metiéndoselo en el bolsillo trasero del pantalón antes de cogerla por el brazo. —Tengo el coche aquí cerca.

Intentando ignorar el cosquilleo en el estómago que le provocaba su contacto preguntó —¿Dónde están mis padres? ¿En casa de la señora Peterson?

—No, no quiero implicar a nadie más en esto hasta que sepa todos los detalles. Están en mi piso.

Increíblemente vivir en su piso le hizo una ilusión enorme, pero puso cara de póker que aquella era una situación muy seria.

—¿Ese es todo tu equipaje?

—Te aseguro que hace dos días tenía mucho menos. —Vio como miraba a su alrededor de nuevo. —Oye, ¿hay algún peligro que yo deba saber?

—¿Vas armada?

Esa pregunta sí que la puso alerta. —No, dejé la pistola en Las Vegas, no podía llevarla en el tren, eso dijo el padre Thompson. —Casi corrió tras él porque menuda zancada tenía.

—Venga, date prisa.

—¿Por qué preguntas si voy armada?

—No está de más. Si me han informado bien, te deben estar buscando al menos dos redes mafiosas.

—¿Dos?

—¿Crees que son los mismos los que raptan, transportan y prostituyen? No, bonita. El que te cogió no conoce al chulo final. Hay muchos tentáculos, espero que hayas visto lo suficiente como para llegar al menos a la mitad.

Sin aliento preguntó —Pero tú descubriste a una red aquí, ¿no es cierto? Les metiste en la cárcel a todos.

Él se detuvo y la miró con desconfianza. —¿Quién te ha dicho eso?

—¿Quién me lo iba a decir? Pues Jeff. —Parecía que no la creía. —Me dijo que te conoce del orfanato.

Apretó los labios antes de alejarse y Arietta corrió tras él. —¿Les cogiste o no?

—Cogí a unos cuantos. Es imposible cogerles a todos, exagera.

Se detuvo en seco. —Entonces tú también estás en peligro, ¿no?

Granger se volvió y la miró fijamente. —En este trabajo siempre te ganas enemigos. —Empezó a caminar por el prado y le siguió. —No es lo mismo que lo que te ocurre a ti. Si dices

la verdad...

—¿Si digo la verdad? —preguntó atónita—. ¿Acaso crees que me lo he inventado?

—No he dicho eso.

—Pues yo creo que sí. ¡Mira, he visto como mataban a una chica delante de mí simplemente porque era diabética, así que no me jodas con tus dudas!

Cruzaron la acera y él abrió la puerta de un coche deportivo negro. —Sube.

—Es que no sé si...

—¡Sube joder!

Le señaló con el dedo. —¡Mira majo, he pasado las peores semanas de mi vida y no pienso dejar que me hables así!

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos hombres has soportado? ¿Tengo que ser más explícito?

Se sonrojó. —Si te refieres si he tenido clientes, solo uno que no llegó a tocarme porque me escapé.

—¿Uno en dos semanas? Tú nos estás vacilando —dijo con desprecio cerrando la puerta—. Le diré a tus padres que te busquen por ahí.

—¿No me crees? —preguntó alterada.

—Pues no. —Rodeó el coche. —Que tengas suerte. Si la juerga se te ha ido de las manos y no sabes que decirle a tus padres después de este tiempo fuera, no es mi problema.

Se subió al coche y atónita vio como arrancaba. La iba a dejar tirada después de ir hasta Nueva York. No se lo podía creer. Tenía que hacer algo o se quedarían desamparados. Abrió la puerta del pasajero y él frenó en seco. —¿Conoces al congresista Bennet?

Él entrecerró los ojos. —Sí.

—Pues ya no le verás más.

—¿Qué quieres decir?

Le miró angustiada. —Está muerto, él era mi cliente. Me subastaron y... Quería delatar que me escapaba.

Se la quedó mirando fijamente durante varios segundos y los ojos de Arietta se llenaron de lágrimas. —Te juro que no miento.

—Sube al coche.

Ella lo hizo a toda prisa y en cuanto cerró la puerta él salió a la carretera. Arietta sorbió por la nariz mirándole de reojo. —¿Me crees?

—Acaban de decir en la radio que ha muerto de un infarto. Así que le mataste tú.

Dios, iba a entregarla. —No quería matarle, le clavé un abrecartas en el hombro y...

—Te lo cargaste.

—Sí. —Se estremeció pálida como la cera. —Matar es muy fácil, ¿no?

—Lo difícil es vivir con ello. —Giró en una intersección. —Rectifico, ahora no solo te buscan al menos dos organizaciones, sino que también el servicio secreto.

Gimió pasándose las manos por la cara. —Era un cerdo.

—Sí, pero un cerdo muy importante.

—¡Estaba haciendo algo horrible! ¿Sabes las chicas que hay allí?

—No, pero me lo vas a contar. Empieza.

Ella no perdió el tiempo y empezó desde el principio. Él escuchaba lo que tenía que decir mientras Arietta daba fechas, detalles e intentaba describir a cada uno de los implicados. Recordando todo lo que le había ocurrido se emocionó y cuando pasaron un puente ella ni se dio cuenta sin dejar de llorar. Granger la miraba tenso de vez en cuando y frunció el ceño cuando le dijo que era virgen, lo que a ella la avergonzó muchísimo, pero continuó con su relato y cuando

terminó él ya metía el coche en una especie de garaje que había en la parte de atrás de un edificio de ladrillo rojo. Granger apagó el motor y se la quedó mirando durante varios segundos. — ¿Qué? —preguntó ella.

—No tienes ni idea del lío en el que estás metida.

—Claro que lo sé. Estoy en peligro y mis padres también. Aunque sea simplemente para vengarse de mí he puesto sus vidas en riesgo.

—Exacto. Lo mejor es que dé parte y te metamos en el programa de protección de testigos mientras investigo esto.

—¿Qué? —Pálida negó con la cabeza. —Nunca volveré a mi vida, ¿no es cierto?

—No. —Horrorizada se tapó la cara con las manos y sollozó. —¡Escúchame y deja de llorar, joder! —No podía evitarlo y lloró aún más fuerte provocando que él suspirara antes de abrazarla. —Has tenido mucha suerte, ¿sabes? Has sobrevivido. Que le den a ese hijo de puta del congresista, se lo merecía.

—El abrecartas tiene mis huellas.

—No estás fichada. Y los implicados no van a declarar a la policía que fuiste tú. Jamás se descubrirá ante la opinión pública cómo murió ese tipo a no ser que tú lo digas y tú no vas a decir nada. —Se le cortó el aliento. —Veo que ya lo has entendido. —La apartó para mirarla a los ojos. —El servicio secreto es el que ha cubierto su muerte y ahí tienes tu coartada. ¿Crees que no sabían que estaba en esa casa? Claro que lo sabían, sus escoltas se quedaron fuera para esperarle. El gobierno ha cubierto su pecado. Aunque eso no implica que no te busquen para saber más del asunto, ¿entiendes?

—Sí.

—No te pueden acusar públicamente, pero sí pueden encargarse de los cabos sueltos.

—Matándome para que nunca diga donde murió ese hombre.

—Exacto.

—Pero si me metéis en un programa de protección de testigos, el gobierno se enterará de...

—El gobierno no sabe quién eres.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—¿Crees que esos tipos les van a decir la verdad de dónde te sacaron? Ellos también cubrirán tu pasado. No querrán que se descubran los tejemanejes de su negocio. Mentirán. Mentirán en todo y el servicio secreto no tendrá de qué tirar para averiguar tu verdadera identidad. Da igual que yo dé parte sobre ti al FBI, esos tipos jamás se enterarían de por qué estás oculta, hasta que...

—Llegue el momento del juicio. —Arietta palideció. —Dios mío, estoy muerta igual. Ya sea por unos o por otros nunca me libraré de esto, ¿no es cierto?

Granger apretó los labios. —Tienes otra opción. Desaparecer para siempre. Iniciar una nueva vida y olvidarte de todo.

—¿Y esas mujeres?

—No te das cuenta, ¿verdad? ¡Si no son ellos serán otros, pero esta mierda siempre ocurrirá! ¡Trabajo en esto desde hace diez años y después de sufrir, de sacrificar mi propia vida por meterles en prisión, siempre hay alguien que toma el relevo! ¡No se acabará nunca, Arietta!

Se quedó mirando sus ojos mientras intentaba digerirlo. —Nunca podré volver a mi vida.

Él apretó los labios. —Si lo hicieras, estarías muerta. Y tus padres también porque esos cabrones jamás sabrían lo que les has contado. Olvídate de tu pasado e intenta tener un futuro. Vamos, tus padres te están esperando. —Le observó salir del coche y rodearlo para abrirle la puerta. —Vamos. —Salió del coche con la mochila en la mano y se la puso al hombro mientras él cerraba. —Piénsalo, no hace falta que tomes la decisión ahora, pero es el mejor consejo que puedo darte.

—Gracias.

Él gruñó. —No me des las gracias, joder. —Se volvió y fue hasta un montacargas. Entonces Arietta se dio cuenta de que el enorme garaje no tenía más coches. Solo una moto que estaba tapada con una lona. —¿Dónde estamos?

—Ya te lo he dicho, en mi casa.

—¿Esta casa es tuya?

—Es un antiguo almacén de muebles. Era de mi padre.

Se le cortó el aliento. —Creía que eras huérfano.

—Y lo soy. Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años. El estado se hizo cargo de mí. Y esta es mi herencia.

Él levantó la puerta del montacargas y entró con ella. Pulsó uno de los botones. —Mi padre distribuía muebles. Era un buen negocio y me dejó la casa, algo de dinero y esto. La casa se vendió para pagar algunas deudas.

—¿De qué murieron?

Él apretó los labios. —En las torres gemelas. Se reunían con unos abogados para su divorcio.

Impresionada se llevó la mano al pecho. —Lo siento muchísimo.

—Sufrió mucha gente ese día.

—Yo nací ese día.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Sí, es horrible nacer el día en que el país sufre tanto con esos recuerdos. Nunca lo he celebrado en esa fecha. Mis padres siempre esperaban a la semana siguiente para hacer la fiesta de cumpleaños.

Se la quedó mirando pensativo y Arietta se sonrojó. —Eso de pequeña, claro, después dejé de celebrarlo.

El montacargas se detuvo y Granger fue hasta la puerta.

—¡Hija!

A través de los barrotes vio como sus padres se acercaban y Arietta se agachó para pasar bajo la puerta para poder abrazarles. Su padre la apretó contra su cuerpo. —Mi niña...

—Estoy bien, papá —dijo con lágrimas en los ojos.

Su madre la besó por toda la cara sin dejar de llorar. —Mi niña, mi niña... Por lo que habrás pasado.

—Mamá no llores, estoy bien.

—Creía...

A su madre le faltó el aire y asustada miró hacia ella. —¡Mamá! —La cogió por el brazo, pero antes de darse cuenta Granger la cargó y la llevó a un sofá que estaba cerca. —¿Mamá?

—Tranquila, son demasiadas emociones —dijo tumbándola—. No ha perdido la consciencia del todo.

Preocupadísima se acercó a ella sentándose a su lado. —Llama a un médico.

—No —dijo su madre cogiendo su mano como si no quisiera soltarla jamás—. Estoy bien.

—Pero...

—No podemos llamar a nadie, hija —dijo su padre tras ella.

—Matthew, ¿me traes un poco de agua?

Su padre se alejó hasta la gran cocina mientras ella angustiada por la situación en la que les había metido apretaba la mano de su madre. Esta sonrió. —Estoy bien, cielo. Ha sido la emoción.

—Deja que se calme, Arietta. Todo irá bien.

—Lo siento, lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada, cielo. Ha ocurrido así y Dios nos ha ayudado muchísimo. —Su madre sonrió con tristeza y le acarició la mejilla. —¿Te han hecho daño?

—Estoy bien.

—¿Te han...?

—No —dijo rápidamente. Su padre le tendió el vaso a su madre, pero por lo tenso que estaba se dio cuenta de que no la creía—. Te juro que no, papá.

—La subastaron y tenían que esperar para hacer los trámites. Además, tenía algún morado y no podían venderla así.

—Gracias a Dios —dijo su madre aliviada.

—Pero hay otro problema. —Granger se quitó la cazadora mostrando la cartuchera con la pistola y sonrió divertido. —Vuestra hija para escapar ha matado a un congresista nada menos.

—Dios mío... —dijo Matthew llevándose las manos a la cabeza.

—Que le den. —Granger se sentó en un sillón y cogió un cigarrillo de encima de una mesa. Lo encendió e inhaló el humo tirando el mechero sobre una revista. —Que se muera ese hijo de puta, no me da ninguna pena.

—Pero...

—Sí, es un problema el puesto que ocupaba, pero no es lo más importante. Según lo que me ha contado tu hija, debemos temer al menos a dos redes de trata de blancas y a ese mamón de Joe que está organizado cerca de Cownhill. Además, el gobierno querrá ocultar como murió el congresista, porque ya ha dado otra versión de la historia. Sería un escándalo que se filtrara que el gobierno sabe que uno de sus hombres se iba de putas y no hacía nada para evitarlo, ¿entendéis?

Sus padres asintieron. —Me estás diciendo que la vida de mi hija no vale nada para ellos —dijo su madre asustada.

—Ni la vuestra. Por eso insistí tanto en que os fuerais de vuestro hogar sin decir nada a nadie y en plena noche. —Se llevó el cigarrillo a los labios y fumó mirándoles fijamente. —Solo hay dos opciones en esto. Ella da la cara, se enfrenta a todos y va a juicio como testigo metiendo a los que podamos en la cárcel para después llevar una vida en protección de testigos y eso si hay suerte... O desaparecéis ahora y las cosas quedan así. Esos mamones en un par de años se habrán olvidado de ella pensando que se ha ido del país con vosotros. Como sabrán que no abriréis la boca, dejaréis de tener importancia a no ser que os vean de nuevo y les recordéis que sabéis demasiado. Se habrá acabado y seríais libres. Con otra identidad y en otra ciudad donde nadie os conozca. Podréis llevar una vida normal.

—¿Y las nuevas identidades? —preguntó su padre sorprendiéndola.

—Eso no será problema. Un conocido puede hacéros las, pero llevará tiempo. Tiene que buscar personas fallecidas que coincidan con vuestra edad. Tendréis que sacar partidas de nacimiento y él se encargará de vuestra documentación. Será hasta casi legal. Es un abogado con pocos escrúpulos que pillé hace algunos años y me debe un favor. No sabrá jamás para qué necesitáis la documentación y él no querrá saberlo. Nos saldrá gratis. Pero...

—Ahí llega el pero...—dijo su madre provocando en ella una sonrisa.

Granger dio una bocanada y sonrió. —Pero al no estar en el programa de protección de testigos hay que hacerlo todo solos, así que habrá que buscar el lugar donde vivir, el trabajo, todo... Y eso es pasta. —Miró a Matthew a los ojos. —¿Cuánto tienes?

—Antes de irme conseguí sacar del banco todo lo que tenía. Diecisiete mil. Además, vendí el coche donde me dijiste y me dieron otros seis mil por él.

—Tendrá que valer para alquilar una casa y vivir hasta que encontréis trabajo. Pero...

—Ahí va otro pero... —dijo su madre sentándose en el sofá.

—No podrás trabajar de sheriff ni en nada que pueda relacionarte con tu vida anterior.

—Lo sé —dijo su padre—. Me tomarían las huellas para la base de datos y saldría a la

luz mi verdadera identidad.

Su padre adoraba ser sheriff, ayudar a la comunidad. Cerró los ojos por todo lo que aquello implicaba. Perder a sus amigos, la vida que habían construido, la casa... Jenny.

—¿Arietta? —Su padre se agachó ante ella. —Cielo, es lo mejor.

Sollozó sin poder evitarlo. —Siempre he hecho lo correcto y nos pasa esto.

—Lo sé, cielo, pero son cosas que ocurren y debemos hacerles frente. Tú has conseguido sobrevivir al horror de lo que te ha pasado y estaremos a tu lado. Siempre estaremos a tu lado, mi niña. Aunque pudiéramos estar allí sin ti, no lo aceptaría porque tú eres nuestra vida. —La besó en la frente. —Tú eres lo único que nos importa y si tenemos que iniciar una nueva vida lejos de Cownhill, no me va a temblar el pulso. Tienes que seguir siendo fuerte como hasta ahora.

—Jenny...

—¿Quién es Jenny? —preguntó Granger.

Su madre apretó los labios. —Una vecina. Son amigas desde la infancia, se han criado juntas, es como si fueran hermanas. La pobre estaba preocupadísima, casi ni dormía buscándola. Lleva días organizando gente para hacer batidas desde la autopista hasta el pueblo y ahora que nosotros hemos desaparecido, debe estar desesperada por saber qué ha ocurrido.

—Arietta no puedes decírselo —dijo su padre—. La pondrás en peligro.

Levantó la vista hasta su padre y susurró —Ya está en peligro, papá. Joe está allí y cree que puede hacer lo que le venga en gana con cualquier mujer del pueblo. Si se ha atrevido conmigo que soy la hija del sheriff, ¿crees que no se atreverá con Jenny? —Sus ojos se oscurecieron de la furia. —Con Jenny. No puedo consentirlo.

Granger se tensó. —Arietta piensa bien lo que dices.

—¡Tengo que hacer algo! ¡Mis amigas y las hijas de todos mis conocidos están en peligro! ¡Sé que no puedo salvar a todas las mujeres del país, pero a ellas y a Jenny sí! ¡Puede que no pueda dismantelar toda la organización, pero sí puedo acabar con Joe!

—Entonces todos los demás se sentirán amenazados y nos matarán, hija —dijo su padre.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. —Iros vosotros.

—¡No! —dijo su madre tajante.

—¡Es lo mejor! ¡Yo les denunciaré a la fiscalía y declararé contra ellos! ¡Cuando se haya acabado me reuniré con vosotros, pero antes dejaré limpio Cownhill!

—¡No digas tonterías, Arietta! —exclamó Granger empezando a enfadarse—. Una vez que entres en el sistema no te dejarán en paz porque querrán tirar de un hilo y de otro. ¡Te enseñarán fotos de nuevos sospechosos y no hablo solo de este año o del siguiente, hablo de dentro de diez años! ¡Eres una fuente de información de la que no querrán prescindir!

—Ya no estaré para que me pregunten nada.

Granger gruñó como si esa contestación no le hubiera gustado nada. —Hablad con vuestra hija y que entre en razón.

—No puedo hacer eso —dijo su padre sorprendiéndola—. Porque tiene razón. Jenny es como otra hija para nosotros y no podemos dejarla desamparada sin que sepa lo que está pasando.

—¡Se está jugando el cuello para quitar del medio a un don nadie en la organización! ¡Será el capo quien vaya a por ella y si delata a ese Joe, pensará que va a delatarles a todos! ¡Y el gobierno también pensará que se irá de la lengua con lo del congresista Bennet!

—Hija... —dijo su madre preocupada—. Igual a Jenny no le pasa nada.

—Eso no puedes asegurarlo, mamá. Lo que sí sé, es que Joe ha visto como mis padres se han ido del pueblo y a estas alturas estará seguro de que no volveréis porque sabe que nos jugamos el cuello.

—O ha huido pensando que estás bajo protección —dijo su padre cortándole el aliento.

—¿Qué?

—Eso también puede ser —dijo Granger—. Si le han contado que has escapado, lo lógico es que se pira porque sabe que puedes identificarle.

—Pues eso hay que averiguarlo porque yo no me largo sin poner a Jenny a salvo de ese capullo.

—No seas cabezota. ¡Te estás jugando el cuello!

—¡Es mi cuello no el tuyo y haré lo que crea conveniente!

Él furioso cogió su cazadora. —Martha, Matthew hablad con ella. Yo tengo que ir a trabajar. —Se puso la cazadora de malos modos fulminándola con la mirada. —Piensa bien lo que vas a hacer.

—¡Ya lo he decidido! ¡O Cownhill está a salvo o yo no me voy a ningún sitio!

—¿Ahora vas de salvadora de inocentes?

—¡No pretendo salvar a todos los del país, pero a los míos sí!

—Bien dicho —dijo su madre que ya se había puesto de su parte.

Arietta sonrió. —Decidido.

Gruñó yendo hacia el montacargas. —Os veo esta noche. ¡No salgáis de aquí! —Tiró de la puerta hacia abajo y pulsó el botón como si quisiera hundirlo en la pared. —Nada de llamadas a Jenny, ¿me oís? —Arietta se cruzó de brazos y chasqueó la lengua provocando que la mirara furioso a través de los barrotes de madera. —Nada de llamadas.

—¡Vale!

Él empezó a descender y suspiró antes de mirar a su padre que levantó una ceja. —Igual deberíamos pensarlo un poco antes de dar un paso tan importante.

Su madre se levantó y fue hasta la cocina. —Cielo, ¿te apetece comer algo?

Se moría de hambre. —¿Un sándwich?

—¿Un sándwich estando yo aquí?

Capítulo 5

Cuando tiró de la puerta del montacargas vio a los Carbery sentados ante la mesa de centro jugando al Scrabble. —No hagas trampas, papá. Esa palabra no existe.

—Claro que existe. Telionero.

—Es telonero.

—¿Seguro? —preguntó haciéndose el tonto antes de mirarle—. ¿Qué tal la caza?

Tiró las llaves del coche sobre la mesa de centro y se quitó la cazadora mirando el tablero. —Me he pasado la tarde tras el ordenador.

—Eso no es nada emocionante —dijo Matthew divertido—. Odio las horas en la oficina.

—Y yo. —La casa olía maravillosamente. —¿Habéis hecho tarta?

—De manzana —dijo Martha poniendo las fichas en el tablero—. Requetebién. —Arietta y Matthew la miraron asombrados mientras ella aplaudía. —He ganado.

—¿Esa palabra está en el diccionario? —preguntó su padre.

—Ni idea, mira en el móvil.

—Hija, no lo tengo.

—Leche. —Miró hacia atrás. —¿Sale en el diccionario?

Cogió una cerveza de la nevera asombrado por toda la comida que había sobre la encimera. —¿Qué?

—¿Requetebién sale en el diccionario?

—¿De dónde ha salido toda esta comida?

—De tu congelador, venga míralo.

Sacó su móvil y tecleó antes de asentir. —Pues sí, está en el diccionario.

—¡Lo sabía! ¡He ganado! —Señaló a Matthew. —Masaje en los pies. —Señaló a Arietta.

—Y tú la pedicura.

Arietta rio. —Muy bien mamá, pero esta vez me dejarás ponerte el rojo.

—Hecho.

Observándoles bebió de su cerveza y Arietta se levantó del suelo para acercarse. —No te importa que cogiéramos el juego, ¿verdad? Teníamos que relajarnos.

—No me importa.

—Es una caja muy antigua. Los demás juegos también. ¿Eres coleccionista?

—Eran de mi padre. Los coleccionaba desde niño. Ese es de mil novecientos cincuenta y dos.

—Oh... —dijo impresionada—. Lo siento, no deberíamos haberlo tocado.

Se encogió de hombros como si le diera igual. —Están hechos para jugar. —Su madre llevó la caja hasta la estantería donde había cuarenta juegos más. —Iba a tirarlos de todas formas.

—No. Eran de tu...

Él se apartó como si quisiera dejar el tema y subió las escaleras. —Voy a ducharme.

—Sí, claro, pero...

No le escuchó desapareciendo en el piso de arriba. —Hija, estamos invadiendo su espacio, no debe sentirse muy cómodo, no le presiones.

—Lo siento.

Matthew sonrió. —Venga, a poner la mesa.

Sus padres observaron cómo sin escucharle iba hacia las escaleras preocupada y subía corriendo. Al llegar arriba enfiló el pasillo que llevaba a las tres enormes habitaciones y se acercó a su puerta que estaba entornada. Al verle sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas mirando el suelo con la mirada perdida se le retorció el corazón, porque era evidente que se sentía muy solo. Ese juego, la comida, que hubiera gente en casa había removido su pasado y decía a gritos que echaba de menos una familia. Antes de darse cuenta de lo que hacía empujó la puerta y él la miró tensándose. —¿Ocurre algo?

Caminó hacia él y se sentó a su lado. —Estás triste.

—No, qué va.

—Es normal que estés triste. ¿Jugabas a esos juegos con tus padres?

—Era demasiado pequeño —dijo como si ese tema le molestara y no quisiera hablar de ello. Se levantó poniendo distancia entre ellos—. Iba a ducharme y te agradecería que no entrarás en mi habitación sin llamar. Además, no tienes por qué hacerme la cama. Sé que has sido tú porque tu madre en los dos días que lleva aquí no se ha atrevido a entrar en mi habitación.

—¿Por qué te has quedado a vivir aquí?

La miró furioso. —¿Ahora vas a psicoanalizarme?

—Es que me intriga. Este edificio debe valer muchísimo dinero y es obvio que ahora aún más después de la reforma que le has hecho. Podrías vivir hasta en el centro de Manhattan.

—No me gusta la ciudad y no tengo que darte explicaciones.

—Los amigos hablan de estas cosas.

—¡Pero es que tú no eres mi amiga, Arietta!

Se tensó por su tono. —Comprendo. Soy solo un caso.

—¡Exacto! Eres una víctima y como sigas con lo que tienes en mente no es que vayas a

vivir mucho, así que no quiero tener ningún tipo de relación contigo, ¿me has entendido?

Se le puso un nudo en la garganta. —Es evidente que no me apoyas en esto, lo que en sí es una contradicción cuando tu trabajo trata de meter criminales en prisión. Sí que deberías apoyarme.

—¡No a costa de que te maten!

—Si solo soy un caso no sé por qué te molesta tanto que me maten.

—¡Joder, déjame solo!

Le dio un vuelco al corazón por su frustración. —Te importo.

—No digas tonterías.

—Sí que te importo, por eso te molesta tanto. —De repente sonrió. —Te gusto.

La miró como si tuviera cuernos. —¿Tú has bebido? ¡Porque te imaginas cosas!

—Es que te contradices, primero no te importo y...

—¡No he dicho que no me importaras!

—¿Ves? ¡Y no quieres que me maten! Te gusto.

—Tu razonamiento es de locos. Sal de mi habitación, no te lo digo más.

—Vale, vale... Pero no quieres que me maten, te molesta que me ponga en riesgo cuando tu deber es detener criminales. —Se puso de pie retándole con la mirada. —Te gusto.

La cogió por el brazo y la llevó hasta la puerta. —Y sí quieres ser mi amigo. ¿Quieres que juguemos una partida tú y yo? Soy muy buena, te lo advierto. —Le miró de reojo. —¿O te gusto como para algo más? —La dejó en el pasillo y cerró de un portazo dando la vuelta al pestillo. —A mí no me importaría.

Sin aliento esperó alguna respuesta y muy nerviosa se apretó las manos dudando si la había oído o si simplemente la ignoraba. Y la anterior Arietta ni se hubiera atrevido a decir esas palabras a un hombre como él, lo que indicaba que aquella experiencia la había cambiado y

mucho. —Tú me gustas —dijo a la puerta.

—No me conoces —dijo al otro lado.

—Me gusta lo que conozco de ti.

—No va a suceder.

Se sintió decepcionada. Enormemente decepcionada, pero necesitaba entender la razón.

—¿Porque soy una víctima que no va a vivir mucho tiempo?

—Exacto.

Bueno, podía entender que no quisiera empezar una relación con alguien que no le iba a durar demasiado, pero le notaba muy negativo. —He sobrevivido y también voy a sobrevivir a esto.

Abrió la puerta apenas una rendija y se miraron a los ojos. —O lo dejas o te largas de mi casa.

—¿Qué tengo que dejar? ¿Mis intenciones sobre volver a Cownhill o mis intenciones contigo?

—Todo.

Le retó con la mirada. —Pues ni una cosa ni la otra. —Le señaló con el dedo. —Ya que no voy a poder recuperar mi vida, pienso conseguir al menos un pedacito de lo que quiero en ella y te he elegido a ti. —Levantó la barbilla orgullosa de sí misma. —Hala, ya lo he dicho.

Él parpadeó. —¿Crees que voy a dejar mi trabajo y mi vida aquí por ti?

—¡Tu trabajo te importa una mierda y tu vida aquí es otra mierda bien grande!

—¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído! —Señaló una puerta al otro lado de la escalera. —¡He visto tu estudio y sé lo que quieres hacer con tu vida! ¡Y no es esto! ¡No sé por qué te has hecho agente del FBI, pero no es lo que te apasiona, así que da igual que lo dejes! ¡Y puedes pintar en el

pueblucho de mierda donde tenga que esconderme el resto de mi vida, así que ya te estás haciendo a la idea!

—¿Pero es que has perdido el juicio, mujer? —gritó haciendo que sus padres en el piso de abajo gimieran—. ¡Si esta mañana no te conocía!

Arietta se sonrojó. —¿Demasiado deprisa? Debe ser que tanto temer por mi vida me ha hecho darme cuenta de que debo perpetuarme. Demasiado estrés, y cuando hay estrés la libido sube. ¿No te pasa a ti? ¿Cómo te sientes ahora?

—Vete abajo —dijo entre dientes.

—¿Te lo vas a pensar? —El portazo en la cara le hizo hacer una mueca. —¡Vale, te doy un par de horas para que lo pienses!

—¡Arietta! —gritó él desde dentro.

—Vale, cómo te pones. —Sonriendo fue hasta la escalera y miró a sus padres desde arriba. —Ya no está triste.

Su madre soltó una risita. —Sí, ya nos hemos dado cuenta.

—Así tiene otra cosa en la que pensar.

—Hija, no ha dejado de pensar en ti desde que el cura le habló de quien eras —dijo Matthew divertido.

—¿De veras? —preguntó con ilusión.

Su madre le hizo un gesto para que bajara y ella lo hizo a toda prisa hasta los últimos escalones. —Sobre todo porque ya te conocía.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—Hace unos siete años. Fue a visitar a Jeff unos días antes de que el cura se fuera del pueblo. Tenía algo de trabajo allí cerca y fue a verle a Cownhill.

—¿De veras? No le recuerdo.

—La barbacoa del cuatro de Julio. El de la moto. ¿Cómo no te vas a acordar? Llevaba una cazadora de cuero negra.

Miró a su madre sin comprender hasta que recordó a un hombre con cazadora de piel que llegó a casa cuando estaban cortando la tarta. Jenny y ella se habían quedado con la boca abierta viéndole bajar de la moto y era cierto que había abrazado al cura, pero apenas se había tomado una cerveza y se había quedado diez minutos. Después ella había salido con sus amigas y se había olvidado del motero. —El de la moto. Cuando le preguntaste a Jeff quien era dijo que era uno de sus chicos. Una historia que había acabado bien. No dio más detalles.

Martha sonrió. —Veo que le recuerdas.

—Y él a mí.

—Oh, sí. Cuando Jeff le dijo quien eras, le comentó que eras pelirroja y se acordaba de ti, nos lo dijo el cura.

Su padre se acercó. —Sus palabras exactas fueron... Sí, he hablado con él y os recuerda. Me ha preguntado si la implicada es la pelirroja. Eso dijo.

—¿De veras? —Sonrió de oreja a oreja. —Me recordaba.

—En aquella época estabas preciosa —dijo su madre orgullosa.

Jadeó. —¿Y ahora no?

La miró de arriba abajo con aquellos viejos vaqueros que le quedaban enormes y la camiseta con el logo de la iglesia del padre Thompson. —Bueno, te ha visto mejor.

Gimió. —Estoy hecha una pena, ¿no?

—Algo delgada para mi gusto.

—Martha no digas eso. Estás preciosa. —Su padre levantó una ceja. —¿Estás segura de esto? Igual con tanto estrés y tantos cambios no es el mejor momento para que te decidas de una vez y salgas con alguien. Hija, la verdad es que eres más oportuna...

—Tendrás cara, si no salía con nadie es porque a todos los ponías verdes. —Bajó un escalón. —Por cierto, ¿qué te parece?

Su padre sonrió. —Me encanta, es un hombre con todas las letras.

Miró a su madre que asintió con una sonrisa de oreja a oreja y Arietta suspiró del alivio. —Genial. Tiene a los suegros de su parte, no puedo ponérselo más fácil.

—No está por la labor —dijo su padre—. No te decepciones.

—Bah, es solo fachada.

—¿Qué hacéis?

Se sobresaltó volviéndose para verle con la ropa sucia en la mano. Ya se había duchado y vestido con otros pantalones y una camiseta. —Vaya, sí que eres rápido.

—Tengo prisa. Tengo una cita y me has entretenido.

Bajó los escalones y ella le miró indignada viéndole ir hasta el cuarto de la lavadora que estaba al lado de la cocina. —¿Cómo que tienes una cita? Será una cita de trabajo, ¿no?

—Pues no. Quedé con ella la semana pasada y pensaba anularla, pero ahora no veo razón para hacerlo.

Dejó la ropa en el cesto y se volvió con intención de salir, pero ella le cortó el paso. —¿Me estás queriendo decir algo?

Él suspiró. —Mira, todo lo que has sufrido ha debido pasarte factura, así que te recomiendo que vayas a terapia.

—¡Ahora estoy loca! —Él consiguió salir y le siguió para ver como cogía las llaves del coche. —Como te vayas salgo de casa.

—¡Hija! —protestó su padre.

—Haz lo que quieras —dijo como si le importara un pito. Entró en el montacargas y bajó la puerta. —Mañana hablaremos de lo que haréis a partir de ahora, así que espero que lo tengas

claro.

—¿Sabes lo que tengo claro? ¡Qué me gustas!

Él gruñó pulsando el botón y ella se acercó a la verja para verle bajar. —¡Yo al menos tengo los ovarios para decírtelo!

—Hija, ¿por qué no bajas por las escaleras en lugar de desgañitarte? —dijo su padre.

Miró a sus padres y Martha señaló una puerta. Corrió hacia allí y bajó los escalones de dos en dos. Al llegar al garaje le vio subir al coche y él puso los ojos en blanco antes de cerrar la puerta. —Sí, pon esa cara.

—¡Arietta sube a casa!

Se puso delante del coche. —Mi madre ha hecho pollo asado y tarta. Lo menos que podrías hacer es quedarte a cenar. —Cuando encendió el motor ella corrió hacia la ventanilla. — ¡Si te acuestas con ella no te lo voy a perdonar! ¡Sobre todo ahora que sé que te gusto! ¡Te estarías traicionando a ti mismo! ¡Y a mí!

El portón empezó a abrirse y ella le miró decepcionada. El coche la rodeó para dar la vuelta y salió al callejón. Dejó salir el aire que estaba conteniendo y cuando se volvió allí estaban sus padres mirándola con pena. —Hija, eso de toda la vida se llama arrastrarse y no —dijo su madre.

—Lo sé. Pero tengo la sensación de que tiene miedo y debía intentarlo.

—Pues yo tengo la sensación de que es un hombre que teme pocas cosas en la vida. — Matthew extendió los brazos y ella le abrazó. —Mi niña. Igual no es el momento para esto, hablo en serio.

—¿De veras crees que me estoy precipitando?

—No creo que debas pensar en esto ahora cuando te persigue tanta gente para matarte.

—El amor llega cuando llega.

A su padre se le cortó el aliento. —¿Amor?

—Yo qué sé, papá, nunca me había sentido así.

Matthew miró a su mujer preocupado y esta dijo —Papá tiene razón, el tiempo pondrá todo en su lugar y si debéis estar juntos, sucederá. Venga, vamos a cenar.

Su padre la besó en la coronilla y caminaron hasta el montacargas. —Me muero por tomar ese pollo.

Entonces la puerta del garaje volvió a abrirse y Martha chilló —Mueve el culo, Matthew. —Corrieron hacia las escaleras mientras Arietta sin aliento veía como el portón subía dejando a la vista el morro del coche de Granger. Con el corazón a mil vio como entraba en el garaje y frenaba en seco ante ella deslumbrándola con sus faros. Sin apagar el motor se bajó del coche y se puso ante ella. Estaba furioso. —Te debes creer que todo esto es un juego.

—No.

—¡Pues estás confusa y no sabes lo que dices!

—¡Si de algo me he dado cuenta con esta experiencia, es que la vida es breve y muy frágil! ¡A partir de ahora si quiero algo iré a por ello! ¡Tú deberías saber de lo que hablo, porque tu profesión no es que sea muy segura! Además, la vida que has tenido...

—¿La vida que he tenido? ¡No sabes nada de mí!

Le miró con pena. —Sé que no tienes familia y no debe haber nada peor en la vida porque mientras estaba encerrada en aquella habitación no dejaba de pensar en ellos.

—¡Cállate!

—¿Crees que Jeff no me ha hablado de ti? Estuve en Las Vegas dos días antes de subirme a ese tren y no se separó de mí. ¿Cuál crees que fue su conversación favorita para que me sintiera segura a tu lado? ¡Tú! ¡Tu rebeldía, los problemas que tuviste hasta que él llegó! Como no querías confiar en nadie, habías sufrido tanto que le costó muchísimo llegar a ti. ¡Pero lo hizo y te ayudó a sobrevivir! ¡A hacer de ti el hombre que eres ahora! Terminaste tus estudios

y entraste en la policía y después en el FBI. ¿La muerte de tus padres tuvo que ver? Seguramente sí. Era una manera de combatir el crimen. ¡No puedes olvidarles y te has mudado a una de sus propiedades, conservas sus cosas como ese tocador que hay en mi habitación! ¡Una pieza de museo! ¿Era de tu madre? —Él apretó los labios. —¿Y dices que no te conozco? ¡Eres tú quien no me conoces a mí! ¡No te has dado cuenta todavía que Dios ha cruzado nuestros caminos por una razón! Pero no voy a dejar que escondas la cabeza a lo que está ocurriendo, ¿entiendes? ¡Da igual las trabas que pongas, no me vas a hacer cambiar de opinión!

—Dices que me conoces...

—¿Quieres hacer una prueba? Adelante.

—¡No me acuesto con vírgenes! —le gritó a la cara.

Se puso como un tomate. —Cielo, seguro que mis padres están poniendo la oreja —susurró.

Él entrecerró los ojos. —No me llames cielo.

—¿Churri? A mí me da igual.

—Nena, déjalo ya.

—No. —Estiró los labios. —¿Un besito? ¿Para hacer las paces? No hay que cenar enfadado que luego sienta mal.

La miró como si fuera una cobra. —Vete haciendo la mochila que te vas.

Jadeó indignada. —Ni hablar.

—¿Qué has dicho?

—No puedes echarme. Al padre que vas.

—No me amenaces.

—No me amenaces tú.

—Nena...

—Anda, apaga el motor que estás gastando gasolina para nada.

—¡Arietta, hablo en serio!

—Se va a enfriar el pollo y mi madre se va a cabrear.

La miró con ganas de pegar cuatro gritos. —Una de las normativas del FBI impide relaciones con los testigos. ¡De ningún tipo!

—Oh.

—¡Sí, oh!

—Pero todavía no lo saben. Si dices que era tu novia...

—¡Pero es que no lo eras y si miento me apartarán del caso igualmente porque soy parte implicada y no sería objetivo!

—A ver, que sé algo de derecho y aquí hay algo que no me cuadra. Si denuncio solo a Joe a la fiscalía en Minnesota, el FBI no debería verse implicado. No es un caso interestatal.

—Sí que lo es, porque te vendió fuera del estado.

—Pero yo a los demás no voy a demandarles.

—Nena, que apareciste en Las Vegas.

—Pero eso no tiene por qué saberlo nadie.

—¿Y cómo llegaste a Minnesota de nuevo, mujer? —gritó exasperado—. ¿Te abdujeron los extraterrestres?

—Eres muy gracioso.

—Nena, como abras la boca te lo van a sacar todo y el FBI hará acto de presencia. No te soltarán hasta que todos los implicados sean encausados. Calcula cuatro años.

Le miró asombrada. —¿Cómo que cuatro años?

—Entre investigaciones, juicios y apelaciones...

No pudo disimular su decepción. —¡No pienso perder cuatro años de mi vida con esto!

—Nunca volverás a tu vida. ¡Ni tus padres tampoco, así que olvídalo!

Apretó los labios. —¿Y Jenny?

—He pensado en ello. Si quieres me acercaré a Minnesota y hablaré con ella sobre que has tenido que ocultarte. Estará prevenida. Además, así me aseguraré de que ese tipo aún anda por la zona. —Entonces se detuvo en seco mirándola fijamente.

—¿Cielo?

—Ya sé lo que vamos a hacer.

Arietta vio cómo iba hacia el coche y lo apagaba antes de ir hacia las escaleras. —¿Qué ocurre? —Corrió tras él.

—¿Ese mamón tiene causas pendientes? —preguntó a Matthew que estaba sentado en el enorme sofá.

—¿Mamón?

—Joe, papá.

—Está en libertad condicional por tenencia de armas. Un día le pillé mientras conducía borracho y drogado. Al registrarle se la encontré en la guantera. No tenía licencia.

—Bien, solo necesitamos que infrinja la condicional. Voy allí le enchirono y asunto solucionado. Jenny estará a salvo. —La miró. —¿Contenta?

—Bueno, había otros dos. El del coche rojo y...

—¡Arietta!

—Vale, me contentaré con Joe —dijo como si fuera un pesado. Entonces frunció el ceño —. No, creo que no me contentaré con Joe. —Se le ocurrió algo y sus preciosos ojos azules brillaron. —¿Y si hacemos eso con todos?

—¿A qué te refieres?

—Con los de Las Vegas, con los que nos transportaban.

—Nena...

—No, es una idea estupenda. Que no sepan que es por mí, pero así ayudaremos a esas mujeres.

—¡Ya te he dicho que siempre vendrán otros!

—¡Ya, pero esas chicas necesitan ayuda! ¡Esas, no otras que todavía están en sus casas tranquilamente!

Matthew suspiró. —Sabía que pasaría esto.

Martha forzó una sonrisa. —Siempre quiere hacer lo correcto. Los remordimientos podrían con ella.

—¡Esto pasa por ir tanto a misa! —gritó furibundo.

Jadeó. —¡Tú también eres católico!

—No tanto, te lo aseguro.

—¡Granger! ¡Ahora sí que me chivo al padre Thompson!

Él suspiró quitándose la cazadora y tirándola a un lado furioso. —¡Joder!

—Hijo no te sulfures —dijo su padre—. Las mujeres son así. Siempre están cambiando de opinión.

Su madre le miró mosqueada. —Ah, ¿sí?

—Cambias de cortinas cada año.

—¡Es que me aburre ver siempre las mismas! ¡A ti no te he cambiado, así que date con un canto en los dientes!

Matthew carraspeó mirando a su hija. —Hala, ya la has mosqueado, papá. Hoy te quedas sin sexo.

Su padre se puso como un tomate. —¡Hija!

—¿Queréis centraros? —preguntó Granger mosqueado.

—Uy sí, lo siento —dijo ella antes de ir hasta la nevera para sacar cervezas para todos—. ¿Cenamos?

Asombrado vio cómo se sentaban a la mesa. —¿Cómo podéis tener hambre en un momento así? Vuestra hija pretende enchironar a unos mafiosos ella sola.

—Solo tenderles una trampa, hijo. Las llamadas anónimas están a la orden del día.

—¿Llamadas anónimas?

—Sí, solo tenemos que enterarnos de donde estarán y llamar. Así de simple —dijo ella sirviendo en su plato unos guisantes—. Cariño, ¿muslo o pechuga?

Él gruñó acercándose a la mesa y sentándose a su lado. —Muslo.

—Yo soy más de pechuga, somos la pareja perfecta —dijo encantada.

Sus padres soltaron una risita y él los miró mosqueado. —Deberíais hablar seriamente con vuestra hija.

—Nosotros la apoyamos en todo —dijeron a la vez.

—¡Así no ayudáis nada!

Matthew le miró fijamente. —Hijo, ¿crees que será feliz sabiendo que esas mujeres están pasando ese calvario? Mi hija no. Mi hija hará lo que sea para liberarlas y lo he sabido desde el principio. Si no he dicho nada antes, es porque sabía que estaba aún en shock por lo ocurrido y si quería huir, perfecto. Pero ese shock no le ha durado mucho y esta es mi hija, fuerte, decidida y protege a los que ama con uñas y dientes. Hará lo que crea conveniente y la apoyaremos. Y tú la apoyarás también porque será tan machacante con el tema que al final cederás.

—¡De eso nada!

Arietta le echó salsa por encima del pollo y del puré de patatas haciendo que no lo había oído. —Cariño, ¿quieres bendecir la mesa? —Cogió su mano y agachó la cabeza al igual que sus

padres.

Les miró uno por uno como si no se lo creyera antes de sisear —No lo he hecho nunca. Siempre lo hacía el padre Thompson.

—Solo tienes que dar las gracias por lo bueno que ha ocurrido este día.

—¿Pero ha habido algo bueno? —preguntó con ironía.

Ella entrecerró los ojos y Granger gruñó antes de agachar la cabeza. —Te damos gracias por la llegada de Arietta sana y salva y por haber reunido a la familia. —Sus padres sonrieron. —Te damos gracias por estos alimentos y ya que estamos te pido que le inculques a esta familia algo de cordura antes de que les peguen cuatro tiros y les tiren a la cuneta. Amén. —Al levantar la cabeza vio como los Carbery le miraban y aparentó sorpresa. —¿Qué? ¿Acaso no lo he hecho bien?

—Muy gracioso —dijo Arietta.

—Pues deberías tomártelo en serio.

—Y lo haré. Vamos a organizar un operativo de esos.

—¿Perdona?

—Cielo, debemos tener alguna pista de por dónde van y eso, para chivarnos. No vamos a llamar a la policía cuando tengan el coche limpio. Deben llevarse a una chica para pillarles con las manos en la masa.

—¡Decid algo! —exclamó atónito.

—Tenemos que ir a casa —dijo su madre—. Allí tenemos armas y los drones.

—¿Drones?

—La niña sabe usarlos —dijo Matthew antes de meterse una buena porción de pollo en la boca—. Para las abejas.

—¿Abejas?

—Trescientas colmenas de la mejor miel. Están algo alejadas de casa, así que las controlo con los drones por si algún animal las ataca o eso. Desde el jardín de casa, ya sabes.

No salía de su asombro.

—No me mires así, tengo licencia.

—Vamos a ver si lo he entendido. Usas drones para vigilar las trescientas colmenas que tienes.

—Sí, es su hobby —dijo su madre—. Y menuda miel nos dan.

—Además es un hobby ecológico —dijo su padre—. Las pobres abejas están desapareciendo, ¿sabes?

—Sí, algo he oído. —Apoyó los codos sobre la mesa mirándola con interés. —¿Cuánto tienes que acercarte para seguirles con el dron?

—No puedo alejarme más de doce kilómetros.

—Doce...

—Cielo come, se te va a enfriar.

—¿Ese chisme puede grabar?

—Claro. Desde mi consola puedo grabar o no. Pero hay un problema.

—¿Qué problema?

—Mi pequeño tiene una autonomía de cuarenta y cinco minutos. El otro que es más antiguo, de veinte.

—Cuarenta... ¿Puedes hacer que vuelva y cambiarle la batería?

—Sí. Se compran por internet.

—Ya no le parece tan mal, niña —dijo su padre satisfecho—. Ni te imaginas las cosas que ha grabado ese chisme. Pilló a una vecina quemándole la casa a otra, ¿sabes? Por supuesto no dije cómo me había enterado para que la gente no supiera que la niña es algo cotilla. —Arietta

se sonrojó. —Pero que útil resultó su hobby.

—Su otro hobby.

—Oye, hay gente que ve cotilleos en la tele, yo los busco.

—Eso no es muy moral. ¿Qué dice el cura de tu pueblo?

Se puso como un tomate y sus padres se echaron a reír. —La tiene en plantilla.

—Muy graciosos. El cura me dice que si veo algo raro que me chive, pero de algunas cosas no digo nada.

—Algunos feligreses creen que el cura tiene visiones —dijo su madre partiéndose de la risa.

Granger la miró fijamente. —Eres una cajita de sorpresas.

—Gracias.

Él puso los ojos en blanco.

—Iba a trabajar para la fiscalía, ¿sabes? Acababa este año y ya se habían puesto en contacto con ella para que empezara en cuanto se graduara. Siempre le ha ido eso de detener criminales —dijo su padre orgulloso—. De pequeña me la llevaba a la oficina y hasta se ponía a la radio por si había algún aviso. Se sabía todos los códigos con diez años.

—Y sabe usar un arma.

—¿Un arma? Sabe usarlas todas. —Miró a su mujer. —¿Ves cómo teníamos que llevarla a artes marciales como la niña quería? El ballet no le ha servido de nada.

—Tienes razón, querido. Nuestros nietos irán a las clases esas.

—Y tenía que llevar un arma con ella siempre como le sugerí cuando empezó a ir sola a la ciudad. Ese mamón no le hubiera tocado un pelo a mi niña. Un tiro en la cara y solucionado.

Su mujer asintió al igual que Granger.

—¿Me traerás una pistola, cielo? ¿Y otra para papá y mamá? Así nos sentiremos más

seguros.

—Veré lo que puedo hacer. Sobre los drones... Podemos comprar unos.

—De todas maneras tenemos que ir a Cownhill. No hay que malgastar el dinero. Además, tengo que echarle un ojo a las abejas.

—Nena, las abejas se las arreglan solas.

—La casa nueva que compremos deberá tener un campo enorme para trasladar las colmenas.

—¿Y que se enteren de tu nueva dirección?

—Cuando las traslademos estarán tan ocupados defendiéndose ante los tribunales que no se darán ni cuenta. Además, no sabrán que hemos sido nosotros quienes les hemos delatado.

—Oh, podré traer la porcelana de mi madre.

—¿Y si vendemos la casa? —preguntó su padre—. Se lo encargamos a una inmobiliaria con un poder notarial y que nos ingresen el dinero en una de esas cuentas en las Caimán.

—Bien visto, cielo.

—Estáis bajando la guardia. Primero veamos si podemos pillarles.

Como veía que se estaba mosqueando de nuevo ella dijo —¿Por qué no probamos con Joe y si funciona seguimos con los siguientes?

—Tengo que trabajar.

—¿Qué tal si te tomas unas vacaciones?

—¿Vacaciones? —preguntó como si eso fuera impensable.

Ella le cogió por el brazo ilusionada. —Y te enseñaré donde he nacido. Ya verás cielo, te va a encantar. Haremos turismo.

—¿Turismo?

—Montaremos en canoa. Hay unos lagos preciosos. —Sus ojos brillaron de la ilusión. —

Oh, podemos buscar casa por allí.

—Eso, para que si algún día vas a un supermercado a cien kilómetros de Cownhill algún vecino te vea porque ha decidido darse una vuelta por el estado.

Chasqueó la lengua. —Vale, pensaremos otra cosa.

—Nueva York es una ciudad mucho más segura. Si alguien te viera, que es casi imposible...

—Aquí sí que vienen muchos turistas. Además, necesito un prado.

—Nena...

—Canadá —dijo su padre sorprendiéndoles—. Allí no nos encontraremos con nadie. Bosques, lagos, un ambiente sano para criar a los niños, abejas... Canadá.

—Bien, pues si elegís Canadá perfecto.

—¿Si elegimos Canadá? —Arietta bufó porque era evidente que seguía negando los hechos. Bueno, mejor no presionarle. —Sobre ese operativo... Mañana regresamos a casa.

La miró pasmado. —¿Mañana? Hay mucho que planear.

Miró a su padre sin entender. —Cielo, hay que planear cosas. Como dónde nos quedaremos y detalles así.

—Ah... ¿En casa de Jenny?

—¡Dios, esto va a ser un desastre! —Granger se levantó y fue a por otra cerveza.

—Bueno, pues de los detalles encárgate tú. —Vio como sacaba el paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón y ella carraspeó.

—¿Qué?

Rio sin ganas. —Ni se te ocurra.

—Esta es mi casa.

—Mira, podemos hacer esto de dos maneras, que cada vez que enciendas un cigarro veas

mi mala cara y escuches todo lo que implica fumar hasta que se te caigan las orejas del aburrimiento o que cada vez que te apetezca encender uno de esos, te lo pienses mejor y tires el paquete.

Retándola se lo metió en la boca y lo encendió. —Hija, ¿te he dicho alguna vez que también fumaba de joven? Y tu madre insistía mucho en que lo dejara.

—¿Y cómo lo conseguiste? —preguntó Granger después de dar una buena bocanada.

—Le dije que jamás volvería a besar un cenicero y mucho menos a acostarme con él. Se le quitó la tontería en menos que canta un gallo.

Granger le miró asombrado y su padre dijo —La carne es débil. Pero ella me ayudó mucho con mi síndrome de abstinencia, ¿sabes? Así engendramos a la niña.

Su madre soltó una risita. —Qué tiempos.

Sonrió a Granger. —Puede que no estemos casados, pero si quieres seguir esa terapia no voy a quejarme.

—¡Hija! ¡Primero la boda! —dijo su madre indignada.

—Mamá, estas son circunstancias especiales.

—Pues tienes razón.

—¿Boda? ¿Qué boda? —preguntó Granger espantado.

—¿Ves mamá? Ya me lo has puesto nervioso.

—Mujer, total ya no podemos celebrarlo como debería ser. Sin amigos, ni vecinos...

—¿Por qué no nos centramos en la misión que tenemos por delante? —preguntó Granger entre dientes.

—Sí, será lo mejor —dijo ella advirtiéndolo a sus padres con la mirada. Aunque la idea de la boda no le parecía mal del todo, pero ella aún no renunciaba a una boda con todos los suyos. Igual no estaba siendo realista en su situación, pero leche es que era muy difícil de aceptar—. De

momento nos libraremos de ellos.

—Eso...

Lo dijo de una manera que parecía que después quería librarse de ella, pero no se iba a dar por vencida. Su reticencia era porque todo había sido muy reciente, pero como le había dicho ahora pensaba ir a por lo que quería y no iba detenerse. Forzó una sonrisa. —¿No vas a cenar?

Él apagó el cigarro y negó con la cabeza. —No tengo hambre.

—Te lo guardo en el horno por si acaso tienes hambre más tarde. —Se levantó cogiendo su plato y unos segundos después llevaba la tarta de manzana a la mesa. —Papá, ¿quieres?

—Yo ya estoy satisfecho, gracias, hija.

—De nada. ¿Mamá?

—Un poquito que se me va a las caderas.

Después de cortar dos buenos pedazos miró a Granger que les observaba pensativo. Hacía mucho que no estaba en familia y se sentía incómodo. Y lo entendía, pero le daba rabia que no pudiera sentarse ni a la mesa con normalidad. Se sentó para comer su postre y su madre dijo — ¿Queréis ver una peli después de la cena?

—Yo me voy al estudio —dijo Granger antes de ir hacia las escaleras.

Arietta le observó subir y suspiró. —Hija, no le presiones. —Miró a su padre a los ojos. —Se nota que es un tipo muy independiente.

—Si no le hubiera presionado hubiera ido a esa cita. Y está aquí, ¿no? —Matthew hizo una mueca. —Y para presión la vuestra. ¿Boda? Si he llegado esta mañana.

—¿Piensas acostarte con él sin que haya boda de por medio? —preguntó su madre.

—Claro.

—Hija...

—La vida es breve y los tiempos han cambiado. ¡Si todos estaban alucinados con que

fuera virgen a mi edad! Me gusta y yo a él así que sí, voy a tener sexo con él.

—Si sale mal...

—Mamá, si sale mal pues a otra cosa que estamos en el siglo veintiuno. Quiero estar con él y ya sabes que es muy raro que me guste alguno. Si él quiere estar conmigo no voy a poner trabas por un matrimonio para toda la vida. Como ha dicho papá hay que presionarle lo justo.

—Yo no he dicho eso —dijo pasmado.

Suspiró. —Me da rabia que no se sienta a gusto en su propia casa.

—¿Por qué no vas a hablar con él? —preguntó su madre—. Aclarar las cosas, lo que quieres y lo que quiere él.

—No quiere nada, ¿no oíste sus gritos? Pero tienes razón.

Se levantó y subió las escaleras. Cuando llegó a la gran puerta del estudio la abrió lentamente para verle sentado en el taburete ante un lienzo que estaba a medio pintar. Y era precioso lleno de naranjas, amarillos y verdes. Entró en el enorme estudio y se acercó hasta colocarse a su lado para mirar la pintura. —Me encanta.

La miró sorprendido. —Si no está acabado.

—Ya, pero me encanta. No entiendo mucho de arte, pero eso no es importante, lo importante es que me haga sentir y tus cuadros lo hacen.

—¿De veras? —preguntó incrédulo.

Ella señaló uno que estaba en la pared que era enorme. Sus formas pintadas en azules y rojos parecían puestos al azar, pero representaban un hombre y una mujer abrazándose. —Aquel es mi favorito. —Volvió la cara hacia él y sus ojos coincidieron. —¿Hace cuánto que pintas?

—Toda la vida. Empecé con grafitis en el barrio.

—¿De veras? Hay artistas urbanos que me encantan. Hacen auténticas obras de arte en edificios que están hechos polvo, demostrando que el arte es para todos. ¿Hay algo tuyo por ahí?

¿Me llevarás a verlo?

—No.

—Vamos... —Sus ojos brillaron. —¿Me enseñarás a pintar? Siempre he querido aprender.

—Nena, este es mi espacio —dijo incómodo.

No pudo disimular su decepción. —No quiero molestarte, ¿lo sabes no?

—Joder, qué intensita eres. —Se levantó y cogió un tubo de pintura. —¿Por qué no vas a ver esa peli?

Iba a tener que hacer algo drástico para darle vuelta a esa situación y entrecerró los ojos pensando en ello. —Porque prefiero estar contigo.

—Pero yo quiero estar solo. —Se volvió con el tubo en la mano y se le cayó cuando vio que se quitaba la camiseta quedándose desnuda. —¿Qué coño haces? —preguntó espantado.

Qué vergüenza. Sé resuelta Arietta o este te echa a patadas. —¿No necesitas modelos? Todos los artistas necesitan modelos y a mí no me has pintado nunca.

Asombrado miró hacia la puerta.

—No nos van a molestar. ¿Dónde me pongo? —Intentando disimular sus nervios se puso delante del caballete. Cogió una butaca que había ante una ventana y la llevó hasta él. Sonriendo se sentó. —Hala, ya está. ¿Cómo me pongo?

—Arietta te vas a helar —dijo entre dientes—. Vístete.

Retándole con la mirada se reclinó hacia atrás apoyándose en el respaldo y subió las piernas para acomodarse. Él entrecerró los ojos al verla cogerse un mechón de sus rizos. —Nunca he tenido novio, ¿sabes? Era el bicho raro del pueblo. La hija del sheriff que los chicos no querían tocar por si su padre se cabreaba. Eso fue al principio, los primeros años de instituto. En esos años tontos en los que nos gustan todos simplemente por una sonrisa o porque lo han hecho

genial en el partido de béisbol. Después no soportaba lo inmaduros que eran. Las fiestas me parecían de niños, aunque iba porque se suponía que era lo que tenía que hacer. —De reojo vio como cambiaba el lienzo y se sentaba en su taburete antes de tirar de un carrito hacia él. — ¿Sabes esa sensación que tienes cuando parece que has perdido el tiempo del todo y te dices que esa experiencia la que sea no la vas a repetir porque no merece la pena? Pues esa era la sensación que yo tenía cada vez que entraba en mi casa después de salir. Y así cada fin de semana. Durante mucho tiempo llegué a pensar que no encajaba, que algo en mí no estaba bien porque todos los demás se lo pasaban estupendamente y yo fingía. Solo Jenny sabía que no disfrutaba de verdad. Pero es que Jenny es como yo, ¿sabes? Bueno, es algo más tímida.

Él pintando dijo —Continúa.

—Menos mal que se acabó el instituto. Yo me dije, al fin vas a ser normal, en la universidad conocerás gente que será como tú, como Jenny. Les interesará algo más que irse de fiesta y los ligues del fin de semana. Pues no.

Granger sonrió. —¿Odiabas las fiestas de hermandad?

—Cuando mi compañera de habitación insistió, me animé a ir a una. Dejé que la eligiera ella, inocente de mí. Entré en una casa y pasó uno vestido con toga al que se le veía toda la herramienta, creí que había entrado en el infierno. —Él rio por lo bajo. —¿Las tuyas eran así? Oh, es cierto que después de terminar el instituto fuiste a la academia.

—Sí, pero asistí a unas cuantas de esas fiestas. Ya sabes, te invitan amigos de amigos...

Sonrió mirándole. —Así que tú las disfrutaste.

—Yo ya había visto de todo, nena, no me podían espantar con nada. Sí, disfruté de aquella época, hice muy buenos amigos.

—Yo solo asistí ese año a la universidad presencial. Después estudiaba a distancia.

Él la miró sorprendido. —¿Por qué?

—Me ofrecieron trabajo en un despacho de abogados del pueblo y lo acepté.

—¿Estudiabas y trabajabas a tiempo completo a la vez? —Hizo una mueca. —Y la fiscalía te ofreció un puesto. Muy bien, nena.

—Y ahora todo se ha ido a la mierda. —Se miró las manos. —Aunque no sé si me hubiera gustado el puesto. Tratar con criminales... —Se estremeció pensando en lo que le había ocurrido. —Creo que no puedo hacerlo.

—Te entiendo.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

Carraspeó como si estuviera incómodo. —Cuando entré en el FBI creía que conseguiría algo, pero después de estos años me he dado cuenta de que por mucho que me esfuerce todo sigue igual. Además, tanto politiqueo...

—Mi padre se queja de lo mismo. Algunos le critican en el ayuntamiento cuando él es quien se pringa.

—Exacto. Eso me tiene harto —dijo con desprecio.

—¿Te importaría dejarlo?

Él apretó los labios dando una pincelada. —Nena, estás adelantando los acontecimientos.

—No pienses en mí, no pienses en nadie, ¿si te tocara la lotería qué harías?

—Mandarlo todo a la mierda, pero no me ha tocado la lotería y esta casa tiene unos impuestos carísimos, ¿sabes?

—¿Y por qué la conservas?

La miró como si estuviera loca. —¿Dónde encontraría algo así en Nueva York? ¿Sabes las cajas de zapatos que hay por ahí con un alquiler exorbitante?

Ella iba a decir algo, pero le sonó el móvil a Granger que se lo sacó del bolsillo trasero del pantalón. Al ver la pantalla juró por lo bajo antes de descolgar. —Cindy... No te vas a creer esto, pero... No, no me he olvidado, pero... ¿Que no te llame más? Vale.

—¿Tu cita? —preguntó con recochineo.

Él tiró el móvil sobre la mesa y cogió el pincel de nuevo como si le importara un pito. —
Nena, no urgues en la herida.

Se le quedó mirando y cuando Granger la miró antes de dar otra pincelada sus ojos se encontraron. —¿Qué? —preguntó él.

—Me gustas.

—Eso ya lo has dicho.

—Mucho.

—Tu insistencia también me lo ha dejado claro.

—Lo que te dije antes de la universidad y lo de ahora es para que te des cuenta de que a mí no me gusta cualquiera.

—Nena, que seas virgen también me lo había dejado claro.

—Me gustaría dejar de serlo contigo.

Él carraspeó e incómodo en su taburete se levantó para dar otra pincelada y la miró de reojo. Atenta a cada una de sus reacciones vio como su entrepierna se hinchaba bajo su vaquero y se sintió genial. Después de despelotarse había pensado que no le gustaba por su falta de interés, pero no, ahí estaba. —¿Te has excitado?

—No te muevas.

¿Cómo que no se moviera? ¿Lo iba a dejar así? Si no podía desnudarse más por dentro ni por fuera. La dejó muda y se quedó en silencio sin saber qué pensar. No es que tuviera mucha experiencia en seducir a un hombre, pero creía que lo estaba haciendo bien. Vamos, que con otro ya estaría en faena. ¿A ver si era verdad que no le iban las vírgenes y ella haciendo el ridículo? Eso la puso muy nerviosa porque no podía perderle, no podía. Si de algo estaba segura desde que le había visto esa mañana es que le quería en su vida y haría lo que fuera para conseguirle.

¿Conseguirle? Necesitaba que la amara, que dejara aquella vida yerma para irse con ella, porque si algo le había dejado claro ese día es que no podría volver a su vida. Y ahora tampoco querría sin él.

—¿Qué piensas?

Le miró a los ojos. —Que no debo seducir muy bien porque a pesar de estar desnuda todavía estás ahí.

Granger sonrió. —Eres una víctima, no piensas con claridad.

¿Tendría razón? A ver si se estaba montando una película a causa de tanto estrés, que también podía ser. —¿Cuánto debo esperar para saber si pienso con claridad?

—Pues no sé... Arietta, eres mi caso.

—No, mi caso está cerrado, vamos a abrir los otros casos. Los de esos tipos, pero por mí ya no tienes que preocuparte.

—Como si estuvieras a salvo. ¿Quieres despertar de una vez?

—Sé que no estoy a salvo, pero yo ya no voy a denunciar nada. Así que ya no soy tu víctima porque ya no tienes ni tendrás denuncia. Si es un problema ético...

—¡Pues ya que lo dices, no es muy ético que un agente se acueste con la víctima!

—¿Qué ya no soy una víctima! ¡Mi caso está cerrado! ¡Los del FBI nunca me verán la cara!

Él entrecerró los ojos. —Nena, lo que quieres hacer...

—Lo que vamos a hacer. ¿O es que ahora te rajas?

—¿Cuándo te he dicho que lo haría?

—¿No lo has dicho? —Pensó en ello. —Sí que lo has dicho. Has dicho eso de a ver si podemos pillarles antes de pensar en la casa que compraremos y has hablado de hacer planes. Además, nos vamos mañana, no puedes echarte atrás ahora.

—Te he dicho que trabajo.

—Un trabajo que odias. —Él gruñó dando una pincelada. —Un cambio de aires te vendría perfecto. ¿Qué te parece Canadá? Entre esta casa y la casa de papá nos podemos comprar lo que nos dé la gana. —Sus ojos brillaron. —Una casa en el lago, podremos pescar y tendrás un estudio el doble que este.

—Y vivimos del aire.

—De los peces que pesquemos —dijo ilusionada.

Le arrancó una sonrisa. —Estás loca.

—Pero aun así te gusto.

—Sí nena, me gustas mucho.

Era todo un triunfo que lo reconociera. Ella miró su entrepierna. Todavía seguía en pie de guerra. Se mordió el labio inferior y se acarició la pierna sin darse cuenta. Él se tensó. —No hagas eso.

—¿El qué? —preguntó sorprendida.

—No te muevas.

—¿Me he movido?

—Sí, te has movido —dijo entre dientes.

Uy, que le daba que iba a tener que moverse mucho para que este le pusiera la mano encima. Solo imaginárselo le entraban unos calores. Viendo cómo se concentraba en el cuadro gruñó por dentro. Igual lo de posar para un artista no había sido tan buena idea. Como no se le tirara encima... Se acomodó mejor en el sillón y chilló levantándose de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó él acercándose a toda prisa.

—Algo me ha pinchado. —Se acarició el trasero y al mirarse la mano se dio cuenta de que tenía sangre. —Me he cortado.

Él juró por lo bajo agachándose para mirar su nalga. —Hostia... Tranquila nena, no es mucho.

Granger se giró ante el sillón y levantó un pequeño trocito de algo metálico.

—¿Qué es eso?

—Parte de la cuchilla de un cúter.

—¿Qué?

—No cortaba bien y quité esta porción para seguir trabajando. Se me debió caer en el sillón. —Lo tiró a una papelera que había al lado.

—Vaya. —Se giró casi poniéndole el trasero ante la cara. —¿Sigue sangrando?

Le escuchó gruñir y cuando Arietta sintió su mano en su trasero elevándose para ver la herida bien, su corazón dio un vuelco de la emoción. —Ya ha dejado de sangrar —dijo con voz grave, lo que la excitó aún más.

—¿Seguro? —preguntó casi sin voz. Sintió que su pulgar acariciaba la suave piel y su vientre se estremeció de placer—. Mi madre me besaba cuando tenía una herida.

—Hacía eso, ¿eh?

—Sí.

—Nena, esto es insoportable —dijo casi con desesperación.

—Pues no te reprimas.

—Joder, tu olor me vuelve loco. —Elevó sus nalgas y pasó su lengua entre sus húmedos pliegues tomándola tan por sorpresa que chilló de la impresión, pero ni se movió. —¿Así está bien?

Con los ojos como platos dijo sin aliento —Pues no sé.

—Es que no tengo práctica en eso de besar heridas.

—Pues practica, practica que yo me dejo.

Él la cogió por la cintura girándola frente al sillón. —Apoya los brazos, así la veré mejor.

No pensaba discutiárselo y se agachó más que dispuesta. Increíblemente la vergüenza había desaparecido por completo. Se sentía sexy y deseada. Al sentir su lengua recorriendo su sexo lentamente cerró los ojos maravillada por el placer que recorrió su cuerpo de arriba abajo. Él metió una mano entre sus piernas y separó sus labios para lamerla de nuevo. —Me estoy desviando un poco, pero es para cubrir toda la zona.

Al sentir su aliento sobre ella gimió arqueando su cuello hacia atrás. —¡Dios!

Él acarició su muslo con la otra mano. —¿Sabes por qué no me gustan vírgenes, nena? Porque a mí me gusta follar. Con fuerza, apasionadamente. No soy romántico, no me van esas cosas. —Un dedo entró en ella y gritó de placer apretando los dedos sobre los reposabrazos. —Pero me acabo de dar cuenta de que tú eres igual, ¿no es cierto? Buscas esto.

—Sí, sí... —El dedo se deslizó en su interior prometiéndole maravillas y desesperada por más se inclinó hacia atrás metiéndoselo ella misma. Un suave mordisco en su nalga la volvió loca y gimió de necesidad.

—¿Necesitas más? Me sorprendes, preciosa. —Él se incorporó acariciando su espalda y cuando salió de ella Arietta protestó sin darse cuenta. —Ya voy...

Al sentir su sexo mojándose con el suyo se mareó de placer y entró en ella de un solo empujón robándole el aliento. Increíblemente no sintió dolor porque todo era absolutamente maravilloso. —Joder, como un guante. —Se deslizó en su interior. —No puedes ser tan perfecta, es imposible. —Entró en ella con ímpetu robándole el alma e inició una cadencia que la mantenía entre el placer y la tortura, mientras cada músculo de su cuerpo se iba tensando poco a poco hasta que fue insoportable. Gritó desesperada por más y Granger aceleró el ritmo con contundencia agarrando su cabello para elevarla. —¿Te gusta, nena? ¿Esto era lo que querías?

Ni era capaz de hablar y desesperada por tocarle llevó su brazo atrás para acariciar su nuca volviendo su rostro hacia él. Se miraron a los ojos mientras se deslizaba en su interior y él

atrapó sus labios entrando en su boca apasionadamente. Dejó de besarla y entró en ella de nuevo. Fue tan intenso tan inesperado que gritó mientras su ser volaba abrazándose al éxtasis.

Sintió como la cogía en brazos y la llevó hasta un sofá que había en una esquina. La tumbó sobre una manta y cuando fue capaz de abrir los ojos le vio desnudo frente a ella. —Te dije que soy apasionado, preciosa. ¿Crees que puedes con una segunda ronda?

—¿Es un reto? —Sonrió alargando los brazos. —Lo acepto.

—Tú lo has querido.

Capítulo 6

Se despertó entre sus brazos y suspiró sintiéndose algo dolorida entre las piernas, pero sonrió porque no había estado más a gusto en toda su vida.

—He estado pensando.

Acarició su torso. —¿Uhhh?

—No podemos pillar primero a Joe.

Levantó la vista hacia él. —¿Y eso?

—Porque el siguiente de la cadena estará advertido y será más precavido. Además, no sabes dónde está la casa. Era de noche cuando escapaste, estabas asustada y será difícil encontrarla. Hay que seguirlos después de la entrega.

—Entiendo, quieres hacer primero todo el seguimiento y recopilar pruebas.

—Exacto. Así no se escapará ninguno. ¿Ese dron tuyo hace videos de calidad?

—Como si los hicieras con un móvil.

—Hostia, ¿de veras?

—Cariño hay que ponerse al día...

—Con la mierda de presupuesto que tenemos, suerte que hay ordenadores.

—Pero hay un problema.

—La autonomía.

—Si llegamos a la nave donde se descargan las chicas, no sé si el dron podrá grabarlo todo. Tendré que traerlo de vuelta para cambiar la batería y puede que nos perdamos algo importante.

Él entrecerró los ojos. —A no ser que me enseñes a usar el otro y lo sustituya antes de que se acabe la batería.

—Podemos hacerlo. ¿Qué haremos luego con las pruebas?

—Como dijo tu padre las llamadas anónimas están a la orden del día y los sobres con las pruebas también. Un sobre a la fiscalía, otro al New York Times y solucionado.

—¿Al Times? —preguntó sorprendida.

—Por si no se toman su trabajo en serio.

—Entiendo.

—Así les cazarán a todos.

—¿Y si publican el video antes de que les pillen? Pueden escapar.

—Ningún periodista haría eso. Sobre todo el que tengo en mente. Antes se aseguraría de que les pillaran para no jugarse el cuello. Llamaría al FBI para presentarle las pruebas y les presionaría con la exclusiva.

—Si crees que es lo mejor. —Acarició su torso. —En este momento me da todo igual, solo quiero tocarte.

—Nena, que tus padres se han levantado hace una hora y seguro que ya saben que no estás en tu habitación. Además, debemos irnos.

Suspiró contra su pecho. —Durante estas horas me he sentido normal no como una fugitiva.

Él acarició su espalda. —En un par de meses habrá pasado todo. —La besó en la frente. —Vamos, tenemos mucho que hacer.

Asintió levantándose y fue hasta su ropa. Al pasar ante el cuadro lo miró sin darse cuenta y se detuvo en seco al ver sus ojos ocupando casi todo el lienzo. Eran enormes y hermosos. Mostraban deseo, ternura, pero estaban expectantes. Como si esperara una respuesta. Y eso que estaba sin acabar. Qué sin acabar, si casi ni había empezado. Se volvió hacia él que se estaba vistiendo ajeno a sus pensamientos. No se lo podía creer, con un talento así y persiguiendo criminales. —¿Cariño?

Él se agachó para coger su bota. —¿Sí, nena? —Como no contestó la miró y ella señaló el cuadro. —Lo acabaré a la vuelta, no pasa nada.

—¿Sabes lo que harás a la vuelta también?

—¿Qué?

—¡Dejar tu trabajo!

—Nena...

—¡No! Con este talento te dedicarás a lo que te gusta.

—Tengo que trabajar. Y ser agente también me gusta.

—Lo dices con la boca chica.

—Hay que pagar las facturas. ¿Sabes cuantos artistas hay en Nueva York? Y la mayoría se mueren de hambre.

—Trabajaré yo y cuando empieces a vender cuadros...

—¿De qué vas a trabajar? ¿En una hamburguesería? No tienes estudios, nena.

—Mi nueva identidad puede ser abogada.

—Claro, como eso no llama la atención. Y ni de coña vas a trabajar con criminales. Tú misma me dijiste que no estarías a gusto.

Entonces se le ocurrió una idea loca. —¿Y si les robamos?

—¿Qué?

—En esa casa hay mucho dinero. Vi un montón de fajos de billetes sobre el escritorio de Melissa.

—Estás loca, solo buscamos pruebas. Entrar allí es un suicidio.

—¡Ellos nos han robado nuestras vidas, ese dinero nos pertenece!

—¡Olvídalo! Cuando terminemos nuestra misión pensaremos qué hacer.

Arietta apretó los labios porque era evidente que en ese momento no cambiaría de opinión. —Muy bien, ya lo hablaremos.

—No vamos a hablar de nada. ¡Jamás volverás a entrar en esa casa! ¡Entonces sí que sabrían que has sido tú!

En eso tenía razón. Además, puede que cuando entrara el dinero no estuviera sobre la mesa. Seguro que lo guardaban en algún sitio.

—Nena, vístete.

Bufó cogiendo su ropa y desnuda fue hasta la puerta. —¿A dónde vas? —preguntó asombrado.

—A ducharme.

—Te van a ver tus padres.

—Uy... —Se puso la camiseta que le llegaba a las caderas y salió tan pancha. Su padre que estaba tomando café en la mesa se detuvo en seco al verla y ella sonrió roja como un tomate. —Buenos días...

Su madre estiró el cuello para verla y sonrió. —Buenos días, hija. ¿Has pasado buena noche?

—Buenísima.

En ese momento salió Granger y carraspeó algo incómodo. —Buenos días.

Su padre gruñó, pero ella se hizo la loca. —Me ducho y nos vamos.

—Perfecto —dijo su madre muy contenta.

Ambos fueron hacia las habitaciones y Granger susurró —Tu padre quiere matarme.

—Pues no sé por qué, ya sabía lo que íbamos a hacer.

—¿Cómo que lo sabía? —preguntó pasmado.

—Claro, se lo cuento todo. —Fue hasta el baño y abrió el grifo de la ducha sabiendo que la seguía.

—No esperarán que me case, ¿no?

Se quitó la camiseta. —Claro que no —mintió descaradamente—. Son muy modernos.

—Ayer hablaron de boda.

—Ya, era para tantearte.

—Yo no me caso.

Y dale. —Pues muy bien. —Se metió bajo el chorro y suspiró de gusto.

Él se la comió con los ojos viendo como su cabello se empapaba y se estiraba hasta llegarle casi a la mitad de los muslos. Al ver que algo de sangre de su virginidad manchaba el agua que caía a sus pies gruñó mirándola como si quisiera comérsela entera antes de quitarse la camiseta a toda prisa. Le miró sorprendida. —¿Te duchas conmigo?

—Voy a revisarte la herida.

Soltó una risita. —Cariño, nos están esperando.

—Seré muy breve.

Sentada en el coche que habían alquilado con un nombre falso, vio como su madre regresaba del baño y su padre salía de la cafetería con dos bolsas llenas de comida para llevar.

Granger sentado a su lado miraba el móvil que habían comprado. —Bien, hay un Holiday Inn a treinta kilómetros de tu casa. ¿Lo conoces?

Ella negó con la cabeza y sus padres se sentaron atrás. Granger se giró para mirar a su padre. —¿Conoces el Holiday Inn que hay al sur de Cownhill? —Miró el móvil. —Está cerca de Saint Paul.

—Sé del hotel que hablas, pero nunca he pasado por allí. —Su padre sacó una hamburguesa que le dio a su mujer.

—Así que no os conocen.

—Creo que no. Seguramente sus empleados vivirán en la ciudad.

—Perfecto. —Cogió la hamburguesa que le tendía y se la dio a Arietta que se sonrojó de gusto. Cómo la cuidaba, es que era perfecto.

Su madre sonrió. —Hija, el pelo moreno te sienta muy bien. Igual deberías cortártelo y teñírtelo para que no te reconozcan.

—Ni hablar —dijeron los hombres espantados.

—Pero si tiene que encubrir su identidad...

—Hasta Canadá puede usar esa peluca que me ha costado una pasta. Y allí será libre para llevar el pelo que le dé la gana —dijo Granger molesto.

Arietta reprimió la risa dando un mordisco. Era evidente que le encantaba su cabello. La noche anterior se lo había dejado muy claro. —No, mamá. Voy a renunciar a muchas cosas, pero a esto no.

—Bien dicho, nena. —Dio un mordisco a su hamburguesa y arrancó el motor.

—Cielo, come tranquilo. Llevas muchas horas conduciendo, por diez minutos más no va a pasar nada.

—Va a oscurecer en media hora. Quiero estar en tu casa a medianoche y antes hay que

pasar por el hotel. Hay que moverse.

Hizo una mueca porque era muy impaciente. Aunque eso ya le había quedado claro durante la noche. Se sonrojó de gusto recordándolo antes de gruñir porque esa noche no iba a pasar lo mismo. Mientras comía su hamburguesa vio como conducía y comía a la vez. Era evidente que ya lo había hecho antes. Le pasó la cola que le había dado su padre y él bebió de la pajita. —Gracias, nena.

Su madre sonrió a su padre que asintió como dándole el visto bueno. —Vete por la interestatal, no te metas por autopista.

—¿Y si alguno de los tuyos nos para?

—Mantén el límite de velocidad y no nos pararán —dijo con ironía.

—Sí cielo, ya nos hemos librado todo el camino con la velocidad que llevabas, pero si te paran aquí, puede que reconozcan a papá.

Él gruñó reduciendo la velocidad hasta llegar a un stop y a Arietta se le cortó el aliento al ver en un poste un cartel de desaparecida con su rostro.

—Joder, ¿hasta dónde llegasteis colocando carteles? —preguntó Granger.

—Hasta Saint Paul y alrededores —dijo su padre—. No había pensado en eso.

—Mierda, no pueden verte los del hotel, podrían reconocerte.

—¿Y si me quedo en el coche mientras cogéis las llaves de las habitaciones? Los cristales están tintados.

—Tendremos que arriesgarnos —dijo su madre—. En algún lugar tenemos que quedarnos.

—Ya son demasiados riesgos —dijo Granger por lo bajo.

Arietta acarició su muslo y él la miró a los ojos. —Todo irá bien.

—Estamos improvisando y eso no es buena idea.

—No me verá nadie entrar en la habitación. Si es necesario esperaré hasta que sea de noche. Con la peluca y agachando la cabeza nadie me reconocerá.

—Sí chico, relájate un poco que aún no ha llegado el verdadero peligro.

—Nena, encarga las baterías. Tienes la página de internet en segundo plano. Que te las envíen al hotel.

Ella cogió el móvil e hizo lo que le pidió. —Llegarán en dos días.

—Mierda.

—Mientras tanto buscaremos a Joe y hablaremos con Jenny. Y haremos un plan con el que te sientas a gusto.

Él asintió antes de encender la emisora que había insistido en llevar. —Busca la frecuencia del sheriff.

Giró las ruedas hasta la frecuencia que sabía desde niña y escucharon hablar a Timmy —Sí, otra vez. Estoy hasta los huevos del puñetero gato. ¡No pienso bajarlo del árbol, que lo ate con una correa, joder!

—La señora Morrison ha perdido a su gato otra vez —dijo Matthew exasperado—. Llama una vez a la semana como poco.

—Pues pégale un tiro al puñetero gato —dijo Granger incrédulo—. No puedo creer que os llamen para esas cosas.

—Hijo, eso no es nada. Una vez me llamaron porque no sabían apagar un horno.

Asombrado miró a Arietta que se encogió de hombros porque era algo que había oído desde niña. —Una vez le llamaron en Nochebuena porque no sabían rellenar el pavo. Habían perdido el número de teléfono de una tía abuela que lo hacía delicioso y le exigieron a mi padre que buscara su número en la base de datos, con eso te lo digo todo.

Pasmado miró por el retrovisor. —¿Y qué hiciste?

—Sacar una receta de internet y llevársela a su casa.

—No jodas.

—Hijo, esto es distinto a la gran ciudad. Aquí nos ayudamos los unos a los otros. Mi trabajo es así.

—Además su cargo depende de las elecciones —le explicó Arietta.

—Entiendo. Si hay muchas quejas...

—A mi casa con viento fresco.

—Increíble.

—He pasado por casa del sheriff —dijo una voz en la radio que no era la misma de antes —. No hay nadie.

—Mierda. ¿Qué hacemos? —preguntó Timmy.

—Esperaremos. Puede que hayan seguido una pista de Arietta o algo así.

—¿Sin avisar a nadie? Ni siquiera coge el móvil.

—No hay pistas de juego sucio, no podemos hacer nada.

—Tim, esto no me gusta. ¿Y si les ha pasado algo como a Arietta?

—Han desaparecido los tres de la faz de la tierra. ¿Qué hago? ¿Llamo al FBI? ¿Qué me van a decir? No hay pistas. Además sacaron su dinero de la cuenta voluntariamente.

—¡Igual iban a pagar el secuestro de su hija y se los han cargado!

—Joder, no digas eso. —Su madre se emocionó por su preocupación. Hubo un silencio.
—El jefe es listo, sabría qué hacer. Si se hubiera visto en peligro nos habría avisado.

—¿Y si llamamos al padre Thompson? Eran muy amigos, igual sabe algo.

—Bien, localízale. Comprobemos si le ha llamado o le ha visto.

Granger cogió su móvil y pulsó varias veces mirando la pantalla antes de ponérselo al

oído. —Jeff, te van a llamar de Cownhill. Los ayudantes del sheriff. Sí para saber si Matthew... —Entrecerró los ojos. —¿Cómo que ya te han llamado?

A Arietta se le cortó el aliento antes de girarse para mirar a su padre. —¿Cuándo ha sido eso? ¿Ayer? Bien, te llamaré en unos días.

Colgó el teléfono. —Esos tipos han conseguido el registro de llamadas de mi padre, ¿no es cierto?

—Sí. Y han visto la de Jeff y le han llamado para enterarse de si sabe algo. Jeff dijo que eran amigos desde hace muchos años, que le llamaba para consolarle por la desaparición de su hija. Pero desde hace unos días no sabe nada de él y está preocupado. Creía que eran los ayudantes del sheriff, así se habían identificado.

—Mierda —dijo su madre—. ¿Cómo pueden conseguir los registros de llamadas?

—Tienen contactos, mamá. Se relacionan con gente importante.

—Es evidente que han tirado del hilo hasta Joe para saber de dónde habías salido. Menos mal que tus padres están con nosotros. —La miró a los ojos. —Todo va según lo previsto. Saben que te has escapado y que has avisado a tus padres para que se larguen, así que es de suponer que sigues viva y estás con ellos. Ni se imaginarán que hemos vuelto al pueblo, pero habrá alguien por aquí vigilando, estoy seguro. Debéis estar atentos.

La situación había vuelto a tornarse muy seria y era hora de poner los pies en el suelo de nuevo. —De acuerdo.

Una hora después Granger y su futura suegra salían del edificio de la recepción con las llaves. Entraron en el coche y él dijo —Le he dicho que mi madre tiene miedo de pasar la noche sola, que si oye ruidos no pegará ojo. La chica ha comentado que no hay mucha gente alojada, que no debemos preocuparnos y nos ha dado habitaciones atrás donde de momento no hay

huéspedes. Así no se verá el coche desde la carretera y no tendremos que temer tanto que alguien os vea.

—Estupendo —dijo Matthew.

Granger arrancó el motor y giró el volante para rodear el largo edificio. Aparcó ante las habitaciones y efectivamente no había más coches aparcados allí. Deseando salir del coche abrió la puerta y se bajó llevándose la mano a los riñones. Si ella estaba así, Granger tenía que estar agotado. Fue hacia la parte de atrás donde él ya había abierto el portaequipajes. —Cielo, ¿y si descansas un poco? Nosotros hemos dormido de rato en rato, pero tú...

—Estoy bien. —La besó en la sien dándole después su mochila y la llave. —Entra.

Matthew le dio una palmada en el hombro. —Está acostumbrado a este tipo de cosas, ¿verdad?

—He estado en situaciones peores.

Cerró la puerta del portaequipajes y miró hacia las habitaciones que estaban en el piso de abajo. Perfectas para huir si era necesario. Caminaron hacia la diecisiete y sus padres fueron a la de al lado. Arietta metió la llave y la giró para ver una habitación muy limpia con cama de matrimonio. Aunque le parecía que no la iban a usar mucho. Dejó la mochila sobre una silla mientras él cerraba la puerta. Vio como revisaba la habitación y encendía la luz del baño para meter la cabeza. —Hay una ventana que debe dar a un respiradero.

Se acercó con el neceser en la mano y la miró. Era demasiado estrecha para él y levantó una ceja.

—Tú podrías salir.

—¿Y tú?

Sacó la pistola de dentro de la cazadora. —Yo saldré por delante.

—¿Eso tiene salida?

—Claro que sí para reparaciones y eso.

—La puerta estará cerrada para evitar robos.

—Probablemente, pero ahí estarás segura.

—Cielo, sería una ratonera si meten el brazo y me pegan cuatro tiros.

Él frunció el ceño. —Forzaré la puerta que da al exterior para que puedas salir si es necesario.

—Ni hablar, cuando tenga una de esas saldremos los dos por delante. Tenías que haberlas comprado en la ciudad.

—¿Acaso he tenido tiempo? Además, tu padre me ha dicho que en tu casa hay algunas. ¿Y no tenemos que ahorrar?

Puso los ojos en blanco antes de ir hacia la habitación y quitarse la camiseta. —¿Qué haces?

—Ducharme.

—Nena, tenemos que irnos.

—Por diez minutos no va a pasar nada.

Llamaron a la puerta y Granger sacó la pistola antes de ir hacia allí.

—Cielo, no sabe nadie que estamos aquí —susurró poniéndose la camiseta de nuevo.

—No está de más prevenir —contestó antes de abrir sin mostrar la habitación. Se tensó —. ¿Sí?

—Les traigo toallas.

Él le hizo un gesto para que se escondiera y se metió en el baño. —Gracias. —Las cogió con una mano sonriendo. —Es muy amable.

—¿Está acompañado? Si es así debe pasar por recepción para registrarse. Es una pesadez, pero la policía es un incordio con eso.

—Estaba hablando por el manos libres con mi novia.

—Oh, genial. Pues entonces nada. Que pase buena noche.

—Gracias de nuevo.

Él cerró la puerta y se quedaron en silencio escuchando como llamaba en la habitación de al lado. Escucharon la voz de su madre y suspiró del alivio saliendo del baño. Granger se quedó junto a la puerta y cuando se volvió dijo —Ya se ha ido.

—No es tonta. Seguro que hace eso a menudo para comprobar que los que se registran solos no se la están colando. O igual hay cámaras y nos ha visto salir del coche.

Él juró por lo bajo. —Debemos irnos.

—Cielo, no nos va a denunciar. Has pagado habitaciones dobles, ¿no?

—Sí.

—Pues...

Llamaron a la puerta y alguien dijo —Soy yo.

Granger abrió a su padre que entró de inmediato. —Esa nos ha pillado.

—Lo sé. Recoged que nos vamos. Encontraremos otro sitio.

—¿Y si vas a hablar con ella y le das una propina para que cierre la boca? Enséñale la placa y le dices que estás en una misión. Que no debe decirle nada a nadie sobre nosotros.

Granger miró a Arietta y esta asintió. —Es una idea estupenda, cielo. Aprovechemos que eres del FBI. Nadie te puede conectar con nosotros.

—Ahora sí, tu madre ha presentado su carnet de conducir para registrarse.

Juró por lo bajo cogiendo la mochila, pero pensándolo mejor la dejó de nuevo. —De todas maneras, ya estamos registrados en el ordenador del hotel. Ya no hay marcha atrás.

—La niña tiene razón. Ve a hablar con la recepcionista y le muestras la placa para cerrarle la boca. Dices que es una investigación sobre un asesino en serie y que llevas una

víctima que se libró por los pelos de ese psicópata. Les encantan las películas de asesinos en serie. Invéntate algo y cerrará la boca emocionada, porque cubriéndote colabora en la investigación. Adviértele que no debe decir nada a nadie por la seguridad de todos.

Granger asintió yendo hacia la puerta. —Nena si vas a ducharte hazlo deprisa.

—Vale.

—No abras a nadie.

Su padre salió con él y suspiró quitándose la camiseta de nuevo. Estaban algo paranoicos. Esa cerraba el pico como estaba mandado.

Capítulo 7

Estaba saliendo del baño haciéndose una trenza cuando Granger entró en la habitación y no traía precisamente buena cara. —¿Qué?

—Colaboraré.

—Pues no lo parece.

—Es que me ha dejado ver el registro y... —Sacó unos papeles de debajo de la cazadora y se los entregó. —Revisa las fotos a ver si reconoces a alguien.

—No fastidies, sería una casualidad enorme que estuvieran alojados aquí. —Cogió las fotocopias y al abrirlas vio las fotos de carnet que debía haber escaneado para los registros. Pasó la hoja de un hombre con pinta de comercial y se detuvo en seco sintiendo que se quedaba sin respiración al ver al tipo de los tatuajes que la había trasladado en el camión. Aquel salvaje estaba hospedado allí. Pálida levantó la vista hasta él. —Este. Se llama Greg.

—Al ver su rostro supe que era un delincuente. Mira si hay más. Le acompaña otro que no me gusta un pelo.

Nerviosa pasó la hoja y frenética pasó a la siguiente. —Nena, tómate tu tiempo.

—No, estos no me suenan. No estaban en la nave el día en que me llevaron allí.

Él asintió. —¿Qué puedes contarme de este tío?

—Es un sádico, no tiene piedad ni siente empatía por nadie. Este no teme matar y se burla de las chicas. Le gusta que sufran.

—¿Habló contigo?

—Fue quien me preguntó si era virgen. Le gusté por ser pelirroja. Gracias a él me llevaron al mausoleo. —Él asintió. —¿Crees que está aquí por mí? ¿Es quien me está buscando?

—Estamos cerca de la capital. ¿Y si las recoge allí?

—No hay un camión en el aparcamiento.

—Bien visto nena, pero la chica me ha dicho que son transportistas. Que vienen una vez cada mes más o menos.

—¿Cada mes? Se adelantan un poco, ¿no?

—Ha dicho más o menos. Te secuestraron el tres de marzo y fueron dos días de viaje. Estuviste en el mausoleo quince días antes de la subasta y que te escaparas. Más estos cuatro días... Ese llegó esta mañana con otro tipo.

—Tres semanas. Tendrían que estar aquí sobre el tres de abril, se han adelantado siete días. Me están buscando.

—O buscan a Joe para dar contigo.

—Joe no iba solo. Había más.

—Que no conocías. —Ella negó con la cabeza. —Joe te eligió. Si saben que tus padres han desaparecido, él es quien tiene que darles las pistas para encontrarte.

Palideció. —Jenny.

—Ponte la peluca que nos vamos. Voy a avisar a tus padres.

Se recogió la trenza para ponerse la peluca y cogió la cazadora. Preocupada por su amiga fue hasta la puerta y apagó la luz antes de salir. Sus padres salían en ese momento y por sus caras era evidente que ya lo sabían. Su padre la cogió por la cintura para escoltarla hasta el coche. Se metió a toda prisa y cuando se subieron ellos dijo —Primero vamos a casa. Necesitamos las armas.

Granger arrancó el coche, pero antes de salir abrió la guantera para sacar una de las hojas de los partes de accidentes. —¿Qué haces?

Cortó dos trocitos y salió del vehículo. Vio como lo metía en la parte de abajo entre el marco y la puerta. —¿Qué hace?

—Es para saber si alguien ha entrado en las habitaciones cuando no estamos.

Regresó al coche y dio marcha atrás. Rodearon el edificio y se detuvo ante la recepción. —Esperad aquí. Tarde lo que tarde no os mováis.

—No te preocupes —dijo Matthew. Cuando se fue su padre suspiró—. Va a averiguar qué coche llevan.

Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor aliviada porque los cristales fueran tintados. Entonces llegó un coche rojo al aparcamiento y se quedó paralizada viendo como los dos tipos que iban con Joe aquella noche pasaban ante ellos. Sin dejar de mirar sus rostros volvió a revivir aquel momento, todo el miedo, la incredulidad y el dolor... Se puso a temblar sin darse cuenta y su madre viendo su perfil preguntó —¿Hija?

—Ellos...

Su padre alargó la mano y cogió la suya. —Hija mírame. —Con los ojos llenos de lágrimas se giró. —Estamos aquí. No estás sola y no te van a coger desprevenida. Esta vez no. Esos cabrones van a pagar.

Vio como su madre no les quitaba ojo y estiró el cuello para ver que detenían el coche ante una habitación. Se abrió la puerta antes de que se bajaran y allí estaba Greg. Ese cerdo les dijo algo y se bajaron del vehículo para entrar en la habitación. Cuando se abrió la puerta de su coche se sobresaltó y pálida miró a Granger que se sentó a su lado. —¿Qué pasa, nena?

—Están aquí. Los que acompañaban a Joe esa noche están aquí —dijo reflejando el miedo en su voz.

—El Honda rojo —añadió su padre.

Él miró por el retrovisor y apretó las mandíbulas. —¿Joe está con ellos?

—No —dijo su madre—. Y el de los tatuajes que describió la niña está en la habitación.

—Su vehículo es la ranchera azul. —Arrancó el motor. —Bien nena, jamás se imaginarían que estamos aquí. La chica no dirá nada, les tiene miedo. Para justificar mis preguntas, le dije que al ver sus fotos me puse alerta y encantada me enseñó las imágenes de su llegada porque está deseando que no vuelvan más por aquí. Dice que la miran de una manera que le pone los pelos de punta. Le he dicho que si ve algo raro que me llame al móvil y que se mantenga alejada de ellos mientras averiguo si tienen antecedentes.

—¿Y qué le vas a decir?

—Ya pensaré en algo para que se mantenga a distancia, pero no sienta pánico cuando les vea.

—Dile que está metido en carreras ilegales y seguro que alguna cosa más. Déjalo en el aire. Es un delito que la gente no teme tanto y eso la mantendrá a distancia porque no le gusta su mirada. Debe ser un delincuente, pero no se lo pintemos muy feo para que no salga corriendo cada vez que le vea —dijo su padre.

Él asintió. —Me gusta. —Miró a Arietta de reojo y la cogió de la mano. —¿Cómo estás, nena?

—No sé —dijo algo más calmada por haberlos dejado atrás.

—No te tocarán, te lo juro por mis muertos.

—En este momento no sé si estamos haciendo lo correcto. —Se pasó la mano por los ojos. —Estaba tan segura...

—Eso es porque les has tenido cerca, pero si quieres nos vamos, preciosa.

—¡No! ¡Tengo que poner a Jenny a salvo!

Preocupado aparcó en el arcén. —Arietta tranquila... —Se abrazó a él sin poder evitarlo

y Granger se dio cuenta de que estaba temblando. Preocupado miró a sus padres, Martha retenía las lágrimas a duras penas. —Pondremos a salvo a tu amiga, no te preocupes.

—Tienen que pagar. —Sollozó sobre su hombro. —Tienen que pagar todos.

Él apretó las mandíbulas. —Y pagarán, te lo juro. Gracias a ti pasarán sus vidas en prisión. —Se apartó para mirar su rostro y acarició sus mejillas para borrar sus lágrimas. —Pero ahora tienes que pensar con frialdad, nena. Los nervios nos hacen cometer errores. —Asintió sabiendo que tenía razón. —Todo va perfecto. Hemos tenido suerte, ya hemos encontrado a los transportistas. Ahora solo tenemos que seguirles y gracias a los drones ni tendremos que acercarnos a ellos. —La besó suavemente en los labios. —Vamos a tu casa a buscar lo que necesitamos. Después iremos a casa de Jenny.

—Sí, debo hablar con ella.

Él la miró asegurándose de que estaba bien y salió a la carretera. Su padre le iba indicando. —Evitemos pasar por el pueblo para que no vean el coche. Te llevo al campo trasero de la casa. Así no nos verá nadie.

—¿Allí están las colmenas?

Arietta respondió —Ese prado está dividido por un camino de tierra que lleva a una granja. Las abejas están al otro lado del camino. Cuando empecé a comprar más colmenas, mamá no las quería tan cerca de la casa. Entre los dos prados hay diez mil metros, pero las abejas no están tan lejos. Están a dos kilómetros.

—¿Todo es vuestro?

—Mi padre nos las regaló cuando nos casamos para que hiciéramos la casa. Pensamos en explotar las tierras, pero hicieron sheriff a mi marido, así que como tenía demasiado trabajo abandonamos la idea. Pero la niña ha sabido sacarles partido. Desde que las tiene hemos terminado de pagar la casa, la volvimos a pintar hace dos años, se paga la carrera y nos hace unos regalos de navidad que son la envidia de las vecinas.

Eso la hizo sonreír recordando el cortacésped automático que le había comprado a su padre el último año.

—Nena, ¿se puede vivir de eso? —preguntó sorprendido.

—Si tuviera dos mil colmenas viviríamos como reyes.

La miró sin salir de su asombro. —¿De veras?

—Ya te enseñaré, cielo.

Él sonrió. —No te das por vencida.

—No.

—Cuando sientas que flaqueas, recuérdalo, preciosa. Tú no te das por vencida. Vas a por lo que quieres.

—Esa es mi niña.

Respiró hondo mirando la carretera y asintió. —Y lo vamos a conseguir.

—Eso es. —Cogió su mano dándole seguridad. —Vamos a acabar con ellos y conseguirás esa vida que quieres.

Después de ocultar el coche tras unos árboles, recorrieron el prado hasta acercarse a la parte trasera de la casa. Agachados tras el seto que delimitaba el jardín observaron la vivienda. Por supuesto las luces estaban apagadas y no se veía movimiento, aparentemente.

Se iba a levantar, pero su padre la agarró por el brazo deteniéndola. —En la terraza hay una maceta en el suelo.

—Y han pisado mis rosas —dijo su madre indignada.

—Igual han sido tus ayudantes al intentar averiguar si estabais en la casa. —Granger miró a su alrededor. —Por si os había pasado algo.

—Sí, seguro que Jim ha entrado en la casa. Y debajo de esa maceta precisamente estaba la llave de repuesto.

—¿De verdad hacéis eso?

—Cuando tengas una hija que se olvida la llave día sí y día también lo entenderás.

Él miró a Arietta que hizo una mueca. —Con todo lo que recuerdo no sé por qué siempre se me olvidan.

Sonrió mirando hacia la casa de nuevo. —Dudo que esos tipos se hayan atrevido a entrar. No hay movimiento. Entraré yo primero y comprobaré si hay alguien vigilando ante la casa.

—No, iré yo que puedo caminar por mi casa hasta con los ojos cerrados. Soy la más ágil de los tres. Dame la pistola.

—Nena...

—No es momento de discutir, ¿de acuerdo? Dame la pistola.

Él apretó los labios dándole la pistola que ya tenía en la mano. —Ten cuidado.

—Tranquilo, tengo una puntería buenísima.

—Hija, agachada.

Asintió y agachada llegó hasta la verja trasera. La abrió lentamente sabiendo que si no chirriaba y no la cerró para que ellos pasaran después. Sin levantarse corrió hasta la casa escondiéndose tras las plantas de su madre y cuando llegó a la puerta giró el pomo para comprobar que la habían dejado cerrada. El ayudante de su padre se había llevado la llave para evitar robos. Juró por lo bajo mirando hacia ellos, pensando que debía haberle pedido las llaves a su madre. Esta forzó una sonrisa levantándolas en su mano. Bufó y se metió la pistola en la cinturilla del pantalón yendo hacia la celosía cubierta de una hermosa enredadera que llegaba a su habitación. Empezó a subir con agilidad y su padre chasqueó la lengua. —Te dije que ese chisme era una tentación para que la niña se escapara de picos pardos.

Su madre hizo una mueca. —Si no nos podía haber salido mejor. Mírala. Fuerte, valiente y no la hay más responsable. Y menudo novio se ha buscado. —Ambos miraron hacia él que no le quitaba ojo. —Vaya nietos más guapos que vamos a tener.

Matthew sonrió y Granger dijo por lo bajo —No corráis tanto.

—Eres agente del FBI, estás entrenado para rendir a tope bajo presión —dijo Matthew.

Arietta llegó a su ventana y dio un golpe en el marco antes de levantarla sin esfuerzo. —Anda, para que luego cierre uno la casa a cal y canto.

Entró en la casa y miró a su alrededor. Casi todo estaba como ella lo había dejado. Sus libros estaban sobre su escritorio y la cama hecha con el cubrecamas como ella lo colocaba. Solo había algo distinto al día en que estuvo allí por última vez y era la ropa planchada que su madre le había colocado sobre la silla de al lado del armario, como siempre que hacía la colada. Caminó hacia la puerta y la abrió lentamente para escuchar. Nada, todo estaba tranquilo. Salió al pasillo y caminó hacia la escalera bajando los primeros escalones. Estiró el cuello para mirar hacia el salón que estaba vacío y bajó los siguientes para mirar la cocina. Despejado. Se acercó a la ventana de la cocina que era la que mejor vista de la calle tenía y apartó una esquina para mirar fuera. Todo estaba como siempre. El vecino de enfrente tenía su coche aparcado ante el garaje, pero no había más coches. Corrió hasta la puerta trasera y la abrió haciéndoles un gesto para que se acercaran. Sin perder el tiempo fue hasta el cajón de la cocina y cogió la linterna, abrió la puerta que iba al sótano y la encendió antes de bajar los escalones a toda prisa. Fue hasta la estantería donde estaban las maletas y cogió una bolsa grande antes de ir hacia sus drones que estaban colocados sobre una mesa. Metió el pequeño en la bolsa y después el grande con los mandos. Agarró dos cables USB y los guardó también. Necesitaba su portátil. Cogió dos hélices que tenía de repuesto y miró a su alrededor por si le faltaba algo. Granger bajó los escalones. —¿Los tienes?

—Voy a por unas memorias externas y a por el portátil. Coge las armas.

—¿Dónde las tenéis?

Señaló el armero que había en una esquina y él lo abrió quedándose con la boca abierta.

—¿Qué? A papá le gusta la caza.

—Hostia, ¿y la practica con metralleta? —Sacó una ametralladora pequeña.

—Esa se la regaló un vecino cuando murió su mujer. Era suya y no sabía qué hacer con ella.

Su padre bajó los escalones. —Hija, ¿dónde está tu pasaporte?

—Voy a por él. —Le entregó su pistola y cogió una caja que había en la estantería del armero. —Esta es mía. —Abrió la caja mostrando un revólver. Le guiñó un ojo por su cara de sorpresa. —Regalo de cumpleaños.

—Me encanta este país —dijo cogiendo dos pistolas colgadas de unos ganchos.

—También te gustará Canadá. —Le dio un beso antes de correr hacia la escalera.

—Eso nena, no te des por vencida.

Subió como una exhalación y regresó a su habitación cogiendo el portátil y el cargador. También abrió el tocador para coger el pasaporte que había usado solo una vez, cuando se había graduado para el viaje de fin de curso que habían hecho a México. También cogió sus joyas por si necesitaban venderlas y fue hasta la estantería para coger el libro donde tenía su dinero para emergencias. Seis mil dólares. Lo metió todo en una mochila, abrió su armario y metió ropa porque ni bragas tenía. Agarró otras zapatillas de deporte y dejó la habitación igual que la había encontrado por si Jim pasaba por allí. Salió de la habitación bajando las escaleras de nuevo y ya estaban todos allí con las bolsas. —¿Lo tenéis todo?

—Sí. No sé si tendremos bastante munición —dijo Granger con dos bolsas en la mano.

—La compraremos. Salid, tengo que cerrar la casa para que no se den cuenta de que hemos estado aquí. —Le dio su bolsa a su padre.

Los tres salieron y entonces por la luz de la luna vio que algo brillaba en el suelo. Se agachó y juró por lo bajo al ver que era una huella de barro. Granger debió oírla porque asomó la cabeza. —¿Qué pasa?

—Hemos dejado huellas. Hemos pisado la tierra húmeda.

—Mierda. Déjalo, igual piensan que fueron ellos.

Apretó los labios. —Dame cinco minutos.

—Nena... La casa estará cerrada por dentro.

—Es un cabo suelto. Debemos ser minuciosos. ¿Qué habías dicho de los errores?

Él dejó la bolsa y se quitó una de sus deportivas. —Te ayudo.

Arietta también se descalzó y corriendo fue al fregadero para coger unos paños. Mientras Granger limpiaba la cocina ella corrió hasta el sótano donde la linterna estaba encendida sobre la mesa de los drones. Puso los ojos en blanco antes de pasar el paño por el suelo. Cerró la puerta y Granger ya había terminado. —El resto lo limpiaré de la que subo. Voy a cerrar abajo.

—Está bien. No tardes.

Después de cerrar la puerta subió lo más rápido que pudo y al mirar en la habitación de su madre juró por lo bajo porque aquello era un desastre. Tardó un rato en limpiarlo todo y cuando regresó a su habitación limpió el suelo de rodillas de la que iba hacia la ventana. Entonces al lado de la silla del escritorio vio algo y alargó la mano para cogerlo. Parecía un papel. De rodillas ante la ventana lo abrió y se le cortó el aliento al ver que era un recibo de gasolina de Las Vegas. Se le pusieron los pelos de punta. Habían estado en la casa y se les había caído cuando habían sacado algo del bolsillo. Se lo guardó a toda prisa y llevándose el paño con ella salió por la ventana. No podía volver a cerrarla con el pestillo, pero no se darían cuenta. Bajó por la celosía y se puso las deportivas antes de correr agachada escondiéndose entre las plantas. Al llegar al seto allí la esperaba Granger. —¿Todo bien?

—Han estado dentro. —Le entregó el recibo. —Echaron gasolina en Las Vegas.

—Joder... Vamos nena, esto no es seguro.

Cogieron las bolsas y corrieron campo a través. Cuando llegaron al coche las metieron en el portaequipajes y se subieron lo más aprisa que pudieron. —Estuvieron en casa, papá.

—¿Cómo lo sabes?

Granger le pasó el recibo. Su padre siseó —Leche, no veo ni torta.

—¿No has cogido las gafas? —preguntó su madre como si fuera un desastre.

—Pues no Martha, no he cogido las gafas. Estaba más preocupado en coger los pasaportes y asegurarme de que se cogían todas las armas que pudiéramos llevarnos.

—Pues sin gafas mal vas a disparar.

Arietta no pudo evitarlo y rio por lo bajo antes de mirar a Granger que también sonreía. —¿Seremos así? —preguntó ella.

—Ya somos así.

—Cierto, vamos a ser muy felices.

La miró como si le perteneciera y le dio un vuelco al corazón. Tenían que salir de esa porque deseaba más que nada compartir su vida con él. —Decidme dónde está la casa de Jenny —dijo antes de arrancar.

—Ahí iré yo sola.

—Ni hablar.

—Cielo, es lo mejor. Somos muchos y sus padres están dentro.

—Hijo, tiene razón. Entrará y saldrá sin que nadie se dé cuenta —dijo su madre.

Gruñó como si eso no le gustara un pelo y la miró a los ojos. —¿Estás segura?

—Es lo mejor.

Abrió la puerta del coche y la miró asombrado. —¿A dónde vas?

—Está dos casas calle abajo. No os mováis de aquí y no os asustéis si tardo. —Cerró y echó a correr por el prado de nuevo. Saltó la valla del señor Potter y a punto estuvo de pisar a su perro, pero este acostumbrado a esos saltos ni se inmutó. Saltó la otra valla y se acercó a la celosía subiendo con agilidad como había hecho mil veces en el pasado. Esperaba que no se asustara demasiado. Para llegar a su habitación tenía que subirse al tejado del porche y se acercó a la ventana procurando no hacer ruido. Levantó la cabeza lentamente y entonces vio los ojos de su amiga ante ella. Se sobresaltó al igual que ella, pero afortunadamente no gritó. Abrió la ventana de inmediato y entró lo más aprisa que pudo para abrazarla con fuerza.

—Estás bien —dijo Jenny emocionada.

—Sí, afortunadamente estoy bien. —Se apartó para mirarla. —¿Y tú?

—Estaba muy asustada. No sabía qué te había ocurrido y... —Jenny sollozó. —Pero estás bien. —La fulminó con la mirada. —Y no me has llamado.

La cogió por los brazos y la sentó en la cama. —No hables alto, se enterarán tus padres.

—Y no pueden enterarse.

—Nadie puede enterarse de que he estado aquí, ¿de acuerdo?

Su amiga asintió. —De acuerdo.

—Estoy segura de que tienes millones de preguntas, pero no tengo tiempo. Solo he venido a avisarte.

—¿Avisarme?

—Joe Milton, ese cabrón me secuestró y me vendió a una red de trata de blancas.

Jenny dejó caer la mandíbula del asombro. —Me estás metiendo una trola.

—Te juro que no. Me escapé y no estoy a salvo. Quieren encontrarme porque he visto demasiado. Por eso se han ido mis padres.

—Quieren vuestra cabeza. —Jadeó llevándose la mano al cuello. —¿Y yo? Todo el

mundo sabe que soy tu mejor amiga.

Apretó los labios. —Por eso he venido a avisarte. No te fíes de Joe, mantente armada y si ves que alguien entra en casa tú líate a tiros.

—Yo me piro contigo.

Parpadeó porque eso no se lo esperaba. —¿Y tus padres?

—Espera, que les aviso.

—Jenny, no podemos irnos todos.

La miró decepcionada. —¿Por qué?

—Nos vamos del país después de hacer algunas cosillas.

—¿Del país? —preguntó horrorizada—. ¿No te veré más?

—Amiga, que nos jugamos el cuello.

—Y al parecer yo también. Y mis padres, porque vivo con ellos. Yo me largo contigo.

—¿Perderás toda tu vida?

—¿Qué vida? Ese trabajo en la consulta del doctor Farrell está muy mal pagado y desde que te has ido hasta estoy deseando ir al gimnasio, te lo juro.

Sonrió. —¿Y por qué no vas?

—Porque no es tan divertido sin ti. —Sollozó y se abrazaron. —Eres como una hermana no puedes dejarme aquí.

Le rompía el corazón.

—Además, he visto a Joe tres veces desde que pongo los carteles. Me ha preguntado por ti.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices? ¿Cuándo?

—La última vez esta mañana. Estaba reponiendo uno de los carteles de la cafetería de las

afueras del pueblo y cuando me volví allí estaba. Me preguntó si no se sabía nada y le dije que no. Pero que tenía que ser algo gordo para que tus padres hubieran desaparecido también. Él me dijo que seguramente habían ido a pagar un rescate y habían muerto en la entrega. Me puse a llorar, no pude evitarlo. Dijo que no contara con que volvierais porque seguramente estaríais muertos.

—Entonces piensa que no sabes nada. —Suspiró del alivio. —Jenny estás a salvo.

—Me da igual, yo me voy contigo.

Entonces la puerta se abrió y Lucy Preston asomó la cabeza. —Hija, ¿otra noche que no puedes dor...? —Al verla agachada ante su hija dejó caer la mandíbula del asombro. —Santa madre de Dios.

—Shussss... —Corrió hasta ella y la cogió para meterla en la habitación cerrando la puerta. —No he estado aquí.

—Claro que sí, te estoy viendo. ¿Y tus padres? ¿Están contigo?

—Sí, pero...

—Mamá, les persiguen unos mafiosos de esos que raptan chicas.

La mujer se llevó la mano al pecho de la impresión. —Sabía que había pasado algo gordo.

—Han venido a avisarme porque estoy en peligro.

Su madre perdió todo el color de la cara y Arietta negó con la cabeza. —No está en peligro.

—Has venido hasta aquí arriesgando tu vida porque pensabas que sí.

—Pero ahora sé que no.

—¿Y si Joe cambia de opinión y me rebana el cuello? ¿O me viola para sacarme información? —La miró con los ojos como platos. —¿O me secuestra como hizo contigo y me

llevan a un prostíbulo de esos donde me sobarían vejetes de más de cincuenta?

Su madre horrorizada dijo —¿Joe? ¿Joe Milton? Dios mío, voy a avisar a Tom.

—No, que... —Antes de impedirlo ya había salido de la habitación y al volverse vio la sonrisa de su amiga. —¿Sabes dónde te estás metiendo?

—En un lío de primera, pero lo haré contigo. Juntas hasta la muerte, ¿recuerdas?

—Pues te estás acercando mucho a ese momento.

—Me da igual.

Se acercó a ella. —¿No ves que les estás poniendo en peligro?

—Ya estábamos en peligro y no nos puedes garantizar que hayan descartado que no sepamos nada.

En eso tenía razón. —Mierda. Granger se va a poner de muy buen humor.

—¿Granger?

Soltó una risita. —No te vas a creer esto, pero...

Los padres de su amiga llegaron corriendo. Tom se puso las gafas y todo como si no se creyera lo que estaba viendo. —Estás aquí...

—Papá, tenemos un problema gordísimo. Menos mal que mi amiga ha venido a avisarnos, que a punto has estado de quedarte sin hija.

Capítulo 8

Entró en el coche y suspiró.

—¿Todo bien? —preguntó Granger arrancando el motor—. ¿Lo ha entendido?

—Bueno...

—¿Se lo has explicado todo?

—Casi todo.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó su madre interesadísima.

—Bueno...

—Nena, no nos enteramos. ¿La has prevenido?

—Sí.

—Le has dicho que no abra la boca.

—Jenny no va a decir ni mu. Ni sus padres.

—¿Se lo has dicho a sus padres? —preguntó espantado.

—Pues...

—Genial, nena. En nada lo sabrá medio pueblo.

—No lo creo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque se vienen con nosotros. Están haciendo las maletas. Nos veremos en el hotel.

Granger frenó en seco. —¿Qué has dicho?

Forzó una sonrisa. —Jenny no se quería quedar.

—Lo sabía —dijo su madre—. No hace nada sin mi hija. Y ha convencido a sus padres, claro.

—Es que las palabras secuestro y trata de blancas acojonan a cualquiera —dijo su marido—. ¿No, cielo?

—Sí, ha sido algo así. Al saber que su hija podía estar en peligro han corrido a la habitación a hacer las maletas.

—Claro, Tom ya está jubilado y su mujer odia vivir en el pueblo. Les ha sobrado tiempo para decidirse.

Forzó aún más la sonrisa al ver la cara de Granger, que era obvio que quería soltar cuatro gritos. —No he podido impedirlo.

—¿Y si llaman a alguien?

—Ah, no. Les he dado las pautas. Dejarán los teléfonos en la casa y no hablarán con nadie de esto. Solo traerán los pasaportes, nada de tarjetas de crédito. No han venido ahora porque su padre irá a primera hora al banco a sacar sus ahorros como hizo papá. Solo dinero y pasaportes, nada más. Y más adelante cuando todo se haya calmado venderán la casa como papá dijo a través de un poder y con cuenta en las Caimán.

—¿Y el coche? Su coche se puede localizar por la matrícula.

—Eso es fácil.

—Tom trabajaba en un taller —dijo su padre—. Seguro que tiene algunas matrículas por allí para sustituir la suya. Incluso puede que haya algún coche en el taller. Antes compraba clásicos y los arreglaba. Igual no están ni a su nombre.

—Están a nombre de la empresa, papá —dijo ella porque ya lo habían hablado—. Y la

empresa ya está cerrada por jubilación. Cogerá un Ford que tiene desde hace unos años y le pondrá otra matrícula de un antiguo coche del sheriff para evitar problemas.

—¿Coche del sheriff? —preguntó su padre asombrado—. ¿Le quitó la matrícula a los coches que le enviamos para que los llevara a desguazar?

—Al parecer sí.

—Perfecto —dijo su madre encantada—. Oh, que ganas tengo de ver a Lucy. ¡Y nos vamos todos juntos!

—Sí, como si fueran unas vacaciones—dijo Granger con ironía.

Arietta suspiró. —Tranquilo. Quieren a su hija más que a nada, sabrán mantener la boca cerrada.

—¿Y si les ven en el hotel? ¿Y si Joe va por allí a ver al de los tatuajes?

—No saldrán de la habitación hasta que nos vayamos.

—Más nos vale.

Sí, más les valía porque todo aquello se estaba liando un montón.

Granger alargó la mano sobre la cama y al no sentirla se sentó de golpe para verla sentada ante la mesa con uno de los paneles de control de los drones en la mano. —¿Qué haces?

—Uno ha salido a por café. El moreno de los carnets que no conozco. Ha vuelto con una bolsa de papel.

Juró por lo bajo mirando su reloj. —¿La nueve de la mañana? Nena no has dormido nada. Nos acabamos de acostar después de preparar los drones.

—No podía dormir, estoy preocupada.

—Arietta estás gastando batería. Esos no salen hasta las once por lo menos. —En ese

momento sonó el teléfono de la habitación y Granger lo cogió a toda prisa. —¿Sí?

Ella hizo volver al dron y concentrada le llevó hasta la puerta de la habitación. En cuanto aterrizó se levantó para ir a por él.

—¿No me digas?

Lo cogió y mirándole cerró.

—Gracias, Tisa. —Colgó el teléfono. —La acaban de llamar para decir que se van hoy, que les prepare la cuenta.

—Mierda, no han llegado las baterías.

—Pues tenemos que seguirles. Que se quede tu madre y nosotros tres nos vamos tras ellos. Después nos seguirá.

—De acuerdo, voy a hablar con ella.

Al regresar vio que ya se había vestido y recogía los drones. —Nena hay que darse prisa para estar en la carretera cuando salgan.

Recogió sus cosas en tiempo récord. Cerrando la mochila le miró de reojo. —Granger...

—¿Sí, preciosa? —preguntó distraído.

—Por si pasa algo, quiero que sepas...

—No pasará nada, no lo permitiré. Si lo veo feo, llamamos a la policía.

—Bueno, pero por si acaso quiero que sepas que estoy enamorada de ti. —Se le cortó el aliento y la miró haciendo que forzara una sonrisa. —Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi, porque siento en mi corazón que no puedo perderte. Eso es amor, ¿no? —Él asintió y Arietta sonrió radiante. —Así que no hagas nada que pueda provocar tu muerte o que desaparezcas de mi vida. No vayas de valiente y cosas así, ¿de acuerdo?

Volvió a asentir y Arietta suspiró del alivio. —Que bien me siento ahora, como si me hubiera quitado un peso de encima. Tenía que habértelo dicho el día en que te conocí y asunto

arreglado. —Cogió su mochila. —Ya estoy lista. —Fue hasta la puerta.

—Nena...—Le miró sobre su hombro. —No hagas nada que pueda provocar tu muerte o que desaparezcas de mi vida.

Emocionada porque era casi como si le dijera que la quería negó con la cabeza. —No lo haré.

—Bien. —Siguió recogiendo sus cosas como si nada.

—Cielo, cuando quieras puedes decir que te importo, o que me quieres o algo por el estilo, no me lo tomaré a mal, ¿sabes?

—Joder, que acabamos de conocernos.

—Al menos ahora no dices eso de que soy la víctima —dijo divertida.

—Muy graciosa.

Le lanzó un beso antes de abrir la puerta y cuando algo estalló a su lado miró asombrada el marco donde había un agujero enorme.

Granger la agarró de la muñeca metiéndola en la habitación y cerró de un portazo antes de sacar su arma. —Nena, te han disparado.

—¿Qué?

La ventana estalló y los cristales empujaron con fuerza la cortina cerrada. Gritó agachándose. Granger gritó —¡Saca el dron por el respiradero! ¡No tiene techo!

Corrió hacia el baño y abrió la bolsa sacando el pequeño. Fue hasta la ventana y la abrió hacia arriba, pero no se tenía así que empujó con fuerza rompiendo las bisagras. La tiró a un lado y agarró el panel de control encendiendo el aparato. Lo elevó a toda prisa y lo llevó hasta la ventana solo guiándose por la imagen. Cuando entró en el respiradero lo subió hasta que llegó arriba. La imagen del tejado la confundió, pero al ver la carretera general volvió el aparato para ver quien les atacaba. Al ver a Joe solo detrás de su camioneta se quedó sin aliento. Estaba loco.

Vio cómo se incorporaba para sacar el brazo y apuntar hacia el hotel. —¡Disparo!

Granger se cubrió tras la pared mientras ese idiota disparaba a la ventana de nuevo. —¡Es solo Joe! ¡Tras una camioneta amarilla! ¡Está justo en frente! —Entrecerró los ojos y se escucharon disparos en la habitación de al lado. —Mierda. —Bajó el dron a toda prisa hasta colocarse tras él a cierta altura y gritó —Voy a distraerle. ¡Atento! —Bajó aún más el dron poniéndose a su espalda y empujó la palanca para que le diera en la cabeza justo cuando se levantaba. La imagen se movió de un lado a otro. —¡Ya!

Granger salió mientras ella veía como el dron ya en el suelo mostraba una mano. Frunció el ceño. —Sí, está en el suelo. —Elevó la palanca para que despegara y la imagen mostró la sangre. Pálida ajustó la imagen, Joe estaba en el suelo con un corte en la nuca. —Leche. ¿Otra vez? ¡Si no le he hecho nada! —Entonces vio como Granger se agachaba a su lado para tocarle la carótida y miró al dron antes de señalarle con el pulgar hacia arriba. No hacía falta que se lo dijera dos veces, elevó el dron y lo metió en la habitación por la puerta. En cuanto lo aterrizó lo metió en la bolsa ignorando la sangre de las hélices y la cerró corriendo hacia el coche. — ¡Vamos, vamos! —gritó Granger haciendo que sus padres salieran apurados. Metieron sus cosas en la parte de atrás y entonces varias personas asomaron la cabeza desde la esquina del edificio, entre ellas el tatuado. Ella que iba a entrar en el coche escuchó —¡Eh!

Por instinto miró hacia allí y vio como el tipo la reconocía abriendo los ojos exageradamente. Él reaccionó llevándose una mano a la espalda y gritó —¡No os mováis!

Granger disparó. —¡Métete en el coche!

Lo hizo, pero el tipo no se intimidó elevando el brazo para disparar varias veces mientras se acercaba. Ella agachada en el asiento gritó cuando el cristal de la ventanilla reventó por un impacto. Y de repente no se escucharon más que gritos y Granger se sentó a su lado. —Uno menos. Nena, vamos a tener que cambiar el plan.

—Sí, sí —dijo asustadísima mientras él salía quemando yanta.

Salió a la carretera derrapando al girar el volante y su madre sollozó. —Dios mío, casi nos matan.

—¡Es que esto es muy serio, señora! ¡Esto es la hostia de serio como para andar jugando!

—Sal de la carretera, nos verá la policía. Ve hacia la frontera con Canadá —dijo Matthew—. Debemos ponernos a salvo.

Después de girar por un camino de tierra él miró por el espejo retrovisor. —Matthew nos sigue un coche rojo. Nena, ¿es el que te acosó en la autopista?

Miró hacia atrás y asintió. —Sí, son ellos.

—Estupendo, pues hay que deshacerse de él. Ahora no es momento de ponerse nerviosa, nena. Saca tu arma y dispara.

Respiró hondo sabiendo que era una lección por haberles metido en esa situación y puede que se lo mereciera. Sacó la pistola de la cinturilla del pantalón y quitó el seguro girándose para ponerse de rodillas sobre el asiento. Iba a tener que sacar medio cuerpo porque era diestra, pero era lo que había. Rompió el resto de los cristales de la ventanilla y Granger gritó —¿Lista?

—¡Sí!

Giró el volante hasta quedarse frente al coche y ella sujetándose en la agarradera del techo sacó el brazo disparando a la luna delantera varias veces. El coche dio un volantazo y fue a parar a la cuneta. Granger frenó en seco. —Bien, hay que terminar el trabajo, no podemos dejar testigos.

Matthew abrió la puerta de atrás decidido. —¿Papá?

—Tenemos que hacerlo.

Los dos salieron a toda prisa y sin dejar de apuntarles se acercaron al coche rojo. Con lágrimas en los ojos vio como elevaban los brazos y disparaban contra ellos varias veces. Granger metió la mano por una ventanilla y sacó una botella de whisky. Rompió la boquilla contra el coche y derramó su contenido en su interior antes de sacar el mechero y prenderle

fuego. Corrieron hacia el coche y temblando vio cómo se sentaba a su lado. —Ya está, nena.

—Dios mío, Dios mío...

Él dejó la pistola sobre sus piernas y alargó su mano para coger la suya. —Ya ha pasado.

—¿Cuántos había en el coche?

—Dos.

—¿Entonces falta uno, no? Eran Joe y otros dos, más el del tatuaje con su acompañante.

—No estaría allí, no vio lo que ocurría. Sino nos hubiera seguido también.

—Espero que tengas razón, chico. Porque entonces ha podido avisar a alguien.

—En el motel tienen vuestros nombres. Sabrán qué ha ocurrido. Hemos dejado huellas y las de papá están registradas por ser agente de la ley. —Miró al frente muerta de miedo. —Ahora no somos víctimas, para la policía somos los criminales.

Su madre sollozó de nuevo y su padre la abrazó. —Tenemos que avisar a Tom para que no vayan al motel. Eso les delataría. —Granger juró por lo bajo. —Vayamos a su casa. Ahora es más o menos seguro. Pensaremos qué hacer. Podemos cambiar de coche y esconder este en nuestro garaje.

Él asintió. —¿Por aquí voy bien?

—Sí —dijo su padre—. Sigue recto hasta que yo te diga. Iremos por caminos secundarios.

Capítulo 9

Aparcaron frente a la valla de atrás de la casa de Jenny y esta les vio desde la ventana de su habitación. Bajaron del coche y Arietta sintió que todavía le temblaban las piernas. Su amiga apareció en la puerta de atrás. —¿Qué ha pasado?

—Entra en la casa —dijo Granger muy serio cogiendo a Arietta del brazo para meterla dentro.

—Mis padres están a punto de llegar de hacer unos recados y....

—Nos han atacado en el hotel —dijo su madre.

—Dios mío... ¿Estáis bien?

—Tengo que ir al baño —dijo Arietta con ganas de vomitar. Por costumbre corrió escaleras arriba y entró en el baño de su amiga arrodillándose ante el wáter. Jenny llegó tras ella y gimió al ver sus virulentas arcadas.

—Déjame pasar —dijo Granger antes de entrar en el baño y coger una toalla para mojarla—. ¿Habéis hecho las maletas?

—Sí, ya estamos preparados.

Se agachó junto a Arietta. —Toma nena, te hará sentir mejor.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jenny—. ¿Este es Granger?

—Sí —dijo ella sintiéndose agotada antes de coger la toalla que le ofrecía para pasársela por la cara.

Entonces escuchó como se amartillaba un arma y se le cortó el aliento antes de bajar la toalla para ver que Granger apuntaba a Jenny a la cara. —Ahora me vas a explicar a quien le has contado que estábamos en el hotel.

—¿Yo? A nadie.

—Cielo, baja el arma.

—¡Solo lo sabía ella!

—Igual Joe nos siguió.

—¿Y no atacó durante la noche? ¡Nos hubieran cogido desprevenidos, les hubiera sido mucho más fácil matarnos! Además, no ha hecho la maleta. ¡Su cepillo de dientes y la pasta están sobre el lavabo! ¡Eso por no mencionar la medicación para la migraña que está en la estantería! ¡Algo que no olvidaría alguien que sufre esos dolores a menudo!

Asombrada miró hacia la estantería para ver las pastillas que su amiga tomaba por los fuertes dolores de cabeza que tenía cuando se estresaba. —¿Jenny?

Su amiga la miró angustiada apretándose las manos. —Yo no quería, te lo juro, pero mamá dijo que no podía ser. ¡Dijo que papá podría ir a la cárcel!

Entonces recordó aquella noche y perdió el poco color que tenía en la cara. —Que lo desguacen... Dios mío, tu padre era cómplice. Él se deshacía de los coches.

—Lo sabía —dijo Granger.

En ese momento entró Matthew con el arma en alto. Sin poder creérselo todavía Arietta se puso en pie. —¿Lo sabías? ¡Sabías lo que me había pasado y no dijiste nada!

—Serás zorra —dijo Matthew furioso—. ¡Viste nuestro sufrimiento y les encubriste! ¡Fingiste poniendo carteles por la ciudad como una buena amiga cuando sabías que mi hija estaba sufriendo!

Jenny sollozó. —Te juro que yo no supe nada hasta hace unas horas. Hablaron conmigo

en cuanto te fuiste de la casa. Mi padre me contó que aquella noche le llevaron tu coche para desguazarlo. Que era algo que hacía habitualmente para ellos.

—Por eso no se deshizo del garaje cuando se jubiló, porque aún tenía de donde sacar dinero —dijo ella con desprecio.

—¡En cuanto vio tu coche él se negó! ¡Quiso que le dijeran donde estabas, pero amenazaron con matarnos a todos así que lo hizo! ¡Yo no sabía nada! ¡Estaba haciendo la maleta cuando entraron en mi cuarto y me dijeron lo que ocurría! ¡Qué podía hacer, ya habían avisado a Joe!

—Menuda amiga. ¡Haber llamado al hotel!

Jenny sollozó. —Y lo hice, pero no sabía a nombre de quien estaba la habitación y no podía dar el tuyo. Pregunté por Granger, pero me dijo que no había nadie hospedado con ese nombre.

Atónita miró a Granger. —¿Con qué nombre te registraste?

—Con el mismo nombre falso con el que alquilé el coche.

Entonces se dio cuenta de que algo olía muy mal. ¿Acaso no le había enseñado la placa a la chica de recepción? Ella tenía que saber su verdadero nombre. —Enséñame tu placa. La que le enseñaste a la recepcionista.

Matthew muy tenso volvió la pistola hacia él. —No hagas que te lo repita otra vez.

—Nena...

—¡Enséñame tu placa! —Levantó el arma apuntándole.

Él apretó los labios. —No tengo placa, no soy del FBI. A la chica de la recepción la soborné dándole mil dólares.

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

Juró por lo bajo dejando caer el brazo del arma. —Soy el mejor amigo de Granger. Mi

nombre es Nario Caruso.

No se lo podía creer. —Pero el padre Thompson habló contigo. Tienes un arma, fuiste a buscarme.

—Granger me llamó en cuanto recibió la llamada de Jeff. Nos criamos juntos, le conozco tan bien como él. Estuviste en mi casa no en la de Granger, nena.

Entonces pensó en el enorme estudio en su casa. Demasiado grande para un aficionado. —Eres pintor, ¿verdad? Caruso... —Entonces recordó. — Tienes tu propia galería. Vi un reportaje sobre tus cuadros en un telediario.

—Mi nombre es conocido en el mundillo. Al ver los cuadros ni te diste cuenta con que nombre estaban firmados, lo que fue un alivio, la verdad.

Furiosa le apuntó. —Fue un alivio que fuera estúpida, ¿no? ¿Qué te dijo Granger?

—Nena, no eres estúpida. —Suspiró como si estuviera agotado. —¿Granger? Estaba en una misión encubierta, no podía dejarlo todo por ti, así que me envió a mí hasta que pudiera relevarme. Me dijo que me hiciera pasar por él porque en tu situación te costaría confiar en otra persona. Llamé a Jeff, pero tú ya habías salido hacia Nueva York y no podía ponerse en contacto contigo, así que dijo que lo dejáramos como estaba. Que me hiciera pasar por Granger hasta que pudiéramos aclarar las cosas. ¡Pero no dejabas de hacer planes! ¡Y me convenciste, joder! Era una manera de librarte de todo y... No lo sé. —La miró a los ojos. —¿Por qué crees que no quería liarme contigo? ¡Por esto! ¡Empecé una mentira y tuve que seguir!

—¿Y lo de la documentación falsa? —dijo Matthew asombrado—. Te ofreciste a hacerla y...

—¡Y la podría haber hecho si hubierais aceptado mi plan! ¡Conozco a la persona adecuada! ¡Pero todo lo cambiabais a medida que pasaban los minutos! ¡Llamé a Granger, pero no me cogió el teléfono! ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que tu hija viniera hasta aquí sola para enfrentarse a ellos?

—Pero sabes de armas, eso se nota —dijo su padre.

—Dejé de estudiar en el segundo año de carrera. Jeff dijo que me vendría bien ingresar en el ejército y como no sabía lo que quería hacer con mi vida me enrolé. Pero muchas cosas que te conté eran ciertas, nena.

—La muerte de tus padres.

—Sí, y lo de que distribuía muebles, los juegos de mesa... Ese era yo. —Mirándola a los ojos dijo —Y el que te abrazaba ayer era yo, nena. Siempre he sido yo y te hubiera abrazado desde el primer momento en que te vi, te lo juro por mi vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción y se tiró a él para abrazarle. —Siento haber dudado de ti.

—Tenía que haberte dicho la verdad desde el principio. —La besó en la sien.

—Oye, ¿a este le perdonas y a mí no? —protestó Jenny—. ¡No he mentado, lo juro!

Se apartó para mirarla. —Muy bien, nos vamos.

—¿Nos la llevamos?

Jenny corrió hasta la cama para meter la mano debajo sacando una bolsa antes de correr hacia el baño. —Permiso...

—Nena...

—Es tan víctima como cualquiera. No sabía nada.

Jenny cogió el bote de pastillas y sonrió. —Bien dicho, amiga.

Matthew incrédulo dijo —¿Y tus padres?

—¿Mis padres? ¡Me han traicionado, me han puesto en peligro desde Dios sabe cuando mientras me mantenían en la inopia y casi hace que maten a Arietta! ¡Papá podía haber denunciado lo ocurrido en cuanto esos mamones se fueron del garaje, pero decidió callar! Yo me largo de aquí antes de que alguien me pegue un tiro. —Cogió el cepillo de dientes y la pasta para

meterlo en un neceser que tenía preparado.

—No terminaste de hacer la maleta para que tus padres no te pillaran, ¿no?

—Mi madre entra en mi habitación cuando le da la gana. —Sacó el pasaporte del bolsillo trasero del pantalón y se lo mostró. —¿Nos vamos a México otra vez?

—No, a Canadá.

Bufó. —Ahí hace frío.

—Más frío hace en prisión y si te vienes con nosotros puede que acabes allí —dijo su padre.

—¿Por qué? ¿Qué habéis hecho vosotros?

—Matar a unos cuantos —dijo Nario antes de ir hacia la ventana—. Un coche. Está girando para aparcar frente a la puerta del garaje.

Arietta la miró a los ojos. —¿Aún quieres venir?

—Si habéis matado a alguien, ha sido en defensa propia. Deberías saberlo, abogada —dijo su amiga—. Y si nos encierran que lo hagan, pero que nos pongan juntas.

—Bien, entonces vamos. —Corrieron escaleras abajo y su madre que esperaba en el hall corrió hacia la puerta de la cocina sin hacer preguntas, lo que demostraba que lo había oído todo.

Matthew cerró la puerta a su paso y en ese momento se escuchó la voz de su madre. —¿Cielo? ¿Estás arriba?

Corrieron hacia el coche y Jenny y sus padres se sentaron atrás mientras Nario arrancaba a toda prisa. Cerraron las puertas y Jenny gritó —¡Ya!

Él arrancó levantando barro a su paso y se alejó todo lo posible. —Bien, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Martha.

—Ir al pajar de mi tía —dijo Jenny—. Necesitamos un coche que no tenga agujeros. No hay que llamar la atención.

Se le cortó el aliento mirando a su amiga. —Estarás de broma.

—Es mío, puedo cogerlo cuando quiera.

—¿Qué ocurre, nena?

—¡No podemos ir a Canadá con un Cadillac rosa! ¿Crees que eso no llamaría la atención?

—¿No te das cuenta? Precisamente por cómo es, nadie se fijará en nosotros. Mirarán el coche.

—Es muy fácil de reconocer en una persecución —dijo Matthew—. La policía daría con nosotros enseguida.

—¿Un Cadillac rosa? ¿Quién tiene un Cadillac rosa? —preguntó Nario incrédulo.

—Es por la peli de Eastwood —explicó Jenny—. A mi tía le encantaba Clint Eastwood. Murió el año pasado y me dejó su coche. Pero no lo uso, claro, menudo cantazo.

—¿Ves? ¡Y quieres huir en él!

—¿Acaso tenemos otra opción?

—¿Y si tu padre se da cuenta y denuncia el robo?

—Papá no va al pajar desde que murió su hermana, no creo que lo vaya a hacer ahora. Cuando se dé cuenta de que no está el coche, ya estaremos en Canadá.

Nario entrecerró los ojos y la miró. —No es mala idea, nena.

—Muy bien, de todas maneras todas mis ideas son pésimas.

—Tuerce a la derecha en ese camino —dijo Jenny.

Unos minutos después su amiga estiró el brazo entre ellos señalando un puntito negro. —¿La ves? Esa es la casa de mi tía.

Nario frenó el coche lentamente y lo detuvo sin dejar de mirar la casa.

—¿Qué ocurre?

—Nena, saca el dron. No nos meteremos allí hasta saber que está despejado.

Salió del coche sin cerrar la puerta y cogió la bolsa de atrás. La dejó en el asiento del copiloto y la abrió sacando el dron pequeño.

—¿Eso es sangre? —preguntó Jenny asombrada.

—Mejor no preguntes —dijo Nario.

Elevó el dron y lo llevó hasta allí mirando la pantalla. —Nena, entra en el coche. —Nario apartó la bolsa para que se sentara y ella lo hizo para no preocuparle más. Todos se acercaron para mirar la pantalla. Entonces los vieron. Dos cuatro por cuatro negros estaban ante la casa. —Joder...

—¿Quiénes son esos? —Jenny asombrada vio como su padre salía de la casa y se metía en otro coche. —¿Papá?

—Me parece que tu padre está más implicado de lo que piensas —dijo Matthew.

—Dios mío.

El coche de Tom se alejó y salieron dos hombres de la casa para ver cómo se alejaba. —Es él.

—¿Él?

—El que mandaba cuando nos bajaron del camión. Es él. Aquí va vestido con vaqueros y parece normal, pero allí llevaba un traje carísimo. Él mató a la chica diabética sin ningún remordimiento.

—El jefe del de los tatuajes. —Nario se volvió para mirar a Jenny—. ¿Tu padre va a pasar por aquí?

Impresionada negó con la cabeza. —No, este es el camino trasero. Siempre va por la carretera. —Para asegurarse Arietta giró la cámara del dron para ver que salía por la entrada principal. —Lleva el coche de mi tío —dijo Jenny espantada—. Dios, ¿también está metido en

esto?

—No pienso descartarlo —dijo Matthew.

—¿Qué hace esa gente en mi propiedad?

—Buscarnos. —Nario la miró. —¿Cuándo viniste por última vez?

—Antes de que Arietta desapareciera. Para limpiar un poco la casa.

—¡Mirad! —exclamó Arietta. Todos vieron en la pantalla como dos tipos sacaban bolsas del portaequipajes. —Acaban de llegar. Pero es imposible, no han podido llegar tan rápido desde Las Vegas.

—¿Imposible? Son tres horas y media como mucho de vuelo y en un avión privado no pierdes el tiempo. Les ha dado tiempo de sobra a llegar desde que estuvimos en casa de Jenny.

—Un momento, pensemos en esto —dijo Martha—. Ayer saliste de casa de Jenny sobre las tres de la mañana, ¿no es cierto?

—Sí, mamá.

—Es evidente que su padre llamó para avisar, ¿pero a quién llamó?

—Mi padre le dijo a mi madre que ya había avisado a Joe —dijo Jenny.

—¿Entonces por qué están esos aquí? —La miraron sin comprender. —El de los tatuajes no te esperaba en el hotel, lo vi en su rostro cuando te vio, no podía estar más sorprendido.

—Eso es cierto —dijo su marido.

—Joe fue allí para matarte. ¿Por qué? ¿Si venían esos por qué no esperarles para tenderte una emboscada?

—¿Para cubrir su culo? —preguntó Nario—. Él cometió el error de cogerte de su misma ciudad. Ahora todos estaban en un lío por su culpa. Igual intentaba subsanar el error antes de que llegaran estos.

—¿Entonces por qué se han enterado estos y por qué tu padre les ha alojado en casa de su

hermana? Aquí hay algo que no me cuadra. A no ser...

—Que sea tu padre el cabecilla de todo —dijo Matthew cortándole el aliento a su amiga—. Que él avisara a Joe y avisara a estos para decirles que necesitaba refuerzos porque sabía que con esos inútiles que trabajaban para él, no conseguiría nada.

Martha asintió. —Y Joe sabiendo que se jugaba el cuello metió la pata adelantándose porque quería ponerse una medalla ante el jefe. Tom.

Todos miraron a Jenny que dijo angustiada —No sé nada de esto.

Lo sentía por ella, debía ser duro enterarse de que no conoces realmente a tus padres. —
No pasa nada.

—Nena, atenta al dron. —Ella miró la pantalla para ver que había algo en los maleteros.
—¿No puedes acercarte más?

—Escucharían el motor.

Uno sacó un fusil de asalto. —Hostia... —susurró Matthew—. Tengo que avisar a Jim.

—¿Y que le maten? —preguntó Nario.

—Van a hacer una carnicería. Esos vienen a limpiar y no van a dudar en matar a quien tengan delante.

Nario apretó los labios. —Nena, no tenemos más opciones, hay que llamar a la caballería.

—Eso implica...

—Protección de testigos.

—Vete.

—¿Qué?

Angustiada cogió su mano. —Vete. Tú tienes una vida, una carrera.

—No digas disparates.

—No son disparates, cielo.

—Me registré en el hotel, alquilé este coche y mis huellas están por toda la habitación. Las balas de un arma registrada a mi nombre están en los cuerpos de esos tipos, no hay elección posible.

—Es cierto, hija. En el mismo momento que alquiló este coche a su nombre ligó su vida a la nuestra.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se cubrió la cara con las manos. —Lo siento, lo siento, os he destrozado la vida.

—Shusss... —Nario la abrazó. —Nena, no es cierto. Desde que entraste en mi vida he sentido que no podía perderte y eso que luchaba conmigo mismo para quitármelo de la cabeza.

—Ibas a dejarme en el parque.

Él rio por lo bajo. —¿Te lo creíste de veras? Soy un actor buenísimo.

—Sí que lo eres, me lo creí todo.

—Lo sé y lo siento.

Se miraron a los ojos. —Así que vamos a hacer esto juntos.

—Como dijo una pelirroja que conocí una vez, ya no te librarás de mí.

—¿He dicho eso?

—¿No lo has dicho? Lo habré soñado, como insistías tanto.

Ella sonrió. —Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa. —La besó en los labios.

—Muy bien parejita, pero estamos en un lío gordísimo para que os estéis morreando. — Ambos miraron a Jenny que se sonrojó. —Vale, es culpa de mi padre, pero tenemos que salir de esta porque no pienso dejar que esos me peguen un tiro.

—Cielo, llama a Granger.

Él sorprendiéndoles a todos sacó un móvil del bolsillo interior de la cazadora y carraspeó

mientras lo encendía. —A mí no me busca nadie.

—Hasta ahora —dijo Matthew.

—Granger me ha llamado dos veces. —Pulsó el botón y se lo puso al oído. —Joder tío, menos mal que lo coges.

—¿Dónde coño estáis? —escuchó que su amigo gritaba al teléfono.

—En Minnesota y necesitamos que envíes refuerzos porque esto se ha puesto muy negro.

—¡No tenías que haberte movido de Nueva York, joder!

—Cielo, pon el manos libres que le voy a decir cuatro cosas.

—¿Te ha llamado cielo? Uy, que te has acostado con ella, ¿no es cierto?

—Ahora no tengo tiempo para entrar en detalles.

—Jeff va a matarte.

—¿Crees que eso me preocupa en este momento? ¡Tío, tenemos a unos mafiosos tras nosotros y han traído un arsenal a Cownhill! ¡Mueve el culo y haz tu trabajo, joder!

—¿Podéis esconderos?

—¿Escondernos?

—Podemos ir a la cabaña del lago —dijo Jenny—. La utiliza mi padre para pescar, pero ahora tiene cosas más importantes entre manos. Ni se imaginará que estamos allí.

—¿Lo has oído?

—Envíame la ubicación cuando lleguéis. Enviaré a un equipo para que os saque de ahí.

—De acuerdo.

—Y Nario... Es muy valiosa, no dejes que se la lleven. Muchas vidas dependen de su testimonio.

Arietta apretó los labios mientras él colgaba. —Eso es lo único que le importa, mi

testimonio. —Le miró a los ojos. —Tenías razón.

—Nena, aún podemos irnos.

—¿Crees que llegaremos muy lejos con este coche? Como ha dicho Jenny los agujeros llamarán la atención y cualquier coche de la policía o del sheriff nos detendrá. Además, sospecharán de nosotros en la frontera. ¿Qué decimos, que vamos de vacaciones? No se lo tragarán. No, ya está bien. Lo hemos intentado y ha salido mal. No pienso ponerlos en peligro ni un minuto más si puedo evitarlo. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte.

—Hija, siempre estaremos en peligro.

Eso se temía, pero al menos tendrían otra identidad. Se volvió hacia sus padres. —Escucharme bien, cuando nos pongan a salvo nos largamos con las nuevas identidades.

Su madre sonrió. —Bien dicho.

—No será fácil, nena. Seguro que estarás vigilada hasta el juicio.

—¿Por qué no vamos paso a paso? —dijo Jenny—. Primero esperemos que ese Granger cumpla y nos saque de aquí. Después ya veremos. Igual tienen bastantes pruebas y no nos necesitan. —La miraron como si fuera tonta. —¿Soy muy ingenua?

—No, tienes razón, veremos lo que tienen en mente antes de actuar —dijo Matthew—. Vayamos a la cabaña, cuanto antes lleguemos antes nos recogerán.

—Da marcha atrás, tenemos que ir al norte —dijo Jenny.

Él volvió el coche y Arietta miró el mando que tenía en la mano antes de chillar —¡El dron!

En la pantalla salía el tipo de Las Vegas con él en la mano mirando la cámara directamente. Le vieron gritar y la cámara enfocó a varios que se subían a los coches. —¡Rápido, rápido! ¡Sabe que estamos cerca!

Angustiada vio como Nario aceleraba alejándose de la casa de la tía de Jenny.

—¡Nos han visto! —gritó su amiga.

—Joder, joder —dijo Nario pisando a fondo—. Sus coches están más preparados para estos caminos.

Asustada miró hacia atrás para ver que uno de los coches iba en su dirección y muerta de miedo sacó su pistola. —¿Papá?

—Estoy preparado, hija. Y mamá también.

Jenny chilló —¿Y yo no tengo pistola?

—¿Para qué la quieres si no sabes usarla? —preguntó Arietta antes de sacar medio cuerpo por la ventanilla y disparar.

—¡Pues tú tampoco es que sepas demasiado porque no das ni una!

Matthew sacó el brazo disparando con la ametralladora y destrozándoles la luna delantera. —¡Bien papá! —Se metió en el coche y abrió el cargador. —Casi no tengo munición. ¡Pasadme la munición!

—Está atrás —dijo su madre.

Puso los ojos en blanco estirando la mano. —Tu pistola, cielo.

Él se la dio y salió de nuevo sentándose en la ventanilla para tener mejor ángulo y disparar a las ruedas, pero de repente el coche giró de golpe y Arietta salió despedida. El golpe la dejó sin aliento y rodó sobre la hierba hasta golpearse con una piedra en el costado. Gimió de dolor girándose sobre sí misma. Escuchó disparos y levantó la cabeza para ver cómo se alejaba el coche. El cuatro por cuatro les seguía y asombrada vio cómo se alejaban sin dejar de perseguirlos. Esos cerdos no se habían dado cuenta de que se había caído del coche. Entonces escuchó un motor, se volvió para ver que el otro cuatro por cuatro se acercaba directamente a ella. Tocaba correr. Al darse cuenta de donde estaba corrió todo lo que podía cruzando la carretera y cuando vio que el coche se acercaba peligrosamente saltó el seto de su casa corriendo hacia la enredadera. Subió por la celosía y cuando estiraba la mano para abrir la ventana

dispararon al cristal. Casi se cayó del susto, pero consiguió agarrarse y gritó de miedo cuando dispararon una y otra vez. Saltó a la habitación sin saber cómo cayendo sobre el suelo y se volvió gimiendo mientras se agarraba la pierna que sangraba con fuerza. Al ver el corte que tenía siseó —Mierda, mierda... —Se arrodilló con la otra pierna y fue cuando se dio cuenta de que el dolor del costado era peor de lo que pensaba, pero ahora no tenía tiempo para eso y cojeando fue hasta la puerta. Cuando llegó al pasillo escuchó como destrozaban la entrada de atrás. —¡Buscadla! —gritó alguien.

Entró en la habitación de sus padres y abrió la ventana del lado norte de la casa para saltar al tejado del garaje, pero resbaló y cayó rodando, aterrizando sobre el césped. —Dios... —Ni supo cómo consiguió levantarse y agachada tras el seto fue hasta el coche de esos tipos. Afortunadamente estaba vacío. Se subió tras el volante y sollozó al ver las llaves puestas. Entonces arrancó el coche haciendo que gritaran desde el interior de la casa. Giró el volante y fue campo a través. Por el retrovisor vio como corrían tras ella y cuando empezaron a disparar se agachó acelerando lo suficiente como para que no la perdieran de vista. Cuando vio las colmenas frenó poco a poco hasta acercarse. Se bajó del coche y ellos agotados se pusieron a disparar como locos mientras Arietta se escondía tras el vehículo. Mientras se acercaban se agachó como pudo yendo hacia el bidón que tenía allí y sacó su traje. Se puso el mono y el sombrero bajando la red que cubría su rostro antes de coger sus guantes. Caminó entre las colmenas y se escondió tras una de ellas.

Escuchó como llegaban. —Vamos, venir con mamá...

—¡Sal de una vez, zorra!

—Jefe, soy alérgico.

—¡No me jodas, entra ahí y tráela sino quieres que te pegue un tiro!

—El coche funciona, jefe. Se ha parado a propósito.

—¿Una trampa? —Arietta se acercó al borde de la colmena y vio cómo se reía. —Si

crees que van a detenerme unas abejas estás equivocada. ¡Equivocada y muerta, puta! ¡Me has dejado mal con gente muy importante y te voy a destripar! ¡Cogedla!

Cogió una de las piedras que había en el suelo y la tiró sobre una de las colmenas antes de golpear la suya con el codo. Las abejas empezaron a salir y el ruido de su zumbido alertó a las demás. —¡Disparad a las colmenas! ¡Así saldrá!

Notó como las abejas empezaban a alterarse por el ruido. Comenzaron a disparar contra las colmenas demostrando que eran idiotas. Entonces las abejas salieron a raudales para proteger a las reinas. Estiró el cuello y vio como gritaban intentando quitárselas de encima. Agachada rodeó las colmenas yendo lo más aprisa que podía hacia el coche. Casi se choca con uno de ellos que cayó ante ella lleno de picaduras llevándose la mano al cuello como si se estuviera ahogando. Le rodeó y se subió en el coche dando marcha atrás para acelerar a fondo. Se quitó los guantes y el gorro arrancándose la peluca negra y volvió frente a la casa. Giró a la izquierda siguiendo el camino por el que se habían ido los suyos. Apretó el volante desesperada por encontrarles. Si el coche que les seguía les había alcanzado... Entonces vio que venían de frente a toda velocidad y ella apretó el claxon. Nario frenó en seco y salió del coche corriendo para abrir su puerta. —Nena, ¿estás bien?

Se tiró a su cuello sin poder retener las lágrimas. —¿Estáis bien?

—Sí, preciosa. Les hemos perdido en el bosque donde me ha metido tu padre.

—Ya tenemos coche.

Sus padres que habían salido no perdieron el tiempo y abrieron el portaequipajes para sacar las bolsas. Jenny corrió con varias en las manos y las metieron en la parte de atrás del cuatro por cuatro. —Aquí sí que hay armas —dijo su amiga cogiendo una pistola. —A mí no vuelven a pillarme desarmada.

Nario se apartó y se tensó al ver la sangre en el traje y le bajó la cremallera para ver la sangre en su costado. —¡Vamos, vamos! —gritó Nario—. ¡Matthew conduce tú, está sangrando!

Su padre se sentó tras el volante y Jenny se acercó a ella. —Necesitamos un botiquín.

—En el coche de alquiler había uno para emergencias.

—Jenny corrió hacia allí mientras Martha la miraba angustiada subiéndose al coche al lado de su marido. —¿Cielo?

—Se pondrá bien, es muy fuerte y lo que acaba de pasar lo ha demostrado.

Arietta se subió al coche y gimió de dolor al sentarse. Nario se sentó a su lado y tiró de sus pantalones hacia abajo mientras Jenny se sentaba a su otro lado con el botiquín en la mano. —¡Vámonos!

Matthew aceleró y Nario juró por lo bajo al ver el corte en el muslo. —Hostia nena.

—Necesita puntos. —Su amiga abrió frenética el botiquín. —Aquí no hay hilo y aguja. Tenemos que ir a la consulta del doctor Farrell.

—¿Podrás entrar y coger lo que necesitas sin que se entere? —preguntó Matthew.

—Déjame el teléfono. Le diré que hay una emergencia en la granja de los Parsons. —Cogió el teléfono que le tendió Nario y marcó. —Aprieta esa herida, sangra mucho. —Le pasó unas gasas y dejó el teléfono sobre su muslo abriendo otro paquete de gasas.

—Consulta del doctor Farrell.

—¿Lisa?

—Jenny, ¿eres tú? ¿Qué tal tu día libre?

—Emergencia en casa de los Parsons. ¡El viejo se ha caído por las escaleras! ¡Creo que se ha roto una pierna!

Su compañera gritó llamando al médico y Matthew se detuvo a cierta distancia de la consulta mientras Jenny colgaba.

—Me duele el costado...

—Mi pobre niña —dijo Martha sollozando.

Jenny viendo la herida del costado apretó los labios antes de levantar la vista hacia Nario que preguntó —¿Es grave?

—No lo sé. Tendríamos que ir al hospital del condado.

—Eso es imposible —dijo Arietta. Cogió la mano de Nario—. No dejes que me lleven al hospital. Allí estaría indefensa hasta que llegara Granger.

—Tranquila, nena. Jenny hará lo posible para que te pongas bien.

—Ahí salen —dijo Matthew.

Todos vieron como el médico y su enfermera se subían a una ambulancia que estaba en el callejón y salían con la sirena puesta.

Matthew fue hasta la puerta y frenó en seco para que Jenny saltara del coche tan aprisa como podía. Abrió la puerta y pasó corriendo hacia la consulta mientras la señora Farrell la miraba asombrada. —¿Qué ocurre?

—¿No has oído el tiroteo?

—¿Tiroteo? —preguntó espantada—. Mi marido se acaba de ir porque le has avisado de algo del señor Parsons.

—Sí, pero de la que venía oí un tiroteo cerca de mi casa. Voy a coger algunas cosas por si necesitan ayuda.

—Sí, sí, claro... —El teléfono empezó a sonar. —Voy a ver qué pasa.

Sin perder el tiempo cogió una de las bolsas y empezó a meter todo lo que encontraba. Cogió tres kits de sutura, abrió el armario de las medicinas y cogió varios botes de antibiótico, anestésico, jeringuillas y un montón de cosas más. Agarró un par de botes de antiinflamatorios y varias cosas más que le fueran útiles como antiséptico. Por si acaso cogió un paquete desinfectado de bisturís y cuando iba a salir vio la nevera. Pensando en la sangre que había perdido la abrió y cogió dos bolsas de plasma y suero. Salió de allí a toda prisa.

—Tenías razón —dijo la mujer—. Han tiroteado la casa de los Carbery.

Chilló como si estuviera espantada antes de gritar —¡Mis padres...! —Salió corriendo y se subió al coche que en cuanto cerró la puerta salió disparado. La gente corría de un lado a otro asustada por la noticia. —Ya se ha enterado todo el pueblo —dijo Jenny—. Vuélvete hacia mí y pon las piernas sobre las mías. —Arietta se giró como pudo e hizo lo que le dijo apoyando su espalda sobre el pecho de Nario. Su amiga puso la bolsa sobre su vientre y empezó a coger cosas. Con los guantes de látex puestos cogió el antiséptico y se lo tiró por encima de la herida haciéndola gruñir de dolor. —Es una herida limpia, una sutura y listo.

—¿Eres enfermera? —preguntó Nario.

—Auxiliar de enfermería, pero le he puesto puntos a pechugas de pollo.

—Es un alivio.

—Le va a quedar un zurcido de primera. —Jenny miró hacia su amiga. —¡Eh! ¡Arietta abre los ojos! ¡Arietta! —Cogió su brazo y le puso una vía en tiempo récord insertando el extremo en una bolsa de plasma. —Mantenlo en alto.

—Vamos nena, tienes que mantener los ojos abiertos.

Le miró y sonrió con tristeza. —Sería una mierda que me muriera ahora que te he encontrado.

Nario sonrió. —Sí que lo sería, pero eso no va a pasar porque mi novia es una cabezota que siempre consigue lo que quiere.

—¿Has oído, Jenny? Me ha llamado novia.

—Es que tiene buen gusto —dijo pinchándola en el muslo. Gimió cerrando los ojos—. Es para que no te duelan los puntos.

—Jenny dime que se pondrá bien —le rogó Martha.

—Claro que sí. —Miró a su amiga. —No va a dejarnos. Arietta no. Ha luchado por

encontrarnos.

—Esa es mi chica. —La besó en la sien. —¿Recuerdas tu sueño, nena? Una gran casa frente al lago. Iremos a pescar. Yo pintaré y tú tendrás tus abejas.

—Me han salvado la vida.

—Se merecen un sitio tranquilo donde vivir.

—Como nosotros. —Se emocionó. —¿Por qué nos pasa esto?

La abrazó con ternura. —Porque hay gente horrible y tuviste la mala suerte de cruzarte con ella. No es culpa tuya, cielo. —La besó en la sien. —Saldremos de esta y terminaré ese cuadro.

Jenny ya había empezado a coser y lo hacía de manera tan profesional que parecía que llevaba haciéndolo toda la vida.

—¿Te duele? —susurró él a su oído.

—No, y me encuentro mejor.

—Es por el plasma —dijo su amiga—. Un último punto... Y listo. —De manera eficiente cogió una crema y la echó por encima untándola bien antes de empezar a vendarle la pierna. —Rápido enséñame el costado. Gírate un poco.

Lo hizo con ayuda de Nario y mientras su amiga la revisaba, ellos se miraron a los ojos.

—Buenas noticias, esto está chupado.

Arieta ni la escuchó y él la besó suavemente en los labios. —Todo saldrá bien, no tengas miedo. Estamos bien.

Una lágrima recorrió su mejilla. —Te he robado tu vida.

—Me robarías la vida si ya no estuvieras a mi lado, nena. —Ella acarició su mejilla y besó sus labios disfrutando de lo que le hacía sentir, de su tacto, de su sabor. —Y recuerda que fue decisión mía venir aquí, venir contigo. Y lo haría mil veces —susurró él contra sus labios.

—Te quiero.

—Despídete hasta dentro de unas horas que tengo que limpiar bien esa herida. —Inyectó algo en la vía.

Arietta no dejó de mirar sus ojos, no quería perder un segundo a su lado porque temía que no tuviera muchas oportunidades como esa. Tenía tanto miedo de perderle, de perderles a todos... Y todo era culpa suya. Tendrían que haberse ido en su momento, cuando estaban a salvo. Pero sabía que no podría vivir tranquila sin saber si Jenny estaba bien. Se emocionó de nuevo y miró a su amiga que pareció adivinar lo que estaba pensando porque esta sonrió y susurró —Gracias.

—Te quiero.

—Para siempre. Ahora no te resistas, cierra esos ojitos azules que a este italiano le gustan tanto.

Miró a Nario. —Italiano.

—Mi padre lo era, preciosa. Iremos allí de luna de miel. —Agotada sonrió. —Iremos a Venecia y pasaremos en góndola. —Sus ojos se fueron cerrando. —Eso es nena, déjate llevar, sueña conmigo. Sueña con ese maravilloso viaje y con la vida que tendremos juntos.

Se quedó dormida y él miró a Jenny a los ojos. —¿Es grave?

—Tengo que abrir. Esta herida no la ha provocado una bala, se la debió hacer al caer del coche. Creo que hay algo dentro, no lo veo bien por eso tengo que abrir. Para el coche, Matthew.

—Ahí hay un área de descanso. —Frenó y Martha se volvió muy nerviosa para ver la herida de su niña.

—Además, creo que tiene un par de costillas rotas.

—Dios mío... —dijo su padre.

—Necesito luz.

—La lámpara del móvil. Martha cógelo para iluminarla —dijo Nario.

Su madre lo hizo a toda prisa y Jenny inyectó alrededor de la herida antes de coger el bisturí muy nerviosa. —Nunca he hecho esto.

—Haz lo que puedas. Eres lo único que tiene.

—Bien, vamos allá.

Capítulo 10

Le dolía todo el cuerpo y parpadeó sintiendo que algo molestaba su rostro. Abrió ligeramente los ojos para ver a un hombre de espaldas a ella mirando por una ventana. Le escuchó suspirar y todos los recuerdos volvieron de golpe. Asustada mirando su cabello rubio apartó las sábanas con intención de levantarse, pero él debió sentirla porque se volvió con una sonrisa. —Ya estás despierta.

—¿Quién es usted?

—Tranquila, soy Granger. —Se acercó a la cama metiendo la mano en el interior de la chaqueta y Arietta saltó alejándose de él arrancándose algo que tenía en el brazo. —¡No! ¡No salgas! ¡Soy Granger! ¿Ves? —Le mostró una identificación que ponía en grande las letras FBI. Sin aliento miró la foto antes de mirarle a él. —Soy yo.

—¿Dónde están todos, dónde está mi familia!

—Están a salvo. Les hemos llevado a un piso del FBI. —La puerta se abrió mostrando a Nario y asustadísima sollozó antes de tirarse a él.

—Estoy aquí, nena.

—Todos menos él, que se ha emperrado en quedarse contigo. De hecho se han emperrado todos, pero Nario consiguió convencerles.

—¿Dónde estamos?

—En una clínica privada —susurró a su oído—. Todo está bien, están a salvo. Jenny me

llama cada hora para asegurarme de ello.

Aliviada sintió que le fallaban las fuerzas y él la cogió en brazos de inmediato para tumbarla en la cama. —Jenny no pudo contener la infección de tus heridas y tuve que llamar a Granger —dijo sentándose a su lado sabiendo que quería respuestas—. Ahora estamos bajo protección de testigos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y susurró —Quiero irme. Quiero que nos vayamos.

—Has sido muy valiente, no te rajes ahora —dijo Granger muy serio.

Le fulminó con la mirada y Nario dijo —Tío, no tienes ni idea de todo por lo que ha pasado.

—Sí que lo sé porque lo he visto otras veces y seguramente he visto bastantes más cosas que vosotros. —Miró hacia ella. —Tu familia y Nario me han contado todo lo que tú les relataste desde que saliste del Mausoleo. Por supuesto nosotros ya nos hemos puesto a trabajar y se está realizando un seguimiento de los implicados. No tardaremos en pillarles con las manos en la masa.

—¿Habéis encontrado la casa?

—Sí, aunque aún no hemos entrado ya sabemos donde está.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—El chófer del subjefe de la policía no quiere líos, no fue difícil sacarle la dirección. Hemos detenido al padre de Jenny y a su madre por colaboración. Vamos tirando del hilo y poco a poco todos acabarán en prisión. Puede que ni necesitemos vuestro testimonio, aunque a los jurados les gusta oír a las víctimas, pero seguramente las chicas también declararán cuando sean liberadas, que espero que sea pronto. Si nos hubieras dejado a nosotros desde el principio nada de esto habría pasado.

—No hubierais descubierto que el padre de Jenny estaba implicado —dijo Nario molesto—. Y puede que jamás hubierais pillado a ese mamón del camión o al que las distribuía por Las

Vegas.

—Ahora están todos muertos, ¿no? Tenéis suerte que no os encausemos por tomaros la justicia por vuestra mano.

—Fue defensa propia y lo sabes tan bien como nosotros.

Granger suspiró. —No os culpo por querer recopilar pruebas, pero ese es nuestro trabajo. Ahora lo difícil será demostrar que Víctor O'Tull es el cabecilla y le queremos pillar. Joder, vaya si le queremos pillar. Hemos intervenido todos los teléfonos del Mausoleo y esperemos que esa Melissa hable con él en algún momento. En cuanto tengamos pruebas que les impliquen iremos a por ellos. —Miró hacia Arietta. —Así que tú ya no tienes que hacer nada. Recuperarte y seguir con la nueva vida que te hemos buscado.

—¿Qué nueva vida es esa? —preguntó sin fiarse un pelo.

—Os vais a Texas. Os encantará. Un piso en Austin que está cerca del aeropuerto.

Miró a Nario horrorizada y este suspiró. —Lo sé, nena. No se parece en nada a lo que habíamos planeado, pero será temporal. En cuanto declares, si es que tienes que declarar, seremos libres.

Ella miró a Granger que se hizo el loco mirando el móvil. No, no la dejarían escapar por si podía pillar a otros. Como le había dicho Nario perdería años de su vida encerrada en ese piso. Y ellos también. Pues ella tenía otros planes y ninguno de esos mamones se los iba a fastidiar. Miró a Nario a los ojos y este asintió.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó Granger como si aquello fuera una pesadez.

—No.

—Ahora que estás mejor serás trasladada de inmediato. Jenny te puede curar las heridas.

—Fue hasta la puerta. —Nario si me necesitas llámame con el teléfono seguro que te he dado.

—De acuerdo.

—Joder tío no te pongas así, es lo mejor para vosotros, os lo garantizo.

—Lo he aceptado, ¿no? —preguntó molesto—. He aceptado todo lo que has propuesto, pero eso no implica que aún tenga que digerirlo.

Granger apretó los labios antes de salir de la habitación.

—No hables de lo que haremos, nena, creo que hay micros y una cámara —susurró. Acarició su sien apartando uno de sus rizos pelirrojos—. No tuvimos opción, ¿lo entiendes? Estabas muy grave. —Con los ojos llenos de lágrimas asintió. —Todo irá bien. —Sonrió. — ¿Sabes cómo te llamas ahora?

—Seguro que me han puesto un nombre horrible.

—Eres la señora de Granger Fiorentino. —Separó los labios de la impresión. —Ari Fiorentino.

—Ari... Mi madre a veces me llamaba así.

—De esta manera será más fácil para todos. Y tu familia no se acostumbraba a mi verdadero nombre, así que también han agradecido el cambio.

—¿Y Jenny?

—Elizabeth Fiorentino. Ahora tengo una hermana.

Soltó una risita. —¿Y mamá?

—Marion Carter. Y tu padre Stuart.

—Mi abuelo se llamaba así.

—Por eso eligió ese nombre.

—Así que pudisteis elegir.

—Es lo que tiene que te hagan los papeles los del gobierno, que podemos elegir los nombres que queramos. Una vida nueva inventada de la nada. Lo siguiente que harán es buscarnos trabajos. Nada relacionado con nuestra vida anterior, por supuesto.

Perdió la sonrisa. —¿No puedes pintar?

—Puedo pintar, pero no puedo vender los cuadros con mi nombre anterior. Y si tengo la suerte de venderlos, jamás podré hacer una exposición para evitar que mi cara salga en las fotos.

—Cielo...

—Será empezar de nuevo. Para todo. —Se acercó y besó sus labios. —Y no me importa mientras estemos juntos.

Ella acarició su mejilla y él vio como su brazo sangraba. —Hostia nena.

—Ha debido ser porque al levantarme me arranqué la vía.

—Voy a llamar a una enfermera. —Pulsó un botón de la cama y de encima de la mesilla cogió una toalla que le pasó por el brazo con delicadeza antes de apretarle la herida.

—Me he asustado.

—Sabía que pasaría y fue una de las razones por las que insistí en quedarme.

—¿Y qué otras razones había?

Él sonrió. —La intensidad de lo que siento por ti.

Se emocionó con sus palabras. —Todavía no puedo creer que me quieras.

—Pues estamos igual, porque yo todavía no me puedo creer que cierta pelirroja entrara en mi vida para que se convirtiera en lo más importante para mí.

—Tu arte...

—Sin ti nada merece la pena, nena. Y estos días que has estado tan enferma me lo han confirmado. —Se acercó y besó sus labios tiernamente. —Y podré seguir pintando. Solo necesito que alguien de la cara por mí. Ya lo encontraré.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se hagan pasar por ti?

—Exacto. ¿Conoces la historia de Margaret Keane?

—¿Esa mujer que pintaba niños con ojos grandes? Su marido hacía creer a todo el mundo

que él era el creador de las obras porque ella era muy tímida, ¿no es cierto?

—Exacto. He estado pensando en ello y creo que solo necesito alguien que se lleve la gloria.

—Eso no es justo. Tú...

—Shusss... No pasa nada. Todo irá bien. —La advirtió con la mirada. —Piensa en nuestro futuro, después de esto tendremos tiempo a hablar.

Entró la enfermera y sonrió. —¿Se ha quitado la vía?

—Se ha asustado un poco al despertarse y no verme con ella.

—Oh... No pasa nada, ahora se la pongo. ¿Le duele mucho? Le falta una hora para la medicación, pero...

—Esperaré —dijo mirando los ojos de Granger que asintió.

No la dejaron salir de la clínica hasta seis días después porque el médico temía que se le abrieran los puntos. Pero al fin le dieron el alta para alivio del FBI y prácticamente disfrazados se subieron a un avión rumbo Austin. Ya sentada en el avión rodeada de escoltas que parecía que iban de vacaciones, se quedó mirando su nueva licencia de conducir. Levantó una ceja por la foto. Era reciente, de hecho, de unos días antes de que se la llevaran, pero recordaba que en esa foto también estaba Jenny. —¿De dónde la han sacado?

—De tu ordenador —dijo por lo bajo. Le miró sorprendida—. Oh sí, lo han registrado todo. Hemos perdido cualquier intimidad. Pero algo bueno tiene todo esto, ¿sabes?

—¿Sí? ¿El qué?

—Que se encargarán de vender nuestras casas y darnos el dinero.

Se le cortó el aliento. —¿De veras? ¿Y tus cuadros? ¿Los que tenías en el estudio?

—Eso ya no tiene importancia, nena. —Se acercó discretamente y susurró —He llamado a mi ayudante por un teléfono del hospital. Es quien lleva las ventas de mis cuadros en la galería.

Separó los labios. —¿Y?

—Tiene la llave de mi casa. Irá a recoger los cuadros esta noche y se los llevará a la galería con los juegos de mi padre y todo lo que poseo de valor. Granger no sabe nada. Le he contado a Bill lo que ha ocurrido por encima y me ha dicho que a partir de ahora no firme mis obras, que ponga un símbolo. Le puedo enviar los cuadros desde donde sea y él se encargará de todo. El misterio vende.

—Pero tu estilo... La gente se dará cuenta.

—Ya estaba harto de mi estilo. Me estaba encasillando y tengo ideas increíbles desde que te he conocido.

Sonrió. —¿De veras?

—De todo tipo —dijo comiéndosela con los ojos antes de coger su mano—. A este dedo le falta algo.

—¿Lo piensas remediar, señor Fiorentino?

—Por supuesto que lo remediaré.

Se acercó. —¿Y me enseñarás a pintar?

—Te voy a enseñar mil cosas de todo tipo.

Se acercó y le besó en el lóbulo de la oreja. —Tengo un plan...

Granger sonrió. —Lo suponía. Yo también tengo uno. —Besó su cuello y susurró —
¿Lista para escaparte, nena?

Se apartó para mirar sus ojos. —¿Ya?

—¿Te sientes con fuerzas?

—Sí.

—Esto es lo que haremos en cuanto bajemos del avión.

De la mano de su Granger caminaban prácticamente rodeados de esos tipos que casi no les dirigían la palabra. Granger apretó su mano y ella dijo —¿Puedo ir al baño?

—Señorita, queda poco para que lleguemos a su destino, ¿no puede esperar?

—No quería llamar la atención en el avión y ya he esperado mucho.

El agente miró a otro que asintió con la cabeza y todos juntitos fueron hasta el baño que estaba apenas a unos metros. —Nena, ¿necesitas ayuda?

—No gracias, cielo. —Uno de los agentes la acompañó hasta la puerta y le miró asombrada. —¿Va a entrar conmigo?

Este carraspeó. —No, claro que no. La esperaremos aquí. Dese prisa.

Le miró con desconfianza antes de empujar la puerta y a toda prisa fue hasta el último cubículo donde estaba Jenny esperándola vestida con unos pantalones y una casaca azul de limpiadora. En silencio se subió al escalón de plástico que había ante el carrito y se metió dentro tumbándose boca arriba con las piernas a un lado como Granger le había indicado. Uff, como olía allí a toalla sucia.

Sin decir una palabra Jenny puso sobre ella un panel de plástico blanco y tiró sobre ella las dos bolsas de basura que colgaban del carrito. Esperaba que no se dieran cuenta de que era un carrito de hotel, ¿pero qué podían hacer si la pillaban? ¿Castigarla? Sintió como empujaba de ella.

—Un momento —escuchó provocando que retuviera el aliento.

—Oiga, ¿qué hace? Eso es basura. Puaj, qué asco, se ha pringado los dedos de mierda de bebé.

—Joder... ¡Pasa!

Sintió como su amiga empujaba el carrito y como en cierto punto echó prácticamente a correr. El sonido de un claxon la alertó de que ya estaban fuera. —Vamos, vamos... No tardarán en ponerse nerviosos y entrar a buscarla.

Sintió que la subían por una especie de rampa y como se cerraban unas puertas. — ¡Acelera! ¡Tenemos que ir al punto dos! —Escuchó como se movían las cosas que tenía sobre ella. —Abre esa bolsa, Martha.

—Ahora soy Marion.

—Uy, perdón.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, mamá, pero si me sacáis mejor que me duele el costado.

—Pobrecita.

De repente se levantó el panel y ambas la miraron con sendas sonrisas. —Hola —dijo ella extendiendo la mano—. ¿Me ayudáis?

Impacientes tiraron de ella y cuando pudo salir del carrito las abrazó a las dos intentando no dar con la cabeza en el techo. —¿Cómo estáis?

—Bien, perfectas —contestó su amiga.

—¿Cómo han picado con este truco? —preguntó incrédula.

—Ni idea, para que veas como está el FBI —dijo su amiga—. ¿Te has enterado? Han detenido a mis padres.

—Lo siento.

—Tú menos que nadie tienes que sentirlo. Por su culpa te metiste en esta situación. Al parecer mi padre estaba bien pringado en el asunto, aunque en nuestra zona mandaba el de los tatuajes.

—¿De veras? Granger no me ha dicho nada de eso.

—¿El tuyo o el otro?

—Ninguno de los dos. —Estiró el cuello para ver que su padre llevaba la camioneta. —
Hola papá.

—Cielo, en mis buenos tiempos esto no hubiera colado. Hubieran revisado el carrito de arriba abajo. Que asco de país, va todo fatal.

—Y que lo digas. —Se agarró en su asiento. —¿A dónde vamos?

—Al punto B a recoger a tu marido —dijo su madre divertida.

—¿Cómo va a escapar? No pude preguntárselo en el avión, no nos quitaban ojo.

—Como se ha hecho toda la vida. Corriendo. En cuanto entraran en el baño a buscarte saldría corriendo hasta otro baño donde tiene ropa de policía.

—¿De dónde lo habéis sacado todo?

—¿Adivina dónde me han buscado trabajo esos idiotas? —preguntó Jenny—. En la comisaría limpiando los vestuarios. Recogiendo las toallas sucias y limpiando wáteres. ¡Yo que soy auxiliar de enfermería!

—Y muy buena.

—Te salvé la vida.

—Y te lo agradezco.

—Pues ellos no nos agradecen nada el sacrificio que hacemos por nuestro país y por nuestra sociedad. A saber lo que nos hubiera pasado si seguimos con ellos.

—Mejor no averiguarlo. ¿Tenemos dinero?

—Claro que sí, no dejamos que nos lo quitaran, aunque el cabrito de Granger, el otro, no quería que nos lo quedáramos. Seguramente se olía esto.

—Sí, seguramente. Por eso había diez guardias en el hospital. —Soltó una risita. —Se va

a poner hecho una fiera cuando se enteren de que nos hemos ido. ¿Cómo habéis escapado vosotros?

Nadie contestaba y miró a Jenny que hizo una mueca. —Solo nos vigilaba un coche ante la casa. Con salir por detrás...

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Qué has dicho?

—Nosotros no somos importantes para ellos, Arietta —dijo su padre—. Tú eres el testigo. Quieren cazar a O'Tull y nosotros no tuvimos ninguna relación con él en el pasado. Tú sí.

—Así que si os matan les importa un comino —dijo furiosa. Nadie respondió lo que era un sí rotundo—. Malditos bastardos.

—Ahora ya lo saben todo, que hagan su trabajo y nosotros nos piramos. —Jenny cogió su bolso del carrito. —¿Tienes aquí las medicinas?

—Sí.

Su amiga abrió su bolso y miró los frascos asintiendo. —Perfecto. Tenemos hasta que te repongas.

—Creo que habían pensado en eso para que no tuviera que volver a ver a un médico. — Se llevó la mano al costado. —¿Tenéis algo de agua? Estoy seca.

Su madre le pasó una botella. —Cielo siéntate, estar así de encorvada no es bueno para tus costillas.

Se sentó en el suelo de la furgoneta con ayuda de Jenny e impaciente por reunirse con Granger bebió sedienta. Su amiga le puso la mano en la frente y su madre la miró preocupada. Apartó la botella. —Estoy bien. ¿El punto B ese está muy lejos?

—Aún tardará en llegar. Calcula una hora.

Capítulo 11

Sentada en el suelo de la furgoneta miró a su madre que estaba ante ella y sabía que estaban pensando lo mismo. Ya habían pasado dos horas. —Joder... —escuchó decir a su padre desde el asiento del conductor.

—No va a venir, le han cogido —dijo Jenny, aunque lo pensaban todos.

—Muy bien, ¿qué hacemos?

—Papá pon rumbo a Las Vegas.

—¿Estás loca? —preguntó Jenny.

—No me voy a quedar de brazos cruzados mientras todos destrozan nuestras vidas. El FBI debería ayudarnos y en lugar de eso somos prisioneros. ¡No pienso consentir que ni un bando ni el otro maneje nuestros destinos!

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó su madre—. ¿Jugarte la vida otra vez? Hija, que te han secuestrado y disparado, ¿crees que te librarás de nuevo?

—¡Al menos lucharé por vivir como yo quiero! Puede que en Cownhill no, claro, ¡pero sí llevar esa misma vida en otro sitio y no en un piso de mala muerte en Austin!

—La niña tiene razón. Tenía razón desde el principio, tenemos que librarnos de todos.

—¿Y qué piensas hacer en Las Vegas? —preguntó su amiga.

Giró la cabeza hacia a ella. —Negociar con O'Tull.

Se abrió la puerta de atrás de golpe y las tres gritaron del susto suspirando del alivio al ver a su Granger allí. —¿No me esperabais?

—¡Llegas tarde! ¡Me tenías de los nervios!

Él sonriendo entró en la camioneta y cerró las puertas. Mirando su trasero hizo una mueca. —El uniforme no te queda nada mal.

—Tu amiga lo ha robado pequeño.

—Chico, es que no hay muchos polis como tú, ¿sabes?

Riendo por lo bajo se acercó a ella y la besó en los labios. —¿Qué tal, nena?

—Son más idiotas de lo que creía.

—Les hemos tomado desprevenidos. Granger se pensaba que colaboraríamos porque así se lo hicimos ver. Es evidente que solo querían protegerte, no se esperaban una fuga. ¿Te has hecho daño?

—Un poquito, pero estoy bien.

Acarició su mejilla mirándola bien como si quisiera asegurarse, antes de sentarse a su lado para quitarse la cartuchera con la pistola de mentira que llevaba y tirarla a un lado. —¿Matthew?

—Me pongo en camino.

Las tres le miraron con desconfianza. —Uy, que me da que tu novio tiene otro plan y no es negociar con O'Tull.

La miró espantado. —¿Qué ha dicho tu amiga?

—Quiero llegar a un trato con él.

—¡Te quitará del medio antes de que abras la boca! Nena, deja de hacer planes que no se te da bien.

—Oye, que lo de grabarlos con los drones hubiera salido genial si el padre de esta no se

hubiera chivado.

—Tío, ¿cuál es tu plan? —preguntó Jenny impaciente por oírlo—. Seguro que es mil veces mejor que el de ella.

—Vaya, gracias amiga.

—Las amigas están para decir las cosas bien claritas. —Ambas miraron hacia él. —¿Y bien?

—Mi plan es librarnos de todo de un plumazo. Del FBI porque ya no habrá caso y de la mafia porque ya les importaremos una mierda. Mi plan es matar a O'Tull y a Melissa.

—No les importaremos una mierda si los de la mafia no nos descubren otra vez, claro —dijo ella por lo bajo empujando el carrito de la limpieza.

—Sigue hablando y sí que nos van a descubrir —dijo Granger desde dentro cubierto de sábanas.

—Cielo, esto no lo veo.

—Nena, deja de hablar, el casino está lleno de cámaras.

—Hay gente que habla sola, o por los auriculares del móvil. —Le escuchó gruñir. —Pero lo que no habla son las sábanas, así que cierra el pico. —Un cliente con un traje carísimo pasó a su lado y ella sonrió. —Buenos días.

Ni le contestó y ella jadeó indignada. —Será grosero.

—Céntrate.

Giró con el carrito y llegó a la zona que ocupaba el dueño del hotel. Mes y medio le había costado averiguar, sin levantar sospechas, si O'Tull vivía allí o fuera del casino. Y se había enterado de que al parecer al tipo le gustaba pasear por sus dominios cada noche para hacerse el

importante, antes de retirarse a la mejor suite del hotel. Ella nunca le había visto, por supuesto, porque a esa hora ya había terminado su trabajo, pero al fin había llegado el momento de verse las caras.

Se acercó a la puerta de cristal que ponía que estaba prohibido el paso y tiró de ella empujando el carrito antes de cerrarla de nuevo. —Ya he llegado al ala sur. —Allí vivían los jefazos del casino. La relaciones públicas, el director del hotel, el director del casino y por supuesto el jefe. No tenía muy claro cuál de las cuatro puertas era la suya que era la que tenía que hacer primero, pero habían hablado de ello y habían decidido que sería la que tenía las mejores vistas, así que fue hacia la derecha pues en esa parte del hotel se veían los casinos más importantes y por la noche con todas las luces encendidas era impresionante. —Ya estoy aquí —susurró. Con el puño golpeó ligeramente.

—Nena, seguro que hay timbre.

—Uy... —Miró a un lado y allí estaba. Pulsó el botón y esperó. La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y sonrió al hombre que sin chaqueta no se cortaba en mostrar la cartuchera que tenía en los hombros con un buen pistolón.

—¿Quién eres tú?

—¿No le han avisado? Anne está enferma. Gastroenteritis. La señora Romero me ha pedido que suba yo.

—Espera aquí.

Asintió y él cerró la puerta seguramente para llamar a su supervisora. Pasaron unos minutos y discretamente por si la observaban se pasó la mano por su peluca rubia para asegurarse de que estaba en su sitio. La puerta volvió a abrirse y ella sonrió. —Pasa.

Empujó el carrito y miró a su alrededor. El salón era enorme y había un gran ventanal que lo rodeaba.

—No molestes al jefe, está trabajando en el despacho —dijo señalando una puerta antes

de señalar otra al otro lado del salón—. Allí está su habitación. Limpia bien el baño, ayer hubo una zorra que lo dejó todo perdido.

Asintió y empujó el carrito hacia allí dirigiéndose directamente al baño, ignorando que la cama estaba llena de sangre. Intentando controlar los nervios y sabiéndose vigilada, entró en el baño llevándose el carrito con ella. Menos mal que aquello era enorme y el tipo no vería raro que lo metiera con ella. Había sangre por todas partes. La había zurrado de lo lindo, ese cabrón. Apretando los labios se puso los guantes y cogió la lejía con unos paños. Echó lejía por la bañera y por el lavabo. Recogió varias toallas y agarró una bolsa.

—¿Qué haces? —preguntó él desde la puerta demostrando que la estaban vigilando.

—Es para que los clientes no las vean. La sangre les llamaría la atención. Les alarmarían.

Él entrecerró los ojos. —Bien. Sí, está bien pensado. Continúa.

Metió las toallas en la bolsa y él se alejó provocando que suspirara del alivio. Empezó a limpiar el lavabo y acercándose como si estuviera mirando algo que tenía que frotar, cogió el tubo de la pasta de dientes metiéndolo entre el paño. Se volvió hacia el carrito y lo tiró sobre las sábanas. Empezó a tararear en voz muy baja que era la señal con la que le decía a Granger que ya lo tenía en el carrito. Ahora él tendría que sustituirlo. No había sido fácil encontrar el talio, pero internet era de lo más práctico y hasta se lo enviaron a casa. Por supuesto lo habían probado con dos ratas que había en su apartamento y funcionó. Se habían quedado tiesas. Así que después de perfilar el plan habían comprado treinta pastas de dientes distintas y habían metido talio en cada una de ellas. Era un veneno muy difícil de detectar porque era inoloro e insípido, así que ese cerdo no se daría cuenta cuando se lavara los dientes. Con los guantes puestos cogió el jabón que tenía impregnado de talio y lo puso sobre la jabonera ya que también podía ser absorbido a través de la piel. Al limpiar en la bañera agarró el dispensador para quitar las manchas de sangre y desenroscó el dispensador con intención de rellenarlo, pero no sabía dónde tenían aquel gel. Salió del baño con él en la mano y vio que el tipo estaba sentado en una silla mirando el móvil. —Disculpe. ¿Sabe dónde está el gel para reponer esto? No es el del hotel.

—Mira debajo del lavabo.

—¿Puedo abrir? No quisiera que nadie se moleste.

—Te doy permiso —dijo sin mirarla siquiera.

Entró en el baño a toda prisa y se agachó para ver todos los productos de aseo de ese cerdo. Alargó la mano y cogió el bote de talio que tenía preparado, echando en el interior del dispensador una buena cantidad. Cerró el bote colocándolo entre los productos del carrito y cogió el gel de debajo del lavabo para terminar de rellenar el dispensador. Cuando lo colocó en la bañera sintió una satisfacción enorme. Agarró la bolsa llena de las toallas y la tiró dentro del carrito. Entonces apareció el tubo de pasta de dientes entre las toallas y ella lo agarró a toda prisa antes de coger toallas limpias y colocarlas por todo el baño antes de limpiar el espejo. Fregó el suelo lo más rápido que podía. Miró a su alrededor comprobando que todo estuviera impecable para que no hubiera quejas y se aseguró que hubiera bastante papel higiénico. —Listo —dijo por lo bajo antes de empujar el carrito hacia afuera. Asegurándose de que todo estaba bien pasó la fregona de nuevo para no dejar una sola huella sobre el mármol. Se volvió hacia la cama y sin quitar los guantes empezó a quitar las sábanas de algodón egipcio. Las metió en otra bolsa y ese tipo al verla asintió como dándole el visto bueno. —Disculpe, ¿pongo las de algodón egipcio del hotel o el señor tiene sus propias sábanas? Me he dado cuenta de que estas tienen sus iniciales y la supervisora no me ha dado el cambio.

—Están en el armario del pasillo. Joder, esa vieja es una inútil, no te ha explicado nada.

A toda prisa fue hacia el pasillo y lo abrió viendo allí toda la ropa de cama y muchas toallas con las iniciales del jefe. Así que tuvo que volver al baño para ponerle las toallas con su nombre antes de empezar a hacer la cama. Preocupada por Granger hizo la cama de manera impecable en tiempo récord y pasó la aspiradora después de limpiar el polvo. —¿Paso el salón?

—Déjalo para mañana. —Él se levantó y dijo mirándola a los ojos fijamente —Hablando de mañana, vendrás tú. Eres mucho más rápida que esa que envía la vieja. Pero ven más tarde.

Esta noche el jefe va a dar una fiesta y se levantará tarde.

—Muy bien. —Empujó el carrito hasta la puerta y dijo —Hasta mañana.

Él no contestó y salió de la habitación. Cuando se cerró la puerta susurró —Espero que estés cómodo, cielo, porque aún me quedan otras tres aquí.

—Nena, eres increíble.

—Lo intento.

Dos horas después metía el carrito en la zona de servicio y se cruzó con su supervisora. —Vacía el carrito y ve a la quinta planta, necesitan refuerzos.

—Enseguida. ¿Puedo ir al baño antes?

—Por supuesto, niña. Esto no es un campo de concentración.

Se metió en el baño de empleados con el carrito y todo. La mujer impresionada susurró —Que trabajadora es esta chica.

Después de asegurarse de que no había nadie, bloqueó la puerta de la entrada con el palo de la fregona y ayudó a Granger a salir del carro. Después cogió la bolsa que llevaba con las pastas de dientes antes de tirarla a la basura del carrito con el resto del frasco de talio y sus guantes. Él al verla se quitó los guantes tirándolos también para evitar riesgos de envenenamiento y le dio un beso en los labios. —Ha sido perfecto, nena. —Él se subió la cremallera del mono de mantenimiento. —Te veo en casa después del trabajo. —Le guiñó el ojo y se metió en uno de los cubículos dispuesto a esperar al menos media hora antes de salir.

Arietta salió del baño y corrió para tirar la basura al contenedor que recogerían en un par de horas y las sábanas las dejó en el depósito de la lavandería. Fue a por unos guantes nuevos y siguió trabajando como si nada.

Entró en casa y Jenny se volvió con la espátula en la mano. —¿Qué tal?

—Ha salido perfecto.

Su padre salió de la habitación y ella levantó una ceja. Él sonrió. —He inyectado el laxante en seis botellas de champán que se servirán esta noche. El maître eligió esa caja delante de mí y dijo que era exclusivamente para el jefe y sus invitados. Yo mismo se la llevé al botones haciendo una paradita en el almacén donde no me viera nadie y donde no hubiera cámaras.

—Perfecto. ¿No ha llegado Granger?

—Me ha llamado. Al salir vio como ese tío, el que es la mano derecha de O'Tull, salía del hotel y le ha seguido por si hay suerte. Igual va al mausoleo por la fiesta de esta noche a elegir a las chicas.

—¿Tenía que seguirle precisamente hoy?

—Creo que está algo impaciente por terminar —dijo su madre entrando en el salón.

Suspiró dejando su bolso sobre el sofá donde vio el cuaderno lleno de dibujos. Dibujos de ellos al lado de un lago. Era evidente que estaba deseando apartarse de todo aquello, pero como le había dicho una vez cuando te pones nervioso cometes errores. Sintió una inquietud en la boca del estómago. Sacó su móvil desechable del bolso y le llamó. No le cogía el teléfono. —Mierda.

—Igual no lo oye, seguro que aún lo tiene en silencio. —Jenny se volvió con la sartén en la mano. —¿Alguien tiene hambre?

Todos negaron con la cabeza y se encogió de hombros antes de servirse todos los huevos en un plato. —Yo estoy que me comería una vaca. Los nervios me dan por comer.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —dijo su madre.

Con la boca llena la miró con los ojos como platos. —Estoy como una foca, ¿no?

—Has cogido unos kilitos con tanta comida basura.

—Yo también —dijo Arietta para que no se sintiera mal por ello—. En cuanto pase esto volveremos a hacer ejercicio. —Volvió a llamar y preocupada fue hasta la nevera para sacar una cerveza. Apretó los labios antes de dejar el móvil sobre la mesa y abrir la lata. —Como le descubran los del FBI...

—Está prevenido —dijo su padre—. Sabe hasta donde tiene que llegar. Tu hombre es listo, así que no te preocupes.

Que no se preocupara... Eso era imposible. Estaba saliéndose del guión y eso solo llevaba a tener problemas. Bebió de su cerveza y dijo —Voy a ducharme.

—¿Mañana irás a trabajar? —preguntó su madre.

—Claro, es la única manera de saber a ciencia cierta lo que está pasando. Además, seguro que Melissa irá al funeral y podré acercarme como empleada. Ahí es cuando la pillaremos. Jenny, ¿las jeringuillas?

—Preparadas con el litio y con el anestésico. Se desmayará en el acto en cuanto le inyectes la mitad, pero debes ponerla entera.

—Bien. —Dio otro sorbo y entonces lo sintió. Jadeó molesta. —¿Granger ha fumado? —Se volvió para mirarles. —Me huele a tabaco.

—Pobre chico, menudo marcaje le hace —dijo su padre por lo bajo cogiendo el mando de la tele.

—Papá quiero que me dure.

—Hija, lo dejaré cuando crea oportuno. Si debe fumar dos al día como mucho. Lo dejaré antes de que te des cuenta, pero está bajo mucho estrés, no le obligues así.

Gruñó, pero igual tenía razón y le estaba exigiendo demasiado. Se volvió entrando en su mínima habitación y cogió los vaqueros limpios de Granger para doblarlos y meterlos en el armario. Entonces vio que faltaba la pistola que habían comprado a un tipo cuando llegaron a

Las Vegas. Salió de la habitación y preguntó —¿Habéis cogido la pistola?

—No —contestaron los tres.

Ahora sí que se puso nerviosa. —Aquí pasa algo.

Su padre entrecerró los ojos. —Ahora que lo dices, vi como el chico antes de que se acabara mi turno salía del hotel con una caja de herramientas. Pensé que iba a arreglar algo fuera, pero no le vi volver y eso que había poca gente en el bar.

—¿Cuándo te llamó para decirte que iba a seguir a ese?

—Hace una media hora.

—La fiesta empieza en dos horas.

—Así que las chicas están elegidas —dijo Jenny.

Cogió el móvil y llamó de nuevo, pero seguía sin cogerlo.

—Hija, no puedes hacer nada hasta que tengas noticias. No sabes dónde está.

Volvió a llamar y en ese momento descolgaron, pero solo escuchó un gemido que le heló la sangre antes de que el teléfono comunicara. —Dios mío...

—¿Qué? —preguntó Jenny.

—He escuchado a alguien gemir y después han colgado.

Su padre frunció el ceño. —Igual no quería que sonara el móvil y al colgarte se equivocó de botón. A mí me pasa mucho. Hija, ¿qué puede pasarle?

—Tengo un mal presentimiento, algo no va bien. Si no ha cogido el teléfono porque no podía, ¿dónde está?

—¿En un sitio donde debe ser discreto? —dijo su padre—. Donde no quiere que se fijen en él.

—Exacto, y por lo tanto está en peligro.

Era evidente que todos pensaban lo mismo, pero su padre intentó animarla. —Ari, no será

nada, ya verás. Te estás preocupando como el día del aeropuerto y al final no pasó nada.

¿Estaba exagerando? Puede, pero en su situación más valía estar atentos a cualquier problema que pudiera surgir y era evidente que aquello era un problema. Empezó a pensar mil cosas que podían haber ocurrido y ninguna era buena. ¿Tenía que desaparecer precisamente esa noche? Estaban tan cerca de terminar... Como no sucediera nada, Granger la iba a oír por largarse solo y no seguir el plan. El que decía desde hace semanas que había que planearlo todo al detalle. Apretó los labios intentando encontrar una solución para dar con él, pero no se le ocurría nada. —¿Llevaba la furgoneta?

—Sí, hija. Sabes que sí —dijo su padre.

Gruñó furiosa yendo hacia la habitación y cerró de tal portazo que rompió el marco de la puerta y descascarilló la pared.

—Sí hija, habrá que esperar a que vuelva.

Capítulo 12

A las seis de la mañana encendió la televisión desesperada por saber algo, lo que fuera. Cambió de canal hasta encontrar noticias locales y se quedó de piedra al ver la fachada del casino. —Pues sí, una intoxicación que ha llevado al hospital a veintisiete personas, todas invitadas por el dueño del hotel Víctor O'Tull que se encuentra muy grave en la UCI en el MountainView. Al parecer él es quien sufre los síntomas más graves. Todavía no se sabe la causa de la intoxicación, pero se están haciendo análisis a toda la comida que se encontraba en la suite.

Escuchó un ruido tras ella y miró sobre su hombro para ver a su padre que la observaba ignorando la noticia. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Papá, ni siquiera ha llamado. —Matthew rodeó el sofá y la abrazó. —No ha llamado, le ha pasado algo.

—Shusss, le encontraremos. Llamaremos a Granger y dará con él.

—Acabamos de recibir una noticia de última hora. —Miraron hacia el televisor. —Se ha encontrado a un hombre muy mal herido al lado del cadáver de una mujer en un callejón cerca de la avenida de Santa Catalina. Iremos informando cuando sepamos algo más. Ahora vamos con el tiempo. ¿Qué día hará hoy, Jerry?

Miró asustada a su padre. —¿Y si es él?

—Eso no lo sabemos. Aquí matan a gente todos los días.

—¡Sí, pero todos los días no desaparece mi novio!

Su madre salió de la habitación. —¿Y si la niña tiene razón? ¿Y si es él? Ha tenido que pasarle algo para que no haya dado señales de vida, cielo.

—Muy bien, averigüemos si es él.

—¿Cómo?

—He sido sheriff casi treinta años. No te preocupes, lo averiguaré.

Veinte minutos después su padre colgaba el teléfono. —Un hombre con sus características ha sido ingresado en el Mountain. Un hombre sin identificar, moreno, uno noventa, ojos verdes. No lleva documentación. Como he dicho que estaba investigando una desaparición y tenía razones para pensar que estaba en Las Vegas no han puesto problemas. Mucha gente viene aquí a desfasar y la persona con la que he hablado no le ha extrañado mi llamada. Dice que la policía está allí, seguramente para interrogarle si se despierta porque está inconsciente.

—Inconsciente —dijo ella asustadísima—. Dios mío, le han encontrado al lado de una mujer muerta.

—Seguramente querían matarle a él también —dijo Jenny sirviéndose un café. Todos la miraron como si fuera idiota—. ¿Qué? Alguien tiene que decirlo. Es evidente que le han pillado viendo lo que no debía o ha hablado con quien no debía. Y yo voto por la prostituta, porque se la han cargado y tirado con él.

—No sabemos si es prostituta —dijo su madre asustada.

—Jenny tiene razón, es lo más probable. —Arietta cogió su bolso. —Tengo que ir a averiguar si es él.

—Hija, está en el Mountain. Hay prensa con lo de O'Tull y estará lleno de su gente.

—Es mejor que vaya yo —dijo Jenny—. A mí no me conocen. Ninguno de ellos me conoce.

—En eso Jenny tiene razón —dijo su madre asustada.

—Vístete, rápido.

—Pero tienes que ir a trabajar —dijo Jenny—. Verán raro que no vayas y más después de lo que ocurrió ayer. Tienes que ir.

—Como hayan descubierto que Granger trabajaba en el casino, rodarán cabezas. —dijo Matthew muy tenso—. No pienso dejar que mi hija vuelva allí. Sería jugarse el cuello. Ahora tenemos que dejar nuestros planes a un lado y encontrar al chico.

Sentados en el coche robado que les había vendido un vecino miraban hacia la puerta de urgencias donde Jenny había entrado llevando una bata en el brazo como si fuera a trabajar. Ya habían pasado diez minutos, pero Arietta suponía que le costaría encontrarle. Vieron como dos tipos bajaban de una furgoneta con una cámara de video en la mano y se acercaron a uno de los periodistas con micro. Cuando vieron llegar otra furgoneta Arietta miró a su padre. —Ha pasado algo más.

—Sí, parece que van a entrar en directo. Espero que sea que ese cabrón ha muerto.

Muy nerviosa asintió. Efectivamente vio como la periodista hablaba al micro mirando a cámara. Llegó una ambulancia y le tapó la vista. Estiró el cuello y en ese momento llegó un coche negro que frenó ante ellos en el aparcamiento. Separó los labios de la impresión al ver a Melissa bajar del coche con el tipo que era su mano derecha y sin darse cuenta cogió la mano de su padre mientras perdía todo el color de la cara. Matthew la miró. —Morena, cabello a la altura de los hombros, elegante... ¿Es ella?

—Sí.

—Perfecto... —Abrió la puerta del coche.

—¿A dónde vas? —preguntó asustada.

—A darle su merecido.

—Matthew mata a esa zorra —dijo su madre con odio dejándola de piedra.

—¡Papá entra en el coche!

Matthew no le hizo caso y caminó hacia la entrada de urgencias. —Dios mío...

Salió del coche antes de que su madre se diera cuenta y Martha la siguió. —¡Arietta no!

Corrió hacia el hospital temiendo por su padre y en ese momento salió el auténtico Granger deteniéndoles en seco. La reconoció en el acto y gritó sacando su arma —¡Alto! ¡FBI!

El tipo que iba con Melissa se volvió con el arma en la mano pensando que era a él. Entonces otro hombre que salía tras Granger sacó el arma y empezaron a dispararse los unos a los otros. Granger se volvió disparando y Melissa se llevó la mano al cuello cayendo al suelo mientras su padre regresaba corriendo y la cogía de la muñeca. —¡Vamos, vamos!

Todo el mundo gritaba corriendo para intentar cubrirse con los coches y ellos se subieron a su vehículo. —Dios mío... —dijo al ver que Granger estaba en el suelo y que varios policías les rodeaban con las armas en alto. Matthew arrancó. —¡No! ¡Tenemos que esperar a Jenny!

—Ni de broma. ¿Has visto a ese tipo? ¡Iba a deternos! —Salió de su plaza y a los pocos segundos salían del aparcamiento. Angustiada miró hacia el hospital —Al enterarse de lo que ha pasado irá al apartamento. La esperaremos allí.

—¿Creéis que está muerta? —preguntó su madre.

—No lo sé, cielo. Es una herida grave. —Su padre entrecerró los ojos. —Pero al fin se hará justicia. Ahora tienen razones para entrar en el mausoleo. Liberarán a esas chicas, descubrirán los cuerpos en el jardín.

Arietta se echó a llorar. —Al fin somos libres y...

—Si es él quien está ahí se pondrá bien, cielo —dijo su madre—. Tiene mucho por lo que vivir. El futuro que habéis planeado le hará salir adelante.

Sentada en el sofá se apretaba las manos intentando controlar el miedo que la atenazaba. Su padre preocupado susurró a su madre —Esto ya ha sido la gota que ha colmado el vaso. Está al borde del colapso, casi ni podía salir del coche.

Su madre preocupadísima asintió. —Esperemos que Jenny llegue con buenas noticias.

La llave en la cerradura de la puerta les sobresaltó y miraron los tres hacia allí para ver a Jenny, que con el rictus serio entró en la casa. —¿Es él? —preguntó Arietta sin aliento.

—Sí —respondió su amiga dejando el bolso sobre el sofá—. Sí, es él.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —Está muy grave, ¿verdad?

—Le han pegado una paliza que ni sé cómo está vivo. Le iban a operar. Eso le oí decir al doctor cuando hablaba con el FBI.

—¿Te vio algún agente? Estaba allí Granger, ¿le viste?

—Sí, estaba allí, menos mal que él no me vio. Se fue apenas unos minutos después y cuando se oyeron los disparos se organizó una buena. Al salir los policías para ayudar en el tiroteo pude acercarme a nuestro Granger y leí su historial. Va a tardar en recuperarse. Tiene hemorragia interna y un pulmón dañado. Eso sin mencionar que le han roto varios huesos. Fue una paliza de muerte.

Pálida ni pudo hablar mientras su padre daba un paso hacia ella. —¿Y la mujer que estaba en el callejón?

—Bajé al depósito suponiendo que la tendrían allí. Hablé con el médico y le dije que mi hermana había desaparecido y que había oído que había llegado un cuerpo. Me lo enseñó. Era

una chica que era difícil de identificar, pero el tipo me enseñó un tatuaje que tenía en el antebrazo de una rosa con espinas.

A Arietta se le cortó el aliento. —Dios mío... La chica del camión.

—Al seguir a ese tipo debió encontrarla y haría preguntas —dijo su padre—. Y les pillaron, eso es evidente.

Sollozó. —¡Era una cría todavía! ¡Esos malditos salvajes! ¡Era una cría! —Matthew abrazó a su hija con fuerza y esta gimió de dolor contra su pecho. —Papá...

—Estoy aquí, mi niña. Estoy aquí. —La sentó en el sofá temiendo que se desmayara y miró a su mujer que retenía las lágrimas a duras penas. Matthew la besó en la coronilla. —Es duro, pero piensa en nuestro Granger. Ahora tienes que seguir siendo fuerte por él. Te necesita. Es cuando más te necesita.

Se dijo que tenía razón, pero no podía dejar de llorar y Jenny se acercó a ella para tenderle algo. —¿Tómame esto?

Sin ver lo que le ofrecía negó con la cabeza y Jenny dijo —¡Tienes que tomártelo, estás de los nervios!

—Tengo que...

—¡Ahora no puedes hacer nada, Arietta! Tómame esto y mañana ya pensaremos qué hacer. —La agarró por la melena y tiró de su cabeza. Ella gritó y casi se atraganta con las pastillas, de hecho, las tragó de milagro y miró a su amiga como si estuviera loca. —¿Qué? Tienes que descansar. Tranquila, que ahora lo vas a hacer.

—¿Qué me has dado?

—Dos pastillas infalibles.

—¿Cómo de infalibles?

—Tres, dos, uno...

Arietta sintió que se le cerraban los ojos y aunque intentó mantenerlos abiertos se le volvieron a cerrar antes de caer hacia atrás totalmente grogui. —¿Qué le has dado? —preguntó su madre espantada.

—Algo que he robado en el hospital, presentía que las necesitaría. ¿Queréis una para relajaros unas horas?

Los dos asintieron vehementes. —Sí, creo que una pastillita nos vendrá genial.

Un sonido en la cocina la despertó y confundida se pasó la mano por la frente antes de tocar el colchón buscando a Granger. Entonces recordó que estaba en el hospital y se sentó de golpe. Se levantó a toda prisa y salió de la habitación para ver que su madre estaba sentada a la mesa con una taza de café en la mano. —¿Se sabe algo?

—No, cielo. Esta mañana Jenny ha ido al hospital a ver si se enteraba de algo, pero todavía no ha llamado.

—¿La ha llevado papá?

—Sí. —Se levantó y cogió la sartén.

—Mamá no tengo hambre.

—¡Vas a comer!

Se le cortó el aliento porque fue consciente de que su madre también estaba muy nerviosa. —¿Mamá?

De repente se echó a llorar. —Oh, cielo. Por todo lo que has pasado... Esa maldita gente ha destrozado tu vida. ¡Malditos! ¡Malditos sean!

Se acercó a ella y le cogió la sartén de la mano para dejarla sobre la cocina antes de abrazarla. Su madre la apretó contra su pecho. —Mi niña...

—Estoy bien. Estoy aquí, a tu lado.

Su madre tembló entre sus brazos lo que la preocupó, la preocupó muchísimo. Tenía que conseguir que se sintiera a salvo cuanto antes.

—Cuando pienso lo que podría haberte pasado, me entra una mala leche.

—Ahora se ha terminado, mamá. —La besó en la mejilla. —Ya somos libres. Están muertos y a los que viven no les importamos tanto como para seguirnos hasta Canadá. Sobre todo si huimos, porque de esa manera demostramos que no queremos más líos. Así que podemos irnos. —Se apartó para mirar sus ojos. —De hecho, vais a iros ya.

—¿Qué?

—Granger tardará en salir del hospital. Yo me quedaré aquí...

—De eso nada. No pienso dejarte sola, ¿me oyes? Y ahora vas a comer algo —dijo cogiendo la sartén para cambiarla de fogón.

—Mamá, cuando le saque del hospital necesitará un sitio donde descansar, no ponerse a buscar casa en Canadá.

Martha la miró sorprendida. —¿Pretendes que nos vayamos a buscar casa?

—Sí. Granger necesitará recuperarse y debemos buscar donde vivir cuanto antes. —Sus ojos brillaron de la ilusión. —Y no lo vais a tener fácil, mamá, porque queremos la casa de nuestros sueños.

—Explícate.

Le describió la casa que querían y su madre la miró escandalizada. —Cielo, esa casa será carísima si es que existe.

—Tiene que existir. —Se volvió. —De hecho... —Cogió el ordenador portátil y levantó la tapa. —Creo que la he encontrado.

Su madre se acercó con curiosidad. La puso en la pantalla. Una antigua casa de troncos

que necesitaba un montón de arreglos porque hasta el porche estaba casi derrumbado. Martha se sentó. —Tiene ocho habitaciones, así que tendremos espacio de sobra. Y está frente a un lago enorme. —Ilusionada pasó las fotos. —Además tiene una finca de tres hectáreas. Y podremos construir el estudio de Granger, quiero que tenga vistas al lago y...

—¿Ese es el precio? —preguntó su madre realmente impresionada.

—Es de un banco, por eso está a mitad de precio.

—Lo dices como si fuera un chollo, pero vale medio millón de dólares canadienses.

—Mamá... ¿Nuestra casa por cuánto se vendería?

Hizo una mueca. —¿Unos cuatrocientos? Pero hija, todavía no la hemos vendido y además esa casa necesita muchos arreglos.

—Por eso necesito que vayáis antes y arregléis lo que podáis.

—No tenemos el dinero para comprarla. Repito, no hemos vendido la casa.

—He pensado mucho en ello y ya sé cómo vamos a conseguir el dinero.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Vas a jugar a la lotería? Ah no, que no puedes presentarte a recoger el premio porque te reconocería cualquiera.

—Ja, ja... —Sus ojos brillaron. —Nos lo va a dar el FBI.

—¿Qué has dicho?

—Piénsalo bien. ¿Crees que quieren que hable con un periodista y cuente mi historia?

—¿Estás loca?

—Mamá no tengo que hacerlo, simplemente tengo que asustarles con ello. El FBI quedaría en evidencia y pagarían por cerrarme la boca.

—O te pegan un tiro y asunto arreglado. ¿En serio quieres que todos los agentes del FBI nos persigan hasta la muerte?

—¡Mamá, no seas negativa!

—¿Negativa? ¡Déjate de líos! Cuando lleguemos a Canadá buscaremos algo mientras vendemos las casas y cuando tengamos el dinero...

—Puede que esta casa ya no esté a la venta.

—Pues tendrá que ser otra.

Entrecerró los ojos. —Es nuestro sueño, mamá. ¡Y si mi hombre sale de esta, pienso conseguirlo!

En ese momento se abrió la puerta y ambas vieron sorprendidas como su padre y Jenny entraban en el piso. —¿Por qué no habéis llamado? —dijo asustada levantándose—. Ha...

—Está en la UCI, hija. Muy grave, pero vivo.

—Dios, Dios... —Sus ojos se llenaron de lágrimas antes de mirar a su amiga. —¿Se salvará?

—Es joven y fuerte. Y luchará. —La abrazó. —Tranquila, te quiere y hará lo que sea por recuperarse.

Sorbió por la nariz mirando a su padre que se sentó en el sofá. Estaba muy preocupado. —¿Papá?

—Hija siéntate, tengo algo que decirte.

Pálida miró a Jenny que apretó los labios, lo que le indicaba que algo iba muy mal. —¿Qué pasa?

—Siéntate, ha surgido algo que no esperábamos.

—¿El qué? ¡Decidlo de una vez!

—O'Tull no ha muerto.

Les miró pasmada. —Claro que sí, ¿cómo no se va a morir?

—Todavía no ha muerto, sigue en la UCI y según ha averiguado Jenny está mejorando.

—¡No! ¿Saben lo que le pasa?

Jenny suspiró sentándose en el sofá. —Saben que es una intoxicación, pero no se les ocurre el motivo.

—¿Y está mejorando? —preguntó incrédula—. ¿Pero de que está hecho ese tío? ¿De hierro?

—No sabemos cuánto talio ha entrado en su organismo. —Su padre negó con la cabeza. —Igual fue algo ligero.

—¡Si está en la UCI! ¡Tiene que estar muy grave si está en la UCI! —Entonces recordó algo. —¿Y los demás?

—Melissa murió en el acto y su hombre también. Granger... El otro, no el tuyo, fue dado de alta el mismo día por voluntad propia después de que le sacaran la bala sin cirugía. Es todo un campeón.

—¿Cómo te has enterado de todo eso?

Jenny suspiró. —En el hospital no se habla de otra cosa. He ido a la máquina de café y he coincidido con una enfermera que no ha parado hasta que me ha contado el último detalle. Yo por supuesto me hice la loca y en ese momento llegó un médico con el que está liada y así les saqué lo de O'Tull y lo de nuestro Granger. Y ahí viene otro problema. Como Granger, el agente, estaba allí por nuestro Granger, porque descubrieron su identidad por las huellas digitales, y como luego ocurrió lo de Melissa, que casualmente era la sobrina de O'Tull, los del hospital creen que todo está relacionado.

—Dios mío, Granger está en peligro. Los hombres de O'Tull pensarán que es un testigo. Cuando el que ordenó su paliza sepa que trabajaba en el casino, estará muerto.

—Exacto —dijo su padre—. Veo que entiendes el problema.

—Hay que sacar del hospital a Granger cuanto antes.

—¿Cómo? ¿Sabes la cantidad de policía y agentes del FBI que hay por el hospital? ¡Y según tengo entendido a nuestro Granger le vigilan varios tipos bien armados! Además, necesita

cuidados muy especializados y...

Arietta pensó en lo que le habían dicho. —¿Era su sobrina?

Ambos asintieron. Entonces Arietta sonrió de oreja a oreja. —Entonces todos irán a su funeral.

—¿Qué estás pensando? Porque si lo que quieres es matar a O'Tull en el funeral, él no va a estar en condiciones de acudir.

—No, claro que no, pero sí irán sus hombres y si reconozco a alguno podremos seguirles.

—Pero el FBI ya estará en el mausoleo —dijo Jenny—. Tu padre cree que sí.

—He pensado mucho en ello. ¿Por cuatro tiros iban a poder entrar en el mausoleo? Creo que no.

—Claro que sí, saben dónde está —dijo su padre—. Aunque ella esté muerta los del FBI hablaron con ese chófer. Ese que te sacó de la finca.

—¿Y qué si ellos saben dónde está la casa? Si algo he aprendido en la carrera es que un juez no dará una orden de registro sin un testimonio, una prueba, algo que indique que allí hay delito. Sin nada de eso no se la darán. Puede que sepan dónde está la casa, pero no tienen una sola prueba que les permita entrar, por eso me necesitan todavía. Melissa vivía allí, ¿pero esa era la dirección en la que residía oficialmente? Apuesto que no. Como el otro tipo. Esa casa estará registrada a nombre de una empresa fantasma para que nada les salpique si la registran...

—Mierda —dijo su padre—. Así que estamos igual que antes.

—O peor, porque el chico se juega el cuello —dijo su madre.

—Bien, calma —dijo Jenny—. Aún estamos con vida y hemos quitado a esa zorra del medio. —Entrecerró los ojos. —Si reconoces a alguno de esos tipos y les seguimos nos verá el FBI.

—No si nos llevamos los drones.

Su amiga no entendía nada. —¿Y qué pretendes hacer después?

Ari levantó una ceja. —¿No es evidente? Entrar en esa casa para provocar que pueda entrar el FBI y encuentre a las chicas.

Su amiga no salía de su asombro. — ¿Y cómo entraremos en la casa?

—¿Un funeral? Llevamos flores de los clientes. —Sonrió maliciosa. —Vi a algunos aquella noche. Gente muy importante. No rechazarán sus ramos.

—¿Y después?

Sus ojos brillaron cuando se le ocurrió algo. —Después robamos el dinero que está en el despacho y dejamos pasar al FBI provocando un incendio.

—Esta hija mía ha perdido la cabeza —dijo su madre por lo bajo—. Primero quiere chantajear al FBI y ahora nos viene con esto.

—¡Mamá!

—Hija, tu novio tiene su vida pendiente de un hilo, está vigilado por el FBI y seguramente amenazado por esos sinvergüenzas, ¿no crees que ya tenemos bastante? Tenemos que sacarle del hospital.

—Hasta que no se recupere no podemos hacer nada —dijo Jenny interesadísima—. ¿Y cómo vamos a robar ese dinero?

—Eso es lo que tenemos que planear. —Entrecerró los ojos pensando en ello. —Y rápido porque el funeral no tardará demasiado en celebrarse. No tenemos mucho tiempo.

Capítulo 13

Se aseguró de que la mascarilla estuviera bien puesta sobre la cara antes de asentir a Jenny. —Bien, vamos allá. —Su amiga empezó a hablar de un procedimiento quirúrgico y dieron la vuelta a la esquina para pasar entre los del FBI como si nada y empujar la puerta a la UCI. Serían inútiles. Estaba claro que Granger allí no estaba seguro. Había varias camas que eran vigiladas por un mostrador central donde había tres enfermeras. Jenny sin cortarse fue hasta el mostrador. —Hola, soy de cardiología. Vengo a revisar el electro de Granger Fiorentino.

Una de ellas mirando su móvil señaló la cama del fondo con un gesto de cabeza y Arietta siguió a Jenny impaciente por verle. Le habían puesto aparte en una habitación con paneles de cristal y la puerta estaba abierta. Dentro una enfermera ponía algo en un gotero y miró hacia ellas. —Hola, ¿cómo va el paciente? —preguntó Jenny.

—Tirando, que ya es mucho. —La mujer se apartó y Arietta pudo verle. Se le encogió el corazón porque su rostro estaba amoratado e hinchado de manera grotesca. Tenía una venda en la cabeza y su brazo izquierdo estaba escayolado. Su pecho estaba al descubierto porque estaba lleno de sensores y eso dejaba ver los morados sobre todo uno enorme que tenía en el costado. El resto no podía verlo por la sábana que cubría sus piernas, pero o estaban muy hinchadas o aquello eran escayolas. —No sé cómo sigue vivo con seis costillas rotas y todo lo demás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por lo que tuvo que sufrir. La enfermera apartó la sábana y vio las escayolas. Una tenía un hierro que salía hacia afuera, pero lo que la horrorizó fue el apósito que tenía bajo el ombligo de parte a parte de la cintura.

—Le han dejado hecho una pena.

—Con lo guapo que debe ser —dijo Jenny acercándose a uno de los aparatos para mirar un papel que colgaba—. ¿Cómo va de tensión?

—Después de operarle hubo algún problemilla, pero ahora va como un reloj.

—El doctor Carson quiere que le informe de su estado. Veo que el electro va estupendamente, es un campeón.

—Sí, mejora cada día. —Miró a Arietta. —¿Es de prácticas? Las de prácticas se emocionan con estas cosas.

—Sí —dijo como si fuera un fastidio. Miró hacia ella advirtiéndole con la mirada —. Coge su historial y léetelo a ver si así aprendes algo.

—Las nuevas siempre están muy verdes.

—Ni te lo imaginas.

La mujer le tendió el historial. —Voy a ver a uno aquí al lado. Tengo que vigilar sus constantes.

—¿Accidente? —preguntó Jenny como si nada.

—Intoxicación. Un caso rarísimo. No tenemos ni idea de lo que puede haberle pasado.

Se les cortó el aliento y Jenny fue la primera en reaccionar. —¿No será ese del casino que sale en las noticias?

—El mismo —dijo desde la puerta—. Lo que resiste el tío. Tiene los órganos internos hechos papilla.

—No fastidies. ¿No será contagioso? Que estoy embarazada.

—Lo han pensado, pero le han hecho todas las pruebas y nada. Así que puedes estar tranquila.

Disimulando Arietta abrió el historial. —A ver si sale de esta.

—Mejoró algo, pero ahora está cayendo en picado. Los doctores ya no saben qué hacer.

—Vaya —dijo Jenny antes de mirar a Arietta—. ¿Estás leyendo? —preguntó exasperada.

La enfermera se fue y Arietta le dio el expediente acercándose a Granger. —Cielo...

—Shusss, no te puede oír nadie —susurró su amiga sin dejar de leer.

Acarició su antebrazo con cuidado y se acercó a su oído. —¿Me oyes, mi amor? Si me oyes te estoy esperando. Mi corazón te está esperando y te esperará siempre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te necesito y te echo muchísimo de menos.

—Arietta tenemos que irnos. —Jenny dejó el historial en su sitio. —Nos estamos exponiendo demasiado.

Besó su mejilla y se apartó. —Volveré.

Se limpió las lágrimas y salió tras Jenny con la cabeza agachada. —Hasta la próxima, chicas —dijo su amiga antes de ir hacia la puerta.

—Oh, ¿puedes decirle al doctor Carson que le llevan a rayos dentro de una hora?

—Sí, claro. No te preocupes.

Los ojos de la enfermera mostraban que sonreía tras la mascarilla. —Gracias, no sé por qué no coge el teléfono.

—Estará ocupado —dijo desde la puerta—. Yo me encargo.

Al salir pasaron entre los agentes y cuando se alejaron su amiga juró por lo bajo. —Mierda. Ahora tengo que avisar al doctor, puede ser importante. Además, si tenemos que volver por algo puede que se enteren de que no he dado el recado.

—¿Quieres que lo haga yo?

La miró espantada. —¡No! Si te preguntara algo no sabrías de qué habla.

—Pues tienes razón.

—Espérame en la cafetería. Enseguida voy.

—Vale.

Cada una fue hacia un lado del pasillo y casi se detiene en seco al ver a Granger yendo hacia ella mientras hablaba por el móvil. Arietta se detuvo ante un carrito de curas y él pasó de largo diciendo —Tenéis que encontrarla, joder. La necesitamos. —Al escuchar eso le siguió. —No pueden haber desaparecido de la faz de la tierra. Él está aquí, así que ellos también tienen que estar en Las Vegas. —Iba a dar la vuelta a la esquina y Arietta se detuvo por no encontrarse otra vez con los que custodiaban la puerta. —Han muerto seis chicas más de los prostíbulos de los suburbios. Están sembrando la ciudad de cadáveres, tenemos que detenerles.

Se le cortó el aliento y salió corriendo mientras sus palabras no paraban de acosarla. Tenemos que detenerles. Estaban muriendo y ella solo quería conseguir dinero para la casa... Era una maldita egoísta. Se metió en un baño respirando agitadamente y se quitó la mascarilla sintiendo que se ahogaba. Dios, ¿qué estaba haciendo? ¿En qué había metido a toda su familia? Estaba muriendo gente, a Granger casi le habían matado, tenía que hacer algo. Angustiada sollozó recordando la vida que durante esas últimas semanas habían planeado para su futuro. No podía renunciar a ese sueño, era lo único que le quedaba. Se metió dentro de uno de los wáteres y nerviosa se apoyó en la pared. —Piensa, piensa... —Ya se lo había contado todo al FBI, se habían encargado de interrogarla mil veces en el hospital antes de subirla a aquel avión. Pero no había identificado a nadie. No, eso no lo había hecho. No había identificado a nadie de Las Vegas. Ni siquiera a O'Tull porque jamás lo había visto. Solo había contado el nombre que aquella chica le había dicho en el Mausoleo. Se puso la mascarilla de nuevo y salió del baño a toda prisa porque tenía mil cosas que hacer.

Su padre viendo como manipulaba el dron apretó los labios. —¿Estás segura de esto? Estarás corriendo un riesgo mucho mayor si vas a sacar fotos en el funeral.

—Tengo que identificarles para que Granger sepa con certeza quienes son los implicados.

—Hija, ¿y si se dan cuenta?

—Habrá prensa, habrá policías, no se van a extrañar si alguien ve el dron, que lo dudo. Esta maravilla tiene un alcance de objetivo de trescientos metros. Estaré segura en la furgoneta. —Se levantó con el dron en la mano. —¿Está todo listo?

—Sí, todo perfecto. Déjame ir.

—Ni hablar. Jenny y yo no parecemos una amenaza. Están acostumbrados a tratar con mujeres y se sentirán superiores. Nos dejarán pasar sin dudar, estoy segura. De todas maneras, la caballería estará preparada fuera. —Miró su reloj. —¿Jenny?

Salió de la habitación bajándose la amplia camiseta con el logo de la floristería. —Lista.

—Hija ten cuidado —dijo su madre muy nerviosa.

—Si lo vemos feo abortaremos —dijo Jenny—. No os preocupéis.

Miró a su madre a los ojos. —Todo irá bien. Lo hemos hablado mil veces. Si no estamos aquí en cuatro horas, llamar a Granger y le decís lo que ha pasado. Le dais nuestra última posición. Jenny os la irá enviando cada cuarto de hora. ¿Lo tienes todo claro?

—No te preocupes, hija —dijo Matthew—. Cuatro horas desde que salgáis de aquí.

—Si necesitamos más tiempo te llamo. —Cogió la mochila y las llaves de la furgoneta. —Vamos allá.

Salieron por la parte de atrás del edificio y se subieron a la furgoneta que había alquilado su padre, porque todavía no tenían ni idea de donde estaba la suya. Jenny la conducía mientras ella preparaba el ordenador y el dron que habían comprado para su misión. Cuando encendió el ordenador, vio la casa al lado del lago que había puesto como fondo de pantalla. Eso le dio

fuerzas para llevar a cabo todo lo que tenía en mente. Jenny puso rumbo a la Iglesia de Santa Juana de Arco. Es que era la leche que hicieran el funeral en un sitio que se llamaba así.

—Enciende el navegador —dijo su amiga—. No podemos llegar tarde.

Lo hizo poniendo la dirección de la iglesia y viendo la línea roja que tenían que seguir dijo —Detente a dos calles de la iglesia.

—Entendido.

Pasaron por el bulevar de los casinos y su amiga giró a la derecha deteniendo la camioneta en un callejón. —¿Crees que aquí está bien?

Asintió abriendo la puerta y cogió el dron para ponerlo en el suelo. —Vamos pequeño, necesito que te portes muy bien. —Cogió el mando y lo elevó. Ella miró hacia arriba para que pasara entre los edificios y después se guió por la cámara mientras su amiga vigilaba. Arietta vio a un grupo de gente vestida de negro antes de que la cámara enfocara la iglesia. —Ya está, ponlo a grabar.

Su amiga pulsó el botón y el ordenador mostró la imagen donde varias personas charlaban ante la iglesia. —Perfecto, se ve genial.

—Sí, es increíble, incluso en esta pantallita lo veo estupendamente. —Entonces reconoció a uno. Estaba en la sala cuando la subastaron. —Ahí va el primero. —Amplió la imagen para mostrar un primer plano. —Ahora. —Su amiga pulsó para que el programa sacara la foto. —No saques solo una.

Jenny pulsó varias veces en distintas posiciones hasta que mostró su perfil. —Ya tengo muchas, busca otro.

—Vete enviándolas.

—Ya estoy en ello. —Cogió el archivo enviándolo al correo electrónico abierto que Arietta ya había preparado.

Ante la iglesia vio a otro que estaba en las escaleras el día en que llegó al mausoleo. —

Siguiente.

—Estoy lista.

Encontró a seis personas que había visto en el mausoleo antes de que llegara el féretro y entrara la gente en la iglesia. Hizo regresar el dron y cuando lo recogió se metió en la camioneta. —Vamos, vamos. —Su amiga salió del callejón. —Mete la camioneta en aquel parking. Que nadie vea el cartel de la floristería.

Jenny asintió e hizo lo que le pidió mientras ella revisaba las imágenes. Comprimió el archivo y escribió la carta describiendo a cada uno y diciendo que puesto ocupaban dentro del mausoleo. Se lo envió todo a Granger a su correo en el FBI y suspiró del alivio. —Ya está.

—Pues genial ahora puedes quitarte ese estúpido peso que tienes encima. No sé por qué tienes que torturarte porque no sepan hacer su trabajo.

—Esas chicas están muriendo.

—Son unos puñeteros inútiles —dijo su amiga con rabia—. Hemos utilizado los trucos más trillados del mundo para esquivarles y todos han dado resultado.

—Espero que para proteger a nuestro Granger estén más atentos.

—Está rodeado de personal sanitario. No te preocupes por él.

—Nosotras pasamos.

—Eh, yo soy enfermera.

—Yo pasé.

Jenny gruñó. —Envíale un correo a ese para que le proteja mejor.

—¿Acaso crees que no se lo he dejado claro en la carta?

—Esa es mi amiga.

Miró el reloj. —Muy bien, prepárate.

—¿Ya has elegido a quién vas a seguir?

Le mostró una foto en la pantalla del ordenador. —A este. Vigilaba la escalera. Entonces era uno de los vigilantes. Seguro que va solo o con otro.

—¿Y si no van a la casa?

—Irán.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque saben que el FBI les está vigilando, sino serían estúpidos. Tienen que controlar a las chicas para que no haya ningún error.

—¿Por qué no han desmantelado el Mausoleo?

—Igual lo han hecho, eso no lo sabemos. Pero si sacaran a las chicas correrían un riesgo enorme a que les pillaran. Lo único que pueden hacer bajo mi punto de vista, es mantenerlas a raya hasta que se larguen a investigar otra cosa. Piénsalo, ellos creen que el FBI no tiene pruebas para entrar y es lógico que lo piensen porque todavía no han registrado la casa. Lo que ha pasado con Melissa les ha puesto nerviosos y han eliminado problemas en la ciudad. Igual porque alguna de las chicas se estaba yendo de la lengua con algún cliente. Pero el Mausoleo está aislado, las chicas están muy controladas. No hay razón para que el FBI entre allí, pues no se está cometiendo ningún delito. Te apuesto lo que quieras a que no se acerca por allí ningún cliente. Ni se acercarán hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

—Entonces si las chicas están en la casa, esos tipos del funeral irán hasta allí, esa es tu teoría, ¿no?

—Eso pienso. Y si ya no hay nadie en la casa irán donde vaya el nuevo jefe.

Jenny la miró sorprendida. —¿Nuevo jefe?

—¿Crees que el negocio no lo controla otro? Y apostaría por la mano derecha de O'Tull. —Le mostró una foto del hombre que había estado en la habitación del hotel el día que la había limpiado. Hablaba muy serio con unos hombres como si les estuviera ordenando algo. —Apostaría por este.

—El casino.

—El casino. Si ambos van hacia el casino es que las chicas ya no están en la casa y que las hemos perdido, pero tengo el presentimiento de que eso no ha pasado. Son muy valiosas para ellos.

—Espero que tengas razón.

—Estarán a punto de salir. Lo descubriremos enseguida.

Apenas unos minutos después empezó a salir la gente y a través de la cámara les observó. El tipo que le interesaba habló con el que ella creía que iría hacia el casino para encargarse del negocio y después de unos segundos se alejó con otro que ella había fotografiado. —Preparada. Se mueven.

Su amiga arrancó la furgoneta. —Cuando digas.

Les vio subirse al coche. —Rojo, descapotable. Creo que es un Ferrari.

Jenny silbó. —O ganan mucha pasta o se llevan el coche de alguien.

—Ese coche le pegaba a Melissa, ¿no crees?

—Ahora lo entiendo.

—Ya. Van hacia el sur.

—Vamos allá. —Salió de la plaza y fue hasta la salida dándole veinte dólares al chico de la garita. —Quédate la vuelta.

—Gracias.

Temiendo retrasarse en cuanto se abrió la valla Jenny pisó el acelerador provocando que otro coche tuviera que frenar en seco para dejarla salir. —Tranquila —dijo Arietta mirando la pantalla.

—¿Voy bien?

—Están pasando por Las Vegas bulevar.

—Oh, esa la conozco. —Giró a la derecha y cuando llegó a la siguiente intersección volvió a torcer. —Esta es la calle. ¿Voy bien?

En ese momento el Ferrari pasó a su lado en dirección contraria y ambas se miraron antes de chillar. Jenny giró el volante para dar la vuelta a la manzana. —¡No improvises! —exclamó Arietta.

—¿Que no improvise? —Se metió en la calle de nuevo y vieron el semáforo en rojo, así que se detuvieron a cuatro coches de ellos. —Es tu dron el que está mal.

—Muy bien, síguelos a cierta distancia hasta que no haya tanto tráfico y entonces les seguimos con el dron para que no nos vean.

En tensión se mantuvieron en silencio mientras les seguían por las calles de Las Vegas hasta que entraron en una autopista. Se mantuvieron alejadas porque el Ferrari era tan llamativo que se les veía bastante bien.

—Estamos llegando —dijo Arietta después de un rato.

—¿Cómo lo sabes?

—Deben estar alejados, pero no tanto que sea un engorro para sus clientes ir hasta allí. Además cuando me escapé hicimos un trayecto de media hora como mucho hasta llegar a la entrada de la ciudad. Saldrán enseguida.

Efectivamente el tipo puso el intermitente y Arietta dijo —Frena un poco.

Salieron de la autopista tras ellos y la salida las llevó hasta una intersección para ir a la derecha o la izquierda. Ambas vieron como iban hacia la izquierda y Jenny giró hacia allí. La carretera era tan recta y había tan poco tráfico que podían llegar a verlas. —Aléjate más.

Jenny frenó poco a poco para aumentar su distancia hasta que casi eran un punto en el

horizonte. —¿Les sigues? —preguntó.

—Sí, están en el visor. ¿Preparada? Ahora empezaremos a subir una colina y en diez minutos habremos llegado.

—Preparada.

Mirándoles fijamente a través de la pantalla apretó los labios. —Están girando a la izquierda. —Negó con la cabeza sin poder creérselo. —Hay una señal que pone Finca hermosa.

—Apuesto que vamos bien.

—Y yo también.

Jenny no tardó en ver la señal y giró hacia la izquierda. —Mierda, no he estado más nerviosa en mi vida.

Concentrada en la pantalla dijo —No te desvíes.

—¿No estás nerviosa?

—No puedo permitírmelo. —En ese momento vio el muro. —Detente. Ya han llegado.

Jenny frenó la furgoneta. —¿Y si viene alguien y nos ve aquí?

—Diremos que la furgoneta ha hecho ruidos raros. —Hizo que el dron volviera mientras Jenny recogía el ordenador y todo lo demás para meterlo en la bolsa. Arietta saltó de la camioneta y el dron no tardó en llegar. Lo puso en el asiento del copiloto y su amiga lo guardó mientras ella buscaba su localización en Google y se la enviaba a su padre con un mensaje que decía. *“La casa está a un kilómetro subiendo la colina. En media hora entramos.”* Tiró el teléfono en la bolsa y la agarró para esconderla no fuera a ser que registraran la furgoneta. Había una gran roca cerca de la pendiente y la escondió allí. Se volvió para mirar a Jenny que estaba de pie al lado de la puerta del conductor esperándola y Arietta respiró hondo. Ahora a rezar para que todo saliera bien.

Capítulo 14

Frenó la furgoneta ante la verja y se ajustó las gafas de pega sobre la nariz. Un tipo salió de una garita mirando el cartel de la furgoneta. —¿Sí?

—Traemos unos encargos —dijo comiendo un chicle—. Leche, lo que me ha costado encontrar esto. —Cogió la tablilla. —Dos centros de flores en memoria de Melissa Farrell-O'Tull.

—Todo se ha enviado al casino.

—¿Casino? —preguntó sin entender—. No, me han dicho que los traiga aquí. Los envía... —Miró la tablilla. —Peter Gutiérrez. Oye Mary, ¿este tío no es actor?

—No me suena. Ya sabes que los nombres se me dan fatal.

Arietta miró al tipo interrogante. —Oye, a mí me van a pagar igual. Si no me dejas pasar los dejo aquí. Pero te lo advierto son enormes y necesitan cuidados especiales. El que los ha enviado se ha gastado una pasta y supongo que se disgustará cuando le digamos que no nos han dejado ni entrarlos en la casa, pero... —Abrió la puerta.

—Espera. —Él apretó los labios. —Espera aquí. —Fue hasta la garita y le vieron descolgar un teléfono.

Ambas se miraron de reojo. —No nos van a dejar pasar —susurró su amiga.

En ese momento se abrió la verja y Arietta sonrió interiormente al ver a dos tipos armados salir de la finca. —Eh, ¿qué pasa? —preguntó ella aparentando estar asustada.

El de la garita dijo —No os mováis. Van a registrar la furgoneta.

—¿Qué?

—¿Quieres pasar?

—Pues no lo sé, la verdad. —Vieron por el espejo retrovisor como iban hacia la parte de atrás y uno abrió la puerta trasera para mostrar los enormes centros de flores. —¡Tienen tarjeta! —dijo ella—. Pero debería abrirla un familiar, ¿no?

Se cerró la puerta de golpe y uno de los que llevaban una ametralladora se acercó a su ventanilla. —Puedes pasar. Dejas los centros ante la escalera y te largas, ¿me has entendido? No puedes entrar en la casa.

—Pero son orquídeas vivas.

—¿Y?

—Se morirán si no las colocamos como debe ser. Esos centros han costado cuatro mil dólares, ¿sabes? Mira, no sé quién eres, pero eso deberíamos consultarlo con el familiar más cercano. Es un regalo que demuestra que la vida sigue. Es un mensaje, ¿entiendes? Y ese tío debe apreciar mucho a la familia para que haga un regalo así. Oye, si se mueren yo no quiero saber nada, pero estoy obligada a decirlo, aunque todo esto es muy raro.

—Lisa vámonos —dijo Jenny asustada—. Este sitio no me gusta.

Él miró a una y después a la otra. —Muy bien, dejadlos en el salón. Un hombre os vigilará.

—A mí me importa un pito mientras podamos hacer la entrega y largarnos de aquí, que no queremos líos y me da que vosotros sois de gatillo fácil.

Sonrió malicioso. —Entonces perfecto. —Hizo un gesto a su compañero. —¡Qué pasen! —Miró hacia ella de nuevo. —Bienvenidas al Mausoleo.

Le miraron como si fuera un bicho raro y este rio por lo bajo alejándose.

—No nos van a dejar salir. Somos dos caramelitos y en cuanto te quiten la peluca y esas gafas de pega te descubrirán.

—Ni se imaginan que soy yo. —Metió la directa y aceleró enfilando el camino.

Jenny miró a su alrededor. —Dios mío, esto es un fortín.

—Tranquila, hemos entrado.

—¡Y no saldremos!

—¡Tranquilízate! Seguiremos el plan y saldremos de esta.

—Júramelo.

La miró a los ojos. —¿Te he fallado alguna vez?

—No —dijo emocionada.

—Te juro que saldremos de esta. —Frenó ante la casa y un hombre bajó las escaleras con una pistola en la mano. Ellas no se movieron y él dijo —Bajad.

Miró a Jenny antes de abrir la puerta y bajó de la furgoneta. Jenny asustada se puso a su lado. —Oye o guardas esa arma o me largo de aquí.

—Tienes cinco minutos para sacar esos ramos y dejarlos en el salón. Has entrado, así que vas a dejar los puñeteros ramos antes de largarte de aquí cagando hostias, ¿me has entendido?

Asustada susurró —Sí, lo he entendido.

—Pues date prisa antes de que pierda la paciencia.

Fueron a la parte de atrás prácticamente pegadas y eso le hizo gracia a ese cerdo que rio por lo bajo. Abrió las puertas y dijo —Coge de ahí. —Agarraron la enorme base y la sacaron lentamente. —Que no se te caiga, por favor.

—Sí, sí, claro.

Dios, Jenny estaba tan asustada que todas las flores temblaban. Rodearon la camioneta y empezaron a subir los escalones. —Así, muy bien.

El tío que las seguía sin quitarles ojo dijo —A la derecha.

Fueron hacia donde él les indicó y cuando llegaron al gigantesco salón dijo —Jenny déjala en el suelo.

—¡No, aquí en medio no! —ordenó aquel tipo.

La dejó en el suelo y se volvió hacia él. —No puedo dejarla en este salón.

—¿Y eso por qué?

—Porque hay un montón de ventanas y no puede darles es sol directamente. Se morirán en unas horas.

—No jodas.

—Necesito un sitio no muy grande que tenga solo una ventana. Después que los dueños hagan lo que quieran con ellas, pero yo voy a dejarlas como debe ser.

Él apretó los labios y en ese momento apareció el tipo del Ferrari. —¿Qué coño pasa?

—Esta que trae unos centros regalo de Gutiérrez y se pone tonta sobre donde dejarlos.

—Oiga, yo solo hago mi trabajo.

—Lisa dejémoslo aquí. Si el cliente se queja porque se mueren no es culpa nuestra.

El nuevo miró el ramo con los labios apretados. —Orquídeas.

—Son muy delicadas. Hasta que no las vea su nuevo dueño...

—Su nuevo dueño soy yo. Que las lleven al despacho.

—Jefe, ¿seguro? Es enorme y al parecer hay otro.

—Que pongan uno a cada lado de la mesa hasta que decida qué hacer con ellas. Que no les de la luz directamente.

Asombrándola porque sabía de lo que hablaba se dijo cuidado Arietta no metas la pata y des lecciones de floricultura que este te puede pillar. —Gracias —dijo ella. Se agachó para agarrar el centro con ayuda de Jenny y salieron del salón. Sin poder evitarlo miró hacia la

escalera donde una chica bajaba los escalones y al darse cuenta de que era Serena escondió la cara tras las hojas de la planta para que no la reconocieran.

—Ya está, jefe. Todo tranquilo.

—¿Las niñas están dormidas?

—Como troncos.

Se le cortó el aliento porque le dio la sensación de que las mantenían drogadas y sus ojos coincidieron con su amiga que le hizo un gesto para que disimulara.

—Vete a la cocina, enseguida voy y te cuento lo que vamos a hacer.

—Vale —dijo tan contenta. Era evidente que con la salida de Melissa de la casa ahora ella era la que se encargaba de las chicas. Increíble. Suspiró del alivio cuando escuchó sus tacones alejándose. Menos mal, porque aunque llevaba la peluca y las gafas de pega puede que la reconociera.

Dejaron la planta a un lado del escritorio y aquel tío asintió antes de mirar al de la ametralladora. —Dales una propina antes de que se vayan.

—Gracias —dijo Jenny tímidamente.

—Buen trabajo, son preciosas.

Ambas forzaron sendas sonrisas y él se fue del despacho dejándolas solas con aquel tipo que seguía mirándolas con desconfianza. —Venga, meted el otro y largaos de aquí.

—Sí, claro.

Jenny fue delante y antes de llegar a la puerta gruñó doblándose. Él se acercó. —¿Qué coño pasa ahora?

Arietta le clavó la aguja en su cuello y este puso los ojos en blanco antes de caer al suelo sin sentido mientras Jenny cerraba la puerta. —Rápido.

Rodeó el escritorio y abrió el cajón. Sonrió al encontrar la llave y fue directamente hacia

la enorme caja fuerte que había en la esquina. Metió la llave y la giró a toda prisa. Se quedaron de piedra. Había desde lingotes de oro hasta fajos de billetes.

—¿Cómo han dejado esto aquí sabiéndose vigilados?

—Por el mismo motivo por el que no pueden sacar a las chicas, por si les detiene la policía y les registran al salir de la finca.

Cogió una bandeja negra y levantó la manta para mostrar un montón de diamantes. —Aquí está nuestro futuro. —Su amiga puso las manos en forma de cuenco y volcó los diamantes en ellas antes de poner la bandeja en su sitio. Cogió dos fajos de billetes de cien para metérselos en la riñonera que tenía pegada a la cintura bajo la camiseta. Jenny después de guardarse los diamantes en los bolsillos del vaquero la ayudó cogiendo otro fajo para metérselo en la parte de atrás y cerró la cremallera. Hizo lo mismo con Jenny y cogió varios fajos para metérselos en las gruesas medias que llevaban bajo el pantalón. Cuando bajaron las perneras Jenny se giró para que la viera. —¿Se nota?

—No, no se nota nada. Vámonos. —Cerró la caja a toda prisa y guardó la llave en su sitio. Corrió hasta la planta donde su amiga ya había hundido las manos en la tierra para sacar la bolsa de plástico con las pistolas y el móvil. Sacó el móvil que tenía en la bolsa y llamó a la policía. —¿Oiga? Me han secuestrado —susurró como si estuviera a punto de llorar—. Es una casa enorme. Están locos, hay muchas chicas y van armados... Por favor, no sé dónde estoy, localicen la llamada. —Dejó el móvil tras las hojas y se metió la pistola dentro de la cinturilla del pantalón bien cubierta con la camiseta. —¿Lista?

—Si no salimos de aquí, quiero que sepas que eres maravillosa y que te quiero como a una hermana.

Emocionada susurró —Lo mismo digo.

Fueron hasta la puerta y la abrieron para salir, quedándose de piedra al ver al Serena saliendo de una habitación. —Nosotras ya nos vamos.

—Muy bien. —Fue hasta la escalera y entonces se detuvo en seco mirándolas sobre su hombro con la sorpresa reflejada en su rostro. —Tú...

—No digas nada.

—No saldrás de aquí.

—Ya lo hice una vez.

Bajó el escalón y miró asustada hacia la puerta por donde había salido. —Llévame contigo, por favor.

—Os sacaré a todas, pero ahora no. Confía en mí. —Serena apretó los labios. Era evidente que ya no confiaba en nadie. —De hecho, ya vienen. Escóndete hasta que llegue la policía.

Los ojos de Serena brillaron antes de correr escaleras arriba y ellas fueron hacia la puerta. Bajaron las escaleras aparentando calma y después de cerrar la puerta de atrás, se subieron a la camioneta. Arietta condujo hacia la verja conteniendo el aliento y cuando esta se abrió creyó que iba a llorar del alivio. Salieron sin mirar al de la garita y cuando segundos después dieron la vuelta a la curva gritaron de la alegría.

—¡Lo conseguimos! —gritó Jenny.

—Dios mío, y sin lo de la otra planta.

—Teníamos que aprovechar que nos dejaron solas con ese. Mejor si no necesitamos las granadas que consiguió tu padre.

Arietta miró el retrovisor para comprobar que no las seguían y cuando llegaron al a roca frenó para que Jenny bajara a toda prisa para recoger la bolsa. Arrancó el cartel de la floristería del costado de la camioneta y abrió la puerta corredera lateral para subirse pegando un portazo. Abrió la bolsa mientras Arietta salía a la carretera de nuevo. Jenny se puso el móvil al oído. —Estamos fuera —dijo tan contenta—. Ni te vas a creer lo que llevamos. Os recogemos en una hora.

Su amiga se pasó al asiento delantero y cuando llegaron a la carretera general escucharon las sirenas. —Entra en esa gasolinera.

Giró el volante y detuvo la furgoneta ante el surtidor. Cuando pasaron dos coches ella aceleró de nuevo y apretó los labios. —No son bastantes.

—El FBI aprovechará la oportunidad. Como dijiste pueden entrar en una casa si saben que se está cometiendo un delito. Están siguiendo la llamada y eso les permitirá entrar. Ya tienen todo lo que necesitan, ahora que se busquen la vida. Nosotros vivamos la nuestra lo mejor que podamos después de toda esta mierda.

Asintió porque tenía razón. Ahora tenían que buscarse una vida nueva lejos de todo lo que conocían.

Viendo las noticias sonrió porque Granger estaba metiendo en un coche a uno de los implicados en la trata de blancas, después de haber sido detenido en el funeral de O'Tull. También se habían detenido a veinte más que se encontraban presentes y que se consideraban cómplices en la organización. Granger había hecho su trabajo y no había día que no hubiera detenidos por los testimonios de las chicas. El escándalo era de tal magnitud que muchos de los clientes se habían visto salpicados y su reputación estaba por los suelos. Hasta habían salido fotos de algunas fiestas donde había gente famosa. Algunos hasta habían huido del país intentando eludir a la prensa. El FBI incluso había averiguado lo que le había ocurrido a su Granger. Otro escándalo. Miró el periódico que tenía delante. Famoso pintor atacado por proteger a una prostituta a la que estaban apaleando en plena calle. La noticia había limpiado el nombre de Nario totalmente. De hecho, era un héroe. Los del FBI habían evitado hablar de su implicación en lo ocurrido en Minnesota y no había salido una sola noticia que le relacionara con ellos. Era como si hubiera estado en Las Vegas de vacaciones y se hubiera encontrado esa

situación de manera fortuita. Ahora su imagen estaba limpia. Apretó los labios pensando en ello. Podría volver a su vida. Podría llevar una vida normal sin mirar continuamente por encima de su hombro, porque para qué negarlo siempre habría alguien de la organización que pudiera buscar venganza. Incluso dentro de diez años cuando alguno de ellos saliera de la cárcel. Puede que no supieran que ella tenía algo que ver en su detención, pero era la única que se había escapado de aquella casa y después habían llegado los problemas para ellos, así que no hacía falta ser muy listo. Sí, su cabeza siempre estaría en peligro. Pero él podría llevar una vida normal.

Jenny se sentó a su lado en el sofá y le pasó una lata de cerveza. —Gracias.

—Se te ha entristecido la mirada. Saldrá en un par de semanas, eso me dijo la enfermera cuando la vi esta mañana.

—No se merece esto. Abandonarlo todo... En Nueva York tiene su vida.

—Eh... Lo hace porque quiere. Podría haberte dejado tirada casi desde el principio y no lo ha hecho.

—Nos acabamos de conocer.

—Os amáis —dijo su amiga preocupada por su expresión.

—¿Y si en dos años se acaba? Habrá renunciado a su vida por mí.

—Porque quiere.

—Quiere ahora, pero puede que después se arrepienta.

—Ari, te ama, no tires ese amor por la borda. Se ha implicado lo indecible para estar a tu lado y ha estado a punto de perder la vida por ello. ¿Eso no te demuestra lo entregado que está?

Emocionada susurró —Sé que me quiere y que está dispuesto a sacrificarlo todo por mí.

—Entonces no debe preocuparte nada más.

—Sí que me preocupa. Porque siento que yo no le amo lo suficiente.

—No digas eso.

—Si le amara de verdad no permitiría que lo hiciera. Que renunciara a todo lo que conoce. Es egoísta por mi parte.

Jenny preocupada dijo —No lo hagas. Siempre eres tú la que me das consejos a mí, la que me proteges y no pienso dejar que hagas esto. Estás torpedeando tu relación con todo lo que habéis pasado.

—Exacto. —La miró a los ojos. —Por todo lo que ha pasado. Nuestra relación se ha basado en eso, en mantenernos con vida. Ahora solo estaremos nosotros y puede que no sea suficiente para él. ¿Y luego que le quedará?

Su amiga apretó los labios. —¿Entonces qué quieres hacer?

Realmente asustada por los pensamientos que la acosaban desde que empezaron las detenciones, se levantó y fue hasta la ventana para ver el callejón. Tan distinto a la vista que tenía desde la ventana de su habitación en Minnesota. A veces creía que estaba en una pesadilla. Pero él podía salir de esa pesadilla. Una casa en el lago, qué estúpida.

—¿Arietta?

Se volvió hacia su amiga mostrando sus lágrimas y Jenny se acercó para abrazarla. —No te pongas así, lo hablaréis y que él decida. Igual después de lo que le ha pasado...

—Sí... —En eso tenía razón, igual después de lo ocurrido solo quería volver a Nueva York cuanto antes y perderla de vista. Un estremecimiento de miedo recorrió su cuerpo.

Su amiga se separó para mirarla a la cara. —Oh, Dios mío. Es eso, ¿verdad? Todas esas dudas son en realidad que temes que no quiera seguir contigo y eso te destrozaría por dentro. Solo estás poniendo excusas para dejarle tú primero. —Arietta se echó a llorar tapándose el rostro. —No te creía una cobarde.

—No digas eso.

—¡No! ¡Se merece una oportunidad! ¡Se la ha ganado! —La cogió por los brazos. —Y vas a dársela, ¿me oyes? ¡Si no sale bien siempre puede volver a su vida porque como has dicho

su nombre ha salido limpio de esto!

—Que sea él quien decida.

Jenny sonrió. —Le amas, lo que te pasa es que hace mucho que no le ves y todo lo ocurrido ha provocado tus dudas. Pero en cuanto estéis juntos esas dudas se disiparán. En dos semanas le darán el alta y podrás abrazarle, besarle y él a ti. Ahí desaparecerán todos esos miedos que te agobian, ya verás.

Eso esperaba porque cada día que pasaba era una auténtica tortura. Le amaba tanto que la posibilidad de que no quisiera irse con ella la mataba. Pero si eso ocurría, debía aceptarlo, sería egoísta pretender otra cosa. Su Granger decidiría y respetaría sus deseos.

Capítulo 15

Sentada en la furgoneta miraba impaciente hacia la puerta del hospital. Un ruido muy molesto le hizo mirar hacia Jenny que sorbía de la pajita mirando la revista de cotilleos que tenía sobre las piernas. Gruñó mirando hacia la puerta de nuevo, pero después de contar hasta diez su amiga no dejaba de sorber en el vaso vacío. Le arrebató el vaso y lo tiró por la ventanilla.

Jenny jadeó. —Te perdono porque estás de los nervios.

—¡No había nada!

—Aún tenía hielo.

—¿Por qué no sale?

—¡Mira, mira!

Ansiosa volvió la cabeza y entrecerró los ojos. —¿Qué?

—Pringada.

La mataba. Un coche pasó ante ellas y vieron que conducía Granger. —¿Qué hace este aquí? —preguntó tensándose.

—Ni idea. Igual viene a recogerle.

—¡Para eso estoy yo aquí!

—Sí, pero eso no lo sabe nadie. —Él aparcó ante la entrada y salió a toda prisa. —Está bueno, ¿no crees?

—¿Quieres pedirle una cita? —preguntó con pitorreo.

—Ni de coña, que puede que me enchirone con el cabreo que debe tener con nosotras.

—¿Crees que por lo de Minnesota nos encarcelarían?

—Bueno, aunque hemos ayudado nos cargamos a unos cuantos.

—Me los cargué yo.

—Eso, pero soy cómplice. Y encubridora... Hija de implicados. No me fío. Seguro que en Canadá hay tíos mucho más buenos que ese.

En ese momento salió el padre Thompson y una chica con uniforme hablando con Granger. La chica parecía que empujaba algo, pero el coche le impedía verlo. Estiró el cuello y le pareció ver el cabello negro de su hombre. Se le cortó el aliento viendo como llegaban al coche y Granger abrió la puerta del copiloto. Entonces Nario se levantó. Se le encogió el corazón al ver lo pálido y delgado que estaba. Además, se notaba que le dolía. Se metieron en el vehículo y Arietta apretó los labios sintiéndose impotente porque no se podía acercar. Al ver que su amigo se metía en el coche y arrancaba, encendió el motor para seguirle. —¿A dónde le llevarán? ¿A la casa del cura?

—¿O a un hotel?

—Tiene mal aspecto —dijo preocupadísima.

—Ha estado a punto de morir. Para cómo podía estar, le veo fenomenal y se ha recuperado muy rápido. En cuanto le han quitado las escayolas a la calle.

—Le duele.

—Ha pasado en una cama mucho tiempo, necesita recuperar fuerzas. No te preocupes que se pondrá bien y volverá a ser un cañón antes de que te des cuenta. Oh, oh...

—¿Qué?

—Creo que van hacia el aeropuerto.

Al ver el cartel y como se desviaban gritó —¡No!

—¿Le envían a Nueva York?

—Mierda. —Viendo como Granger adelantaba a un camión juró por lo bajo porque le había perdido de vista. Aceleró para adelantarlo ella también. —¿Qué hacemos?

—Tendremos que interceptarle antes de que suba al avión, dudo que ese agente suba con él. Aquí todavía tiene mucho que rascar con esa organización.

Arietta miró por el espejo retrovisor y aceleró.

—¿Qué haces?

—Adelantarles.

—Pero puedes perderles. ¿Y si me equivoco?

Teniendo un mal presentimiento miró por el espejo retrovisor y susurró —No, no te equivocas. Cree que le he abandonado.

—¿Cómo va a creer eso?

—Porque no me ha visto en un mes, Jenny.

—Pero Granger debe saber que tú le ayudaste a cogerlos a todos y tiene que habérselo dicho.

—Ha tenido un mes para que se le pasen mil cosas por la cabeza. Puede que haya pensado en...

—En alejarse de ti.

Apretó los labios. —Yo lo pensé, ¿por qué no iba a pensarlo él? —Sintió un miedo tan horrible que pisó a fondo el acelerador pasando a su lado.

Jenny miró hacia ellos sabiéndose segura tras los cristales tintados. —El agente parece enfadado.

Entrecerró los ojos. —¿Por qué? ¿Porque no quiere que se vaya? —Pensó en ello y solo

se le ocurría algo. —Aquí puede vigilarle.

—¿Vigilarle por qué? Ante todos es una víctima y nadie sabe que tiene relación contigo.

—Sí, en eso está limpio. Pero, ¿y si intentaron matarle por una buena razón? Vio como mataban a una prostituta que pertenecía a O'Tull.

—¿Insinúas que vio algo más?

—Él puede relacionar al que intentó matarle con el casino. Es un testigo. Puede que quede exonerado de lo de Minnesota, pero lo que ha ocurrido en Las Vegas le ata a Granger de por vida.

—No fastidies. ¿Es un testigo protegido?

Sin escucharla pensó en ello. —No, se han encargado de hacer de él un héroe. Y en la televisión dijeron que no había visto a su atacante. Que vio como un hombre la golpeaba, pero que no llegó a verle la cara. ¿Mintieron para protegerle? ¿O mintió él? —Golpeó el volante. —Mierda, mierda, necesito respuestas.

—Arietta tranquilízate, te vas a volver loca.

—De todas maneras da igual, hay un montón de pruebas para pillar a los del casino, no le necesitan.

—¿Te estás rebatiendo a ti misma? —preguntó su amiga divertida.

Arietta entonces se dio cuenta de algo y abrió los ojos como platos. —¡Soy estúpida! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿De qué?

—¿De qué? ¿Qué harías tú si te despertaras a mi lado drogada hasta las cejas, hecha polvo y sin saber qué le ha ocurrido a la persona que quieres?

—¿Habría contigo?

—¡Exacto! ¡Habrías con la única persona en que confías! Necesitarías desahogarte y se

lo contarías a tu mejor amiga. ¡Nos ha delatado con lo de O'Tull! ¡Lo ha contado todo!

Su amiga gimió. —No fastidies.

—¡Le protegen de nosotros!

—¿Le protegen en plural? ¡De qué hablas! —gritó su amiga de los nervios.

—Hablo de los dos coches que le siguen.

—¡Mierda, mierda! ¡Acelera, se darán cuenta de que no les perdemos de vista!

—No puedo hacerlo. ¡Si le suben a un avión privado le habré perdido para siempre! —

Aminoró y para su alivio la adelantaron los tres coches.

—No quiero pasar el resto de mi vida en prisión, ¿sabes?

—Nario nunca nos delataría ante un tribunal.

—¿Y de eso cómo estás tan segura? Como has dicho, ha podido cambiar de opinión respecto a vuestra relación.

—Oye guapa, ¿ahora dudas de él?

—¿Y por qué no? ¡Tú lo hiciste primero!

Hizo una mueca porque en eso tenía razón. —Pero ahora ya no dudo.

—¿Seguro?

—¡Sí!

—Entonces si se va a negar a declarar, ¿por qué le protegen de nosotros?

La miró asombrada. —¿Estoy perdiendo la cabeza? ¡Les están siguiendo! Y si no quieren protegerle, ¿por qué les siguen dos coches?

—Dios mío, ¿y si es una trampa? Le están utilizando para pillarnos. ¿Y si tienes razón y sí que lo ha contado todo a su amigo, que le está traicionando para marcarse otro tanto con lo de O'Tull? Si tu novio se ha chivado no dudo que habrá encontrado las imágenes de videovigilancia del casino porque está cansado de registrarlo. Nos tiene a todos pillados, solo necesita

detenernos. Apuesto que ya le han hecho la autopsia al viejo buscando el talio.

Apretó el volante con las manos. —¿Cómo puedo avisarle de que estamos aquí?

Jenny se mantuvo en silencio y de repente sonrió maliciosa. —Llama a Granger. —
Entrecerró los ojos y estiró la mano. Su amiga le dio el teléfono nuevo. —¿Te sabes el número?

—De memoria. —Mirando de reojo la carretera marcó el número y puso el manos libres.

—Williamson...

Suspiró del alivio porque también estaba en manos libres. —¿Dónde está mi hombre?

—¿Arietta? —preguntó Nario impaciente.

—¡Mi amor no te creas nada de ese mentiroso!

—No sé de qué me hablas —dijo el agente a toda prisa.

—¿No? ¿Dónde estáis?

—Nena, me iba a Nueva York, creía que tarde o temprano irías allí o te pondrías en
contacto conmigo, pero si me dices donde estás...

—¡Cielo, es una trampa! No le creas nada.

—¡Arietta estás desvariando! —gritó Granger—. Todo está bien y si me dices donde
estás podré protegeros.

—¿Protegernos? ¿De quién? Nosotros no sabemos nada.

—Los hombres de O'Tull tarde o temprano te cogerán.

—Cariño, sé que es tu amigo, que confías en él, ¿se lo has contado todo?

—Sí. —El tono de su voz indicaba que empezaba a desconfiar. —Creía que eso nos
ayudaría.

—¿Qué pasa, Granger? ¿No te has hecho bastante famoso con todo lo que te he entregado
ya, que quieres más?

—Soy agente del FBI, solo hago mi trabajo.

—El FBI... Esas mujeres necesitaban que alguien las ayudara y no hacíais nada.

—¡No podíamos! Hay procedimientos, leyes... ¡Yo sigo las normas!

—Y me quieres a mí. No he seguido tus normas y ahora me quieres a mí.

¿Qué pasa, te he dejado en ridículo ante tus hombres al escaparme de ese aeropuerto? ¿Te echaron la bronca? ¿Quieres darme una lección? —siseó—. Pues no vas a poder conmigo.

—¡O te entregas o haré que todos los hombres de O'Tull sepan que le mataste tú!

—Me es igual, jamás me encontrarán. Como tú.

—Serás cabrón —dijo Nario con rabia.

—¡Calmaos! —gritó el padre Thompson—. Niña, encontrémonos en la iglesia. No te pasará nada, te lo prometo.

—Padre, agradezco muchísimo su ayuda, pero no pienso arriesgarme, ya he arriesgado demasiado. ¡Granger quiero ser libre, así que devuélveme a mi hombre!

—Antes le detengo, ¿me oyes? ¡Puedo acusarle de asesinato como a ti!

—Por el amor de Dios, Granger, ¿pero qué dices? ¡Si era un monstruo!

—¡Oh, cállese padre! Han estado a punto de destituirme por perder a esa zorra.

—Hijo de puta —dijo su hombre con rabia.

—Caruso...

—¿Sí, nena?

—No te separes de tu medicación. Te quiero.

—Yo también te quiero, preciosa.

Sonrió antes de colgar. Jenny cogió el móvil levantando una ceja. —¿Ya está? Tenías que haberle dicho una pista o algo para que pudiéramos encontrarnos.

—Y lo he hecho.

—¿Sí?

—Le he llamado Caruso.

—¿Qué?

Sonrió cogiendo la primera salida que encontró para separarse de él. —¿Qué haces? ¡No sabes dónde van!

—Él irá a su galería.

—¿Su qué?

—¿No te lo había dicho? Tiene una galería, la lleva su ayudante

—¡Déjate de galerías! ¿Y si le acusa de la muerte de O'Tull y le detiene?

—No lo hará. Esta conversación que acabamos de tener me ha abierto los ojos. Ha hecho de él un héroe, no querrá quedar mal convirtiéndole en villano. Pensaba utilizarle para pillarme a mí, pero solo me quiere como testigo estrella en su circo en el juzgado. Estoy segura de que tampoco me acusaría de la muerte de O'Tull.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por la misma razón que no convertiría a Nario en asesino, porque si me acusara, mi testimonio ante los cabrones que me secuestraron, quedaría invalidado. No piensa ensuciar mi reputación antes de que declare ante el juez. Quiere que se pudran en la cárcel. Solo quiere asustarme para que me entregue.

—¿Y si le sigue en Nueva York?

—Lo hará, claro que lo hará, pero no dará con nosotras porque nos vamos a Canadá.

Seis meses después sentada en el porche muy abrigada, tomaba un chocolate caliente

mirando el lago donde su padre intentaba pescar algo en el agujero que había hecho en el hielo.
—¡Papá ten cuidado!

—¡Está bien helado, no te preocupes!

Escuchó que llegaba un coche por el camino y que se detenía al lado de la casa. Su corazón se aceleró y cerró los ojos sintiendo que había llegado el momento. El sonido de la puerta al cerrarse y los pasos en la nieve acercándose la emocionaron. Cuando esos pasos subieron los escalones de madera y se detuvieron ante ella las lágrimas ya corrían por sus mejillas. Arietta abrió los ojos deseando encontrarse con los suyos, pero lo que vio fue la cara de pasmo de Nario, que miraba su abultado vientre cubierto con su grueso jersey de lana. Cuando elevó la vista hasta sus ojos ella forzó una sonrisa. —Sorpresa.

Nario se echó a reír y ella se tiró a sus brazos increíblemente feliz porque ya estuviera a su lado. Se abrazaron con fuerza y solo sintiéndose, se quedaron así varios minutos. —Has tardado mucho —susurró contra su cuello.

—No me dejaban en paz, pero eso me ha dado tiempo para hacer otras cosas. Lo he vendido todo, incluso la galería. Además, tenía que asegurarme de que Granger no daba con nosotros. He viajado un poco.

Se apartó para mirarle sorprendida. —¿Cómo que lo has vendido todo? La galería...

—Tranquila, se la he vendido a Bill. Le enviaré mis cuadros vía París. Ya está todo hablado.

Sonrió radiante. —La pista fue efectiva.

—Nena, ese cuadro que enviaste para darme la maravillosa pista de un lago al lado de una carretera no había quien lo entendiera. Y por cierto necesitas muchas clases.

—No entiendes mi arte. A Van Gogh también le pasaba.

—Menos mal que pusiste la dirección oculta en el marco bajo el lienzo y que en mi desesperación quité las grapas. Hubiera tenido que buscar en todos los lagos de Canadá —dijo

divertido antes de acariciarle la mejilla.

Disfrutó de su caricia y cerró los ojos. —Creí que no lo habías visto. Estaba a punto de llamarte a la galería. —Sintió sus labios sobre los suyos y suspiró de gusto. —No quería que te perdieras el parto.

—Ya estoy aquí.

—¿Cómo estás? —preguntaron a la vez.

Nario sonrió. —Totalmente recuperado. —Acarició su vientre. —¿Qué es? ¿Niño o niña?

—Una niña.

—Es increíble. Dios, lo que te echado de menos. La vida a tu lado es mil veces mejor.

Le abrazó por el cuello. —Lo mismo digo, mi amor.

Escucharon como se abría la mosquitera y su madre salió tímidamente. —No quería interrumpir, pero ya no podíamos más. Bienvenido a casa.

Jenny chilló saliendo tras ella. —¡Ya estás aquí! Menos mal, Ari se estaba volviendo loca.

Riendo las abrazó. —Me lo imagino con lo impaciente que es.

—Eh... que no soy impaciente.

—Bienvenido a casa, hijo —dijo su padre subiendo las escaleras del porche.

Le abrazó. —Me siento en casa.

—Tienes que ver todo lo que Ari ha hecho en tu estudio —dijo Jenny emocionada—. Lo ha hecho construir para ti y no sabes la lata que le dieron con los permisos y eso por estar tan cerca de una reserva natural, pero lo consiguió.

La miró a los ojos. —Quería que vieras el lago mientras trabajabas.

—Nena, esto es precioso.

—Hemos trabajado muchísimo —dijo Matthew orgulloso—. Pero es la mejor casa de la

zona.

—¿Cómo habéis conseguido el dinero?

Cogió su mano. —Tengo mil cosas que contarte. Y tú a mí.

—¿Qué has hecho?

—Justicia. Me robaron mi vida no iban a robarnos nuestros sueños. —Tiró de su mano.

—Ven, quiero que veas tu estudio.

Se dejó llevar escalones abajo y caminaron por una senda de piedra hasta el estudio que era casi tan grande como la casa. Él impresionado se detuvo. —¿Ese es mi estudio? Pensaba que era un garaje o algo así.

Todos rieron por lo bajo. —Necesitas espacio —dijo ella antes de tirar de nuevo de él. Cuando llegaron a la enorme puerta, Jenny la deslizó a un lado como si fuera el portón de un garaje. —No sabíamos lo grandes que ibas a hacer los cuadros —le explicó Ari. Emocionada porque parecía que no se lo podía creer, dejó que su amiga abriera el portón del todo para dejar a la vista la cristalera que iba de parte a parte. Desde ella solo se veía el lago. En la pared de enfrente había todo tipo de material colgado. Pinceles, paletas, botes de todos los tipos de pinturas, lienzos de varios tamaños. En el centro de la estancia había tres mesas enormes con distintos cajones y dos caballetes profesionales. Uno normal y otro enorme que necesitaba una escalera que venía incorporada.

—¿De dónde has sacado esa maravilla?

Ari se echó a reír. —Un artesano de aquí me lo ha hecho especialmente para ti. Le he dicho que mi marido hace cuadros muy grandes y que los caballetes normales no le sirven para colocar el lienzo. ¿Te gusta?

—Joder nena... ¿Que si me gusta? —Parecía que no se lo podía creer y la pegó a él para abrazarla. —Y yo que creía que te iba a sorprender, señora Fiorentino. —Puso delante un anillo con varios diamantes en distintos tonos formando una abejita y se le cortó el aliento por lo

hermoso que era. —¿Te gusta? Me lo ha hecho un amigo que es un artista en lo suyo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque había buscado algo especial para ella. —Me encanta. —Estiró la mano derecha y él se lo puso en el dedo. Le quedaba perfecto. Extasiada le miró a los ojos. —Es maravilloso.

—¿Y dónde están nuestras amigas? Tengo entendido que dos meses después de que hablamos por última vez un camión llegó en plena noche a la finca de tu padre en Minnesota y las abejas volaron.

Soltó una risita. —A tu examigo le escoció, ¿eh?

—No sabes cuánto. Vino a mi casa hecho una furia porque el sheriff de Cownhill le había llamado. ¿Sabes lo que le dijo? Que se les habían escapado las abejas asesinas y temía que las necesitara como prueba. Que no sabía qué hacer.

Rieron y Matthew dijo —El que me sustituye nunca fue muy listo.

Los ojos de Ari brillaron. —Ahora tengo más.

—¿Cuántas son más, preciosa?

—Quinientas colmenas y subiendo. Me vienen cien más en una semana.

—Nena, ¿eso no será mucho trabajo? —Entrecerró los ojos como si algo no le gustara un pelo. —Además estás embarazada, ¿y si te pican?

—Todo va bien. —Ilusionada miró su anillo. —Me encanta.

Se volvió para mostrárselo a Jenny y Matthew le palmeó la espalda. —Menos mal que estás aquí, lleva algo mustia estos últimos meses. ¿Sabes algo de mi casa?

Preocupado asintió sin dejar de mirar a Ari. —Después de aquella vez que llamé a la agente inmobiliaria desde Las Vegas, solo la llamé una vez más desde Nueva York. Hace unos dos meses. Hillary dijo que ese fondo de inversión firmaría en una semana. Si siguió las instrucciones que le enviaste por carta, ya debéis tener el dinero en la cuenta en las Caimán.

—Perfecto, menos mal que nos ha echado una mano.

—Os conoce y os tiene aprecio. Granger le apretó las clavijas cuando se enteró de que ella llevaba la venta de la casa. Incluso le pidió el poder que le enviamos desde Las Vegas y después de enseñárselo le envió a la mierda. Dijo que a vosotros nadie os había acusado de nada y que erais muy libres de hacer con vuestra vida lo que os diera la gana. Que si os habíais ido del pueblo era por algo y que la dejara en paz.

—Iba al colegio con las niñas —dijo Matthew mirándolas orgulloso—. Mi Ari siempre ha ayudado a todo el mundo. Mucha gente la quería en el pueblo. Y ese cabrón...

—Cielo, no lo recuerdes más. Ahora estamos aquí —dijo su esposa—. Venga, vamos a comer que he hecho guiso y se enfría.

Ellos se alejaron y Jenny le guiñó un ojo antes de salir del estudio. Se volvió hacia su ahora marido y le abrazó por la cintura pegándose a él. —¿Te sigues llamando Nario, Granger o algún nombre nuevo? —Soltó una risita. —¿Cómo te llamas, cielo? No pude enviarte tu documentación falsa. Temía que registraran el sobre o que la viera Bill.

—Me he hecho una exactamente igual que la que teníamos en Las Vegas.

—¿Ese amigo tuyo que es un artista?

Él sonrió. —Exacto.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurrió?

—Ya lo sé, no seguí mi propio plan.

—¡Exacto! —De repente sintió como su enfado salía a la luz. —¡Teníamos todo muy bien trazado y la fastidiaste!

—Seguí a ese tipo y cuando vi que entraba en un callejón con ella del brazo no pude evitarlo. Pensé en ti y... Joder, se me revolvieron las tripas. No sabía que venía otro detrás.

—¡Y casi te matan! ¡Jamás vuelvas a cambiar los planes! ¡Hemos perdido seis meses! —

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estaba tan asustada...

Él la abrazó con fuerza. —Nena, estoy aquí.

—Sí, ahora.

Sonrió. —Y será para siempre.

Sorbió por la nariz elevando la vista hasta sus ojos. —Júramelo.

—Nada me separará de ti nunca más. —Besó sus labios y ansiosa por sentirle elevó los brazos para acariciar su nuca. Entonces ansiosos se devoraron el uno al otro y él amasó sus nalgas haciendo que por su barriga ella inclinara su espalda hacia atrás. Granger apartó sus labios respirando agitadamente. —Nena, ¿cuándo sales de cuentas?

—Quedan todavía dos meses —respondió buscando sus labios, pero él se apartó—. ¿Qué? —preguntó confundida.

—¿Esto es seguro? El bebé...

—Cariño, tengo las hormonas alteradísimas. O me pongo a llorar de la emoción o me das un orgasmo, tú decides.

La volvió y Ari de la sorpresa se tuvo que apoyar en la mesa para mantener el equilibrio. Cuando amasó sus nalgas cerró los ojos disfrutando de sus caricias. —Sí...

—Nena, este va a ser breve. Te he echado mucho de menos, ni te lo imaginas. —Sintió como tiraba hacia abajo de sus gruesos pantalones premamá. —¿Tendrás frío? Hostia, ¿qué es eso?

Miró sobre su hombro. —Tengo el culo enorme, ¿no?

Pasmado la miró a los ojos. —¿Te has tatuado en el culo “En busca y captura”?

—Oh, eso... —Soltó una risita. —¿Te gusta? Nos lo hemos hecho todos. ¿A que es gracioso?

Él gruñó acariciando la suave piel de su nalga y Ari suspiró mirando al frente. —Dios,

cuanto te amo, nena. No puedo vivir sin ti. —Cuando sintió su miembro acariciando sus húmedos pliegues Ari gimió de placer. —Te necesito.

—Te amo.

Entró en ella de un solo empujón y Ari gritó de placer apretando los dedos sobre la mesa. —¿Demasiado? ¿Todo va bien?

—Es perfecto cariño, no te reprimas —dijo ella casi sin voz.

Sujetándola de las caderas con firmeza susurró —No podría. —Entró en ella de nuevo provocando que pensara en cómo había podido pasar sin eso tanto tiempo, pero la llenó de nuevo y cualquier pensamiento desapareció de su mente, que únicamente se llenaba de placer. Y ese placer aumentaba con sus embestidas, cada vez más fuertes cada vez más intensas hasta que deseó más. El grito que salió de su garganta se lo reclamó y Granger no quiso defraudarla llenándola de nuevo de tal manera que su cuerpo se liberó dándole una felicidad inmensa.

Él la abrazó por la espalda sujetándola mientras sus respiraciones se normalizaban y sus corazones se calmaban. —¿Estás bien? —susurró él a su oído.

Volvió la cabeza para mirarle a los ojos. —Estoy a tu lado, que es donde está mi felicidad. Nunca he estado mejor, mi amor.

Granger besó sus labios. —Te amo.

Sonrió mostrando en sus ojos todo lo que le amaba. —¿Listo para nuestra nueva vida?

—Contigo estoy listo para todo.

Epílogo

Con la niña en brazos abrió el buzón y cogió las cartas antes de subirse al coche de nuevo. Granger fue por el sendero hacia la casa. —¿Algo interesante?

Volvió una carta y entrecerró los ojos al ver que era del padre Thompson. —No me lo puedo creer. —Le miró asombrada. —¿Te has chivado al cura?

Granger carraspeó. —Nena, es secreto de confesión.

Casi le puso la carta ante la cara. —¡Eso ya lo veo!

—No te enfades. ¿Qué pone?

La abrió a toda prisa porque ella no se quedaba sin saberlo y empezó a leer. Separó los labios de la impresión. —Cielo...

—¿Qué? —Frenó al lado de la casa. —¿Qué pasa? ¿Jeff está enfermo?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Tu amigo ha muerto. Granger ha...

Palideció quitándole la carta de las manos para leerla a toda prisa. Cuando la terminó cerró los ojos y Ari lo sintió muchísimo por él. Se habían criado juntos y ni se quería imaginar lo que sentiría si le faltara Jenny. —Lo siento mucho.

Apretó los labios y salió del coche yendo directamente hacia su estudio donde todo el mundo tenía prohibida la entrada. Incluso ella. Jenny se acercó y abrió su puerta. —¿Qué pasa? Parece afectado por algo. ¿Le has cabreado?

—Granger ha muerto. Los hombres de O'Tull hicieron volar su coche.

—¿Qué? —preguntó incrédula llevándose la mano al pecho—. Menos mal que nos largamos. Es evidente que quien está al mando quiere que rueden cabezas.

—Y eso es lo que me preocupa, sobre todo porque el padre Thompson sabe dónde estamos.

Jenny palideció. —No jodas.

—¿Cómo crees que nos hemos enterado? Ha enviado una carta.

—Genial. ¿Y ahora qué hacemos?

—No podemos hacer mucho, solo confiar en que sepa guardar el secreto. Al parecer se lo dijo en confesión.

—Ah, entonces no puede decir nada.

Le tendió a la niña. —Cógela.

Jenny lo hizo encantada acariciando sus rizos pelirrojos. —¿Cómo está la niña más bonita del mundo? —Vio como su amiga empezaba a sacar las bolsas de la compra de la parte de atrás y su rostro mostraba su preocupación. —Igual no dice nada.

—Más nos vale. —Pasó ante ella con las bolsas para ir hacia la casa.

—¿Estás enfadada con Granger? —Entró en la cocina en silencio y su amiga suspiró. — Eso es que sí.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó preocupada mirando por la ventana mientras empezaba a sacar las cosas de la bolsa.

—Han ido a pasear por el bosque como todas las tardes. —Cogió el biberón de la niña para darle algo de zumo. —Jeff no dirá nada. Iría al infierno.

—No me gusta.

—Lo sé. Pero tú misma lo dijiste. Después de despertarse en ese hospital es lógico que se sincerara. Confía en ellos y ese cura es como un padre para él. No puedes culparle. Además,

después de lo que ha ocurrido nuestro secreto está más a salvo que nunca.

—¡Sí, ya lo veo! ¡Ha escrito una carta! —dijo alterada—. ¡Mi hombre le dijo nuestra dirección antes de irse de Nueva York y la apuntó! —Su cara de incredulidad indicaba que no se lo podía creer. —¡Seguro que la tiene en alguna parte de su casa!

Jenny apretó los labios y en ese momento su Granger apareció en la puerta de la cocina. —Lo siento, nena. Lo hice por si me necesitaba. Sé que no lo entiendes, pero es como si fuera parte de mi familia.

—Y lo entiendo, pero...

Entonces se escuchó el motor de un coche y los tres se tensaron corriendo hacia la ventana para ver que un cuatro por cuatro que no conocían llegaba por el sendero.

—Jenny llévate a la niña a la habitación de arriba —dijo él abriendo el cajón de la cocina donde había una pistola. Ari asustada metió la mano bajo la mesa, para sacar de la cartuchera que tenía allí pegada su block, mientras su amiga salía corriendo. Ellos se miraron a los ojos—. Lo siento, no sabes cómo lo siento.

Se acercó a él y le dio un beso en los labios. —No pasa nada, nos libraremos de ellos. Nos libraremos de todos los que vengan. Te amo y amo la vida que tenemos. Esto no nos lo van a quitar.

Él muy tenso asintió antes de ir hacia la puerta de la cocina, mientras Ari corría por el pasillo que llevaba hacia el hall. Se pegó a la pared al lado de la bisagra de la puerta. El primero que entrara se iba a encontrar un agujero en la cabeza. Con la pistola apuntando hacia el techo miró hacia el primer piso para ver como su amiga cerraba la puerta. Al escuchar el pestillo suspiró del alivio. Aquella puerta era de acero y dentro del cuarto había un falso techo donde podrían esconderse si era necesario. Solo esperaba que su niña no llorara. Viviendo en un sitio tan tranquilo los ruidos la sobresaltaban.

Apretó los labios volviendo la cara hacia las ventanas del salón desde donde vio que el

coche se detenía tras el suyo. La puerta se abrió y sabiendo que desde allí era imposible que la vieran, estiró el cuello intentando descubrir cuantos eran. Cuando el difunto Granger salió del coche dejó caer la mandíbula del asombro y cuando miró a su alrededor como si estuviera de turismo se quedó muerta. ¡Ella sí que se quedó muerta porque él estaba muy vivo! ¿Qué pasaba allí? Furiosa salió de la casa con la pistola en la mano y fue hasta el final del porche levantando el brazo.

—¡Ari no! —gritó su marido.

Al llegar a la escalera que llevaba al sendero del estudio apuntó al agente que levantó las manos en el acto. —¡No dispaes!

—¿Qué haces aquí?

Su marido llegó corriendo poniéndose ante su amigo. —Nena, baja el arma.

—¡Si ha venido a joderme se va a llevar un tiro entre ceja y ceja!

—¡Vengo solo y desarmado!

—Has fingido tu muerte para seguir esa carta, ¿no? ¡Cariño apártate!

—¡Ari baja el arma!

Gruñó mirando sus ojos. —¿Estás seguro de esto? ¿Sabes lo que estamos arriesgando?

—Necesita ayuda.

—¡Nosotros también la necesitábamos y nos traicionó! ¡Varias veces!

—Y me disculpo por ello. —Salió de detrás de su marido y la miró a los ojos. —No me he dado cuenta de lo que habéis pasado hasta que me ha ocurrido a mí.

—¡Tienes un minuto para contarme lo que ha pasado antes de que te quite del medio!

En ese momento tras ella se pusieron sus padres ambos con dos escopetas. —Granger apártate —dijo su padre.

Ambos dieron un paso a un lado y sus padres hicieron una mueca. —Esto no lo habíamos

previsto. —Matthew miró hacia ellos. —Tú, el agente. ¡A un lado!

Este lo hizo levantando las manos. —No llevo armas.

—¿Crees que eso me importa? —preguntó su padre—. Como quieras dañar a alguno de los míos, estás muerto.

—Joder Nario, sabía que esto no era buena idea —dijo él por lo bajo.

Ari entrecerró los ojos antes de mirar a su marido que se hacía el loco. —¿De qué habla?

—Nena... No te enfades.

—Uy, que te vas a cabrear... —dijo su madre.

—Sí, mamá, tiene toda la pinta. ¡Hablad!

Los amigos se miraron de reojo antes de carraspear. —Pues antes de irme de Nueva York ocurrió algo.

—¿El qué? —preguntó agresiva.

—A Granger le atacaron en su casa, casi le matan.

Separó los labios empezando a comprender. —Querían quitarle del medio.

—Se convirtió en su objetivo. Le dije que podría venir siempre que fingiera su muerte.

—¡Por eso el cura te avisó de que la había cascado! ¡Para que estuvieras preparado para su llegada! —Jadeó indignada. —¿Y a qué vino ese teatro en el coche?

—Nena, se suponía que tendría tiempo para decírtelo desde que llegara la carta hasta que apareciera él, pero la carta debió retrasarse. Creía que tendría más tiempo para intentar... Joder, no sabía cómo decírtelo. Has volcado tu odio en él cuando solo hacía su trabajo.

—¡Su trabajo! —Apuntó a su amigo que inconscientemente dio un paso atrás. —¡Su trabajo era protegerme y solo quería utilizarme!

—Tienes razón —dijo Granger reconociendo su error—. Y me disculpo por ello. Ahora que estoy en tu situación te entiendo perfectamente.

—¡No entiendes una mierda! A ti no te secuestraron, te aterrorizaron... ¡No tienes ni idea de lo que pasé con ellos, así que no digas que me entiendes porque no entiendes nada!

Jenny apareció en el porche con la niña en brazos y el agente la miró sorprendido. —¿Es mío?

Todos se quedaron de piedra volviendo la vista hacia Jenny que se puso como un tomate. —¿Qué pasa? ¡Fue un error!

Ari no salía de su asombro. —Pero cuándo...

—Cuando estabas ingresada. Él vino a visitarnos, se llevaron a tus padres para un interrogatorio y... —Sonrojadísima dijo —Catapum.

Su amante se llevó las manos a la cabeza. —Soy padre, soy padre... Joder, me estoy mareando.

—¡La niña es mía, idiota! —gritó Ari.

—Hostia, qué alivio.

Arietta fulminó a Jenny con la mirada. —¡Y no me lo dijiste! ¡Es más, simulaste que te gustaba para después descartarlo!

—¿Me descartaste? —preguntó él pasmado.

—¡Oye, a mí dejadme en paz que estabais discutiendo de otra cosa!

—Eso es cierto. —Apuntó de nuevo a ese capullo. —Ahora sí que te mato. ¡Te has aprovechado de mi amiga!

—Nena, eso no es asunto nuestro.

—¿No? ¿Por qué? Si para ti todo es asunto nuestro. ¡Cómo que intenten matarle!

—Es como un hermano para mí.

—¡Te traicionó!

—Y Jenny también te traicionó a ti.

—Mira, sois almas gemelas —dijo irónica a su amiga que no sabía dónde meterse de la vergüenza. Ari apretó los labios antes de bajar el arma y miró a su marido a los ojos—. ¿Y si se chiva de nosotros para librar su cuello? No es de fiar.

—Joder con tu novia, qué mala leche tiene. ¡Solo hacía mi trabajo! ¿Crees que quiero estar aquí cuando vivía en el centro del mundo? ¿Qué voy a hacer rodeado de pinos?

—¡Son abetos, idiota, y soy su mujer! —Incrédula miró a su hombre. —¿Y pretendes que se quede aquí? Cielo, no encajamos.

—Nena, ni siquiera lo has intentado.

—¿Qué nos va a aportar, eh?

—Te puede ayudar con las abejas.

—Ni de coña, que vi lo que les hicieron a esos tipos —dijo su amigo espantado.

—¿Ves?

Su Granger fulminó al otro con la mirada. —Cierra el pico, déjame negociar a mí.

Vieron como Ari ponía los brazos en jarras dispuesta a la batalla dialéctica. —Toda tuya —dijo su amigo por lo bajo.

—¿Qué farfulláis? —preguntó ella mosqueada—. ¿Otra mentira?

—Nena, no te mentí.

—¡Ja! ¡No me lo contaste! ¡A mí, a tu mujer! ¡A la madre de tu hija! ¡Es que esto es la leche!

—Mujer, que no sabía que había niña en aquel momento.

El otro Granger le miró mosqueado. —Ah, que si lo hubieras sabido no me hubieras dejado venir.

—En qué jardín te estás metiendo —dijo Jenny sonriendo maliciosa.

Su marido carraspeó. —Necesita ayuda, es mi amigo. Yo acepté a Jenny, tú le aceptarás a

él.

—¿No me digas? —Miró a su amigo como si quisiera desmembrarle. —Traiciónanos y cuando menos te lo esperes sabrás lo que es morir lenta y dolorosamente. —Fue hasta las escaleras y cogió a su hija antes de mirarles como si fuera a pegarles cuatro gritos. —Y tú, marido...

—¿Sí?

—¡Hoy duermes con tu amigo del alma!

Ellos se miraron e hicieron una mueca antes de sonreír y abrazarse. —Bienvenido a Canadá, amigo.

Tumbada en la cama intentó relajarse, pero no podía. Tenía la sensación de que su universo podría desmoronarse en cualquier momento y eso no le gustaba nada. La puerta se abrió y ella miró hacia allí lanzando puñales con los ojos. Su marido suspiró. —Nena, no pasa nada.

—Sí que pasa. ¡Me lo ocultaste! Ocultaste algo transcendental en nuestro futuro.

Granger se sentó a su lado. —Lo sé, y lo siento.

—No lo sientes una mierda, que te he oído reírte en el salón.

—Bueno, debo reconocer que tenerle aquí me hace sentir aún mejor. Es mi amigo, mi mejor amigo. Tú tienes a Jenny y yo no protesté tanto cuando es hija de implicados en el caso. Yo cedí y lo hice por ti cuando ir a buscarla nos puso en peligro.

—Qué labia tienes. —Golpeó la almohada tumbándose de nuevo.

—Es agente y si te preocupa que le hayan seguido sé que no es así. Ha tenido mucho cuidado. Incluso el cuerpo que todos creen que es él, lo consiguió matando a uno de ellos. Nunca descubrirán que está vivo. Por cierto, a partir de ahora es David Garner.

Escucharon la risita de Jenny al otro lado del pasillo y Ari se sentó de golpe mirando hacia la puerta. —Como le haga daño...

—Se gustan.

Apretó los labios. —Hacía dos años que no tenía novio. La dejó hecha polvo. —Su marido se desnudó. —¿No tienes nada que decir?

La miró con deseo. —Sí que tengo algo que decir.

—¿No te había dicho que durmieras con él? —dijo aparentando estar indignada mientras su sangre latía alocada por sus venas.

—Está acompañado.

—Tienes respuesta para todo.

—Nena, por mucho que quieras discutir no lo vas a conseguir. —Se tumbó a su lado boca arriba mostrando todo su sexo en pie de guerra. —Ven aquí. —La cogió por la cintura y la tumbó sobre su cuerpo. Ella gimió al sentir su miembro bajo su vientre. —Todo está bien, preciosa.

Mirando sus ojos susurró —Tengo miedo de relajarme y perder todo esto.

—Todos tenemos ese miedo. Incluso David lo tiene. Ahora es uno de los nuestros y lo dará todo por protegernos. Además, es agente, nos vendrá bien un profesional en el grupo. De hecho, ya me ha hablado de poner unas cámaras de videovigilancia.

Esas palabras la relajaron. —Es buena idea.

—¿Ves, nena? Nos será de ayuda.

Apoyó la barbilla sobre su pecho. —Te sientes mejor con él aquí, ¿no es cierto?

—Estoy muy bien con tu familia, pero echaba de menos hablar con un hombre de mi generación.

Lo comprendía. Podían conocer a gente, incluso hacer amigos, pero no podían ser ellos realmente. Con David podría ser él porque le conocía desde siempre. —Siento ser tan egoísta.

—Joder nena, no digas eso. No conozco a nadie menos egoísta que tú. —Acarició uno de sus rizos pelirrojos. —¿Entiendes por qué no te lo dije?

—No querías enfadarme.

—Lo que tenemos es tan perfecto que no quería estropearlo. Te amo tanto que sentí miedo.

Emocionada sonrió. —Nunca me perderías.

—Aunque sé que me amas...

—Eh... Nunca me perderías.

La miró de una manera que sintió que era parte de él. —Te amo, nena. La intensidad de lo que siento por ti me deja sin aliento.

—Y haré lo que sea para que sigas sintiendo lo mismo, mi amor. Lo que sea...

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo

- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí

- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras

- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.